

Fiel defensor de la adoración pura

ELÍAS contemplaba a la muchedumbre mientras esta ascendía con dificultad las faldas del monte Carmelo. Incluso a la tenue luz del amanecer, eran muy evidentes la pobreza y el hambre que afligían a aquel pueblo. Los tres años y medio de sequía habían causado estragos.

Junto a ellos caminaban arrogantes los 450 profetas de Baal, llenos de orgullo y de odio asesino hacia Elías, el profeta de Jehová. Para entonces, la reina Jezabel ya había ejecutado a muchos siervos de Dios, y este hombre aún se oponía con firmeza al culto a Baal. Pero ¿cuánto tiempo más resistiría el profeta? Quizás aquellos sacerdotes pensaran que un solo hombre jamás podría con todos ellos (1 Reyes 18:3, 19, 20). También llegó en su carruaje el rey Acab, quien tampoco le tenía ninguna simpatía a Elías.

A ese solitario profeta le esperaba el día más extraordinario de su vida. Ante sus ojos se estaba preparando el escenario para uno de los enfrentamientos más sobrecogedores entre el bien y el mal que el mundo haya conocido. ¿Cómo se sentiría a medida que despuntaba el día? Elías "era hombre de sentimientos semejantes a los nuestros", de modo que no sería inmune al miedo (Santiago 5:17). Por lo menos, podemos estar seguros de lo siguiente: frente a un pueblo infiel, un rey apóstata y unos sacerdotes sedientos de sangre, Elías debió sentirse terriblemente solo (1 Reyes 18:22).

¿Cómo había llegado Israel a aquella deplorable situación? ¿Y qué tiene que ver con usted este relato? La Biblia anima a los cristianos a que sigan el ejemplo de siervos fieles de Dios y a que "imiten su fe" (Hebreos 13:7). Examinemos, pues, el ejemplo de fe del profeta Elías.

La culminación de una antigua disputa

Durante la mayor parte de su vida, Elías había observado con impotencia cómo se arrinconaba y pisoteaba el aspecto más valioso de su tierra y de su pueblo. Israel estaba inmerso en una antigua disputa, una guerra entre la religión verdadera y la falsa, entre la adoración a Jehová Dios y la idolatría de las naciones vecinas. En tiempos de Elías, esta pugna había adquirido un cariz especialmente inquietante.

El rey Acab se había casado con Jezabel, la hija del rey de Sidón. Ella estaba decidida a erradicar la adoración a Jehová y a difundir el culto a Baal por todo Israel. Acab se dejó influir enseguida por su esposa y edificó un templo y un altar a Baal. De hecho, estuvo entre los primeros en postrarse ante ese dios pagano, y de ese modo ofendió gravemente a Jehová (1 Reyes 16:30-33).*

¿Por qué era tan malo el culto a Baal? Porque había extraviado a la nación, alejándola del Dios verdadero. Además, era una religión asquerosa y brutal, con sus prostitutos y prostitutas de templo, sus orgías sexuales y sus sacrificios de niños. Por eso, Jehová había enviado a Elías ante Acab para anunciarle una sequía que duraría hasta que el profeta de Dios decretara su fin (1 Reyes 17:1). Pasaron algunos años antes de que Elías volviera a presentarse ante el rey, esta vez para decirle que reuniera al pueblo y a los profetas de Baal en el monte Carmelo.

Pero ¿qué tiene que ver esta disputa con noso-

* Si desea más información sobre lo que ya había sucedido entre Elías y Acab, lea el artículo "¿Tiene usted una fe como la de Elías?", de *La Atalaya* del 1 de abril de 1992.

tros? Tal vez algunos piensen que una historia sobre el culto a Baal carece de importancia hoy día, pues ya no existen templos ni altares a ese dios. Sin embargo, no se trata de un simple relato histórico (Romanos 15:4). La palabra *baal* significa "dueño" o "amo", y Jehová pedía a su pueblo que lo escogiera a él como su "baal", como su "dueño marital" (Isaías 54:5). ¿No le parece que la gente todavía sirve a una gran variedad de amos en lugar de al Dios todopoderoso? En efecto, las personas escogen y adoran a un amo distinto de Jehová cuando ponen su vida al servicio del dinero, la profesión, las diversiones, los placeres sexuales o cualquier otro de los innumerables "dioses" que hoy existen (Mateo 6:24; Romanos 6:16). En cierto sentido, los aspectos más distintivos del culto a Baal están cada vez más extendidos. En cualquier caso, aquella confrontación entre Jehová y Baal puede servirnos para decidir a quién serviremos.

¿En qué sentido estaban "cojeando"?

Desde su cumbre azotada por el viento, el monte Carmelo cuenta con una espectacular vista de Israel: desde el cercano mar Grande (el Mediterráneo) y el valle torrencial de Cisón, abajo, hasta las distantes montañas del Líbano al norte.* Pero, conforme el Sol salía en este día trascendental, se iba descubriendo un paisaje deprimente. Un manto de muerte cubría la que antaño fue la fértil tierra que Jehová había entregado a los hijos de Abrahán. Ahora, en cambio, era una tierra abrasada por el Sol, arruinada por la insensatez del propio pueblo de Dios. Cuando la muchedumbre se reunió en aquel lugar, Elías se acercó al pueblo y dijo: "¿Hasta cuándo irán cojeando sobre dos opiniones diferentes? Si Jehová es el Dios verdadero, vayan siguiéndolo; pero si Baal lo es, vayan siguiéndolo a él" (1 Reyes 18:21).

* El Carmelo generalmente está verde y frondoso debido a que los vientos procedentes del mar y cargados de humedad ascienden por sus laderas, dejando caer lluvias y abundante rocío. Puesto que de Baal se decía que traía la lluvia, este monte era al parecer un emplazamiento importante en su adoración. Así que un estéril y árido Carmelo constituía el lugar ideal para poner al descubierto que la adoración a Baal era un fraude.

¿Qué quiso decir Elías con la expresión "cojeando sobre dos opiniones"? Bueno, aquellas personas no se daban cuenta de que tenían que elegir a quién iban a adorar: si a Jehová o a Baal. Pensaban que era posible andar en ambos caminos; es decir, que podían apaciguar a Baal con sus repugnantes ritos y pedir también la bendición de Jehová Dios. Quizás razonaban que Baal bendeciría sus cosechas y su ganado, mientras que "Jehová de los ejércitos" los protegería en el campo de batalla (1 Samuel 17:45). Pero habían olvidado una verdad fundamental, una verdad que muchos olvidan hoy también: Jehová no comparte su adoración con nadie. El Creador exige y merece devoción exclusiva. Por eso, toda adoración que esté mezclada con cualquier forma de idolatría es para Jehová inaceptable, incluso ofensiva (Éxodo 20:5).

Así que aquellos israelitas estaban "cojeando", como alguien que intentara seguir dos caminos a la vez. Hoy día, muchas personas cometen un error parecido al permitir que otros "baales" entren en su vida y las vayan apartando de la adoración a Dios. La clarísima advertencia de Elías a los israelitas para que dejaran de titubear nos impulsa a reconsiderar cuáles son nuestras prioridades y a examinar nuestra adoración.

Una prueba decisiva

A continuación, Elías propuso una prueba muy sencilla. Los sacerdotes de Baal tenían que preparar un altar y poner un sacrificio sobre él, orar a su dios y pedirle que encendiera el fuego. Elías haría lo mismo. ¿Con qué fin? Él mismo les dijo: "El Dios verdadero que responda por medio de fuego es el Dios verdadero". Por supuesto, Elías sabía muy bien quién era el Dios verdadero, y su fe era tan fuerte que no dudó en cederles el primer turno a los profetas de Baal. De hecho, les dio todas las ventajas, pues hasta les dejó escoger el toro que iban a sacrificar y orar a Baal primero (1 Reyes 18:24, 25).*

* Cabe notar lo que Elías les dijo con respecto al sacrificio: "No deben ponerle fuego". Algunos eruditos afirman que los idólatras a veces usaban altares con una cavidad secreta debajo, de modo que pareciera que una fuerza sobrenatural había encendido el fuego.

Nosotros no vivimos en una época de milagros. Sin embargo, puesto que Jehová no ha cambiado, podemos confiar en él tal como lo hizo Elías. Por ejemplo, cuando otros están en desacuerdo con lo que la Biblia afirma, no hay por qué temer que expresen sus ideas. Al igual que Elías, dejemos que sea el Dios verdadero quien zanje la cuestión. ¿De qué manera? Apoyándonos en su Palabra inspirada, que fue escrita "para rectificar las cosas", en vez de confiar en nosotros mismos (2 Timoteo 3:16).

Los profetas de Baal procedieron a preparar su sacrificio y a llamar a su dios. "¡Oh Baal, respóndenos!", gritaron una y otra vez. Continuaron clamando, y los minutos se convirtieron en horas. "Pero no hubo voz, y no hubo quien respondiera", dice la Biblia. Al mediodía, Elías empezó a ridiculizarlos, afirmando en son de burla que Baal debía estar muy ocupado para responderles, que estaba haciendo sus necesidades o que se había quedado dormido y alguien debía ir a despertarlo. "Llamen a voz en cuello", les instó a aquellos impostores. Evidentemente, veía la adoración a Baal como una farsa absurda, y quería que el pueblo de Dios descubriera aquel fraude (1 Reyes 18:26, 27).

Seguir a cualquier amo que no sea Jehová acabará por decepcionarnos

Al oír aquello, los sacerdotes de Baal se pusieron histéricos y empezaron a "clamar a voz en cuello y a cortarse según su costumbre con dagas y con lancetas, hasta que hicieron chorrear la sangre sobre sí". ¡Y todo para nada! "No hubo voz, y no hubo quien respondiera, y no se prestó ninguna atención." (1 Reyes 18: 28, 29.) Así es, no había ningún Baal, pues se trataba de una invención de Satanás para apartar a la gente de Jehová. Tanto entonces como ahora, seguir a cualquier amo que no sea Jehová acabará por decepcionarnos e incluso avergonzarnos (Salmo 25:3; 115:4-8).

La respuesta

Ya a última hora de la tarde, le llegó el turno a Elías. Primero reparó un altar de Jehová que había sido demolido, sin duda por los enemigos de la adoración pura. Con ese fin, empleó doce piedras, tal vez para que la nación de diez tribus de Israel recordara que todavía estaba bajo la Ley dada a las doce tribus. Entonces preparó su sacrificio y empapó todo con agua, que posiblemente obtuvo del cercano mar Mediterráneo. Incluso cavó una zanja alrededor del altar y también la llenó con agua. Tal como les había dado todas las ventajas a los profetas de Baal, le puso a Jehová todos los inconvenientes. Así era la confianza que tenía en su Dios (1 Reyes 18:30-35).

A continuación, Elías hizo una oración sencilla pero elocuente, en la que mostró claramente a qué le daba prioridad. Lo primero y más importante para él fue dar a conocer que Jehová era el único "Dios en Israel", y no ese Baal. Lo segundo fue que todos supieran que su posición era la de siervo de Jehová y que toda la gloria y mérito debía darse a Dios. Por último, demostró que seguía preocupado por su pueblo, pues ansiaba que Jehová volviera "atrás el corazón de ellos" (1 Reyes 18:36, 37). Pese a las desgracias que habían provocado por su falta de fe, Elías todavía los amaba. ¿Qué hay de nuestras oraciones? ¿Revelan el mismo amor por el nombre de Dios, la misma humildad y la misma compasión por los que necesitan ayuda?

Antes de la oración de Elías, las muchedumbres tal vez se preguntaran si Jehová resultaría ser una total mentira, como lo había sido Baal. Sin embargo, no hubo tiempo para dudas, pues el relato dice que "ante eso, el fuego de Jehová vino cayendo, y se puso a comer la ofrenda quemada y los pedazos de leña y las piedras y el polvo, y lamió el agua que estaba en la zanja" (1 Reyes 18:38). ¡Qué respuesta tan espectacular! ¿Cómo reaccionó el pueblo?

Todos ellos gritaron: "¡Jehová es el Dios verdadero! ¡Jehová es el Dios verdadero!" (1 Reyes

18:39). Por fin reconocieron la verdad. Sin embargo, todavía no habían demostrado su fe. Siendo francos, admitir que Jehová es el Dios verdadero después de ver fuego cayendo del cielo no es una gran demostración de fe. Así que Elías exigió más de ellos. Les pidió que hicieran lo que deberían haber hecho muchos años antes: obedecer la Ley de Jehová. Y la Ley decretaba que se debía ejecutar a los falsos profetas y a los idólatras (Deuteronomio 13:5-9). Los sacerdotes de Baal eran enemigos acérrimos de Jehová Dios y querían frustrar sus propósitos. ¿Merecían clemencia? Pues bien, ¿acaso tuvieron ellos alguna clemencia con todos los niños inocentes que quemaron vivos en sacrificio a Baal? (Proverbios 21:13; Jeremías 19:5.) Definitivamente, aquellos hombres no merecían ninguna misericordia. De modo que Elías ordenó que fueran ejecutados, y el pueblo obedeció (1 Reyes 18:40).

En la actualidad, algunos críticos condenan el desenlace de esta prueba en el monte Carmelo. Les preocupa que religiosos fanáticos e intolerantes lo utilicen para justificar actos violentos. Y desgraciadamente, existen muchos religiosos de esta clase. Pero Elías no era ningún fanático. Lo que hizo fue defender la adoración de Jehová ordenando una ejecución justa. Por otra parte, los verdaderos cristianos saben que no pueden tomar las armas contra los malvados, como lo hizo Elías. Una vez que vino el Mesías, este fijó la norma para todos sus discípulos cuando le dijo a Pedro: "Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que toman la espada perecerán por la espada" (Mateo 26:52). En el futuro, será Jesucristo mismo quien haga justicia en el nombre de Jehová.

El cristiano verdadero debe demostrar por su modo de vivir que tiene fe (Juan 3:16). Y para ello hace bien en imitar al fiel Elías. Él adoró únicamente a Jehová e instó a los demás a hacer lo mismo. Con valentía, puso al descubierto el fraude que había tras una religión que Satanás había utilizado para alejar a la gente de Jehová. Además, confió en Dios para zanjar una importante cuestión, en vez de confiar en sí mismo. Está claro que Elías fue un fiel defensor de la adoración pura. Por lo tanto, ¡imitemos su gran ejemplo de fe!





Se mantuvo vigilante y esperó con confianza

ELÍAS ansiaba estar a solas para orar a su Padre celestial. Sin embargo, la muchedumbre que lo rodeaba acababa de verlo pedir que bajara fuego del cielo, por lo que probablemente muchos tratarían de congraciarse con él. Pero antes de ascender a las cumbres del monte Carmelo —siempre azotadas por el viento— y orar allí en privado, Elías debía encararse a la desagradable tarea de hablar con el rey Acab.

Era difícil encontrar dos hombres más diferentes. Por un lado, Acab, vestido con sus espléndidas prendas reales, era un apóstata avaricioso y sin fuerza de voluntad. Por otra parte, Elías, con su atuendo oficial de profeta —posiblemente una sencilla y tosca prenda confeccionada con piel animal o con pelo de camello o de cabra—, era un hombre de fe, valiente e íntegro. El día que estaba a punto de concluir había revelado la clase de hombre que era cada uno de ellos.*

Había sido un día nefasto para Acab y los demás adoradores de Baal. Se había asestado un golpe devastador a la religión pagana que Acab y su esposa, la reina Jezabel, promovían en el reino de diez tribus de Israel. Baal había resultado ser un fraude. Aquel dios inerte había sido incapaz de encender un simple fuego en respuesta a las súplicas desesperadas, las danzas y el ritual sangriento de sus profetas. Tampoco había podido librar a aquellos 450 hombres de una ejecución bien merecida. Pero este dios falso había fallado en algo más, y ese fracaso estaba a punto de evidenciarse por completo. Por más de tres años, sus profetas le habían implorado que pusiera fin a la sequía que padecía el país, pero Baal no había podido. Sin embargo, Jehová no tardaría en demostrar su supremacía al hacer que lloviera (1 Reyes 16:30–17:1; 18:1-40).

Pero ¿cuándo intervendría Jehová? ¿Qué haría Elías entretanto? ¿Y qué podemos aprender nosotros de este hombre de fe? Veamos las respuestas mientras analizamos el relato de 1 Reyes 18:41-46.

Un hombre de oración

Elías se dirigió a Acab y le dijo: "Sube, come y bebe; porque hay el sonido de la ruidosa agitación de un aguacero" (versículo 41). ¿Había aprendido algo este perverso rey de todo lo ocurrido aquel día? El relato no da detalles al respecto, pero no encontramos palabras de arrepentimiento ni ninguna petición al profeta para que intercediera ante Jehová a fin de obtener su perdón. No, Acab simplemente "procedió a subir a comer y beber" (versículo 42). Pero ¿qué hay de Elías?

"En cuanto a Elías, subió a la cima del Carmelo y empezó a agazaparse a tierra y a mantener su rostro puesto entre las rodillas." Mientras que Acab se preocupaba de llenar su estómago, Elías aprovechó la oportunidad para orar a su Padre. Llama la atención la humilde postura que adoptó el profeta: arrodillado con la cabeza tan agachada que el rostro quedaba cerca de las rodillas. ¿Qué estaba pidiendo? No hace falta que lo adivinemos, pues la Biblia dice en Santiago 5:18 que Elías oró para que se acabara la sequía, y todo indica que el profeta elevó dicha oración cuando se hallaba en la cima del monte Carmelo.

* Hallará más detalles en el artículo "Fiel defensor de la adoración pura", de *La Atalaya* del 1 de enero de 2008.



Las oraciones de Elías reflejaban su enorme deseo de ver realizada la voluntad de Dios

Elías sabía que Jehová había dicho: "Estoy resuelto a dar lluvia sobre la superficie del suelo" (1 Reyes 18:1). Por lo tanto, lo que pidió fue que se efectuara la voluntad de su Padre, lo mismo que Jesús enseñaría a sus discípulos a pedir en oración unos mil años más tarde (Mateo 6: 9, 10).

El ejemplo de Elías nos enseña mucho sobre la oración. Lo principal para él era que se cumpliera la voluntad de su Padre celestial. Del mismo modo, nosotros al orar debemos recordar las siguientes palabras: "No importa qué sea lo que pidamos conforme a su voluntad, él nos oye" (1 Juan 5:14). Obviamente, debemos conocer cuál es la voluntad de Dios para que nuestras oraciones le agraden, y esa es una buena razón para adoptar la costumbre de estudiar la Biblia todos los días. Además, es probable que Elías orara por el fin de la sequía al ver todo lo que sus compatriotas estaban sufriendo. Y es posible que también expresara su agradecimiento después de presenciar el milagro que Jehová había efectuado aquel mismo día. En nuestro caso, la preocupación por el bienestar de los demás y la gratitud sincera también deberían caracterizar nuestras oraciones (2 Corintios 1:11; Filipenses 4:6).

Con plena confianza y actitud vigilante

Si bien Elías estaba seguro de que Jehová terminaría con la sequía, de lo que no estaba seguro era de *cuándo* lo haría. ¿Qué hizo el profeta mientras tanto? Regresemos al relato de 1 Reyes 18:41-46 y notemos lo que dice el versículo 43: "[Elías le] dijo a su servidor: 'Sube, por favor. Mira en dirección al mar'. Él subió, pues, y miró, y entonces dijo: 'No hay nada absolutamente'. Y él pasó a decir: 'Vuelve', siete veces". El ejemplo de Elías nos enseña por lo menos dos lecciones: que tenemos que confiar en Jehová y que debemos mantener una actitud vigilante.

Hablemos de la primera lección. Elías anhelaba ver cualquier evidencia de que Jehová iba a actuar, así que mandó a su ayudante a un lugar alto para buscar en el horizonte alguna señal de lluvia inminente. Cada vez que regresaba, su siervo le repetía sin entusiasmo: "No hay nada absolutamente". El horizonte se veía claro, y el cielo, despejado. Pero ¿nota usted algo extraño en el relato? Recuerde lo que Elías le acababa de decir al rey: "Hay el sonido de la ruidosa agitación de un aguacero". Pues bien, ¿cómo podía afirmar tal cosa cuando no se veía ni una sola nube?

Elías sabía lo que Jehová había prometido. Y como su profeta y representante, tenía la seguridad de que cumpliría su palabra. Tanta confianza tenía en él, que era como si ya escuchara el aguacero. Puede que esto nos recuerde lo que la Biblia dice de Moisés: "Continuó constante como si viera a Aquel que es invisible". ¿Es Dios así de real para usted? Él nos ha dado razones de sobra para tener esa clase de fe en él y en sus promesas (Hebreos 11:1, 27).

Ahora fíjese en la actitud vigilante de Elías. El profeta envió a su servidor, no una vez ni dos, sino siete veces. Podemos imaginarnos que el siervo se iría cansando de tanto ir y

venir. Pero Elías siguió esperando con anhelo una señal sin darse por vencido. Por fin, después del séptimo viaje, el ayudante le informó: "¡Mira! Hay una nubecilla como la palma de la mano de un hombre, que viene ascendiendo del mar" (versículo 44). ¿Se imagina al servidor con su brazo extendido, indicando con la mano el tamaño de la nubecilla que ascendía sobre el horizonte del mar Grande?* Puede que el siervo no estuviera demasiado impresionado, pero para Elías aquella nube era importantísima. A continuación le dio a su ayudante instrucciones urgentes: "Sube, di a Acab: '¡Engancha el carro! ¡Y baja para que no te detenga el aguacero!' ".

* Hoy conocemos al mar Grande como mar Mediterráneo.

De nuevo, Elías nos da un gran ejemplo. Nosotros también vivimos en una época en la que Dios pronto actuará para cumplir su propósito. Elías tuvo que esperar el fin de una sequía, y hoy los siervos de Dios esperamos el fin del corrupto sistema de cosas mundial (1 Juan 2:17). Hasta que llegue el momento en que Jehová intervenga, tenemos que permanecer vigilantes como Elías. A este respecto, Jesús, el Hijo de Dios, advirtió a sus seguidores: "Manténganse alerta, pues, porque no saben en qué día viene su Señor" (Mateo 24:42). ¿Quiso decir que sus discípulos no tendrían ninguna idea de cuándo vendría el fin? Pues no, porque él habló largo y tendido sobre cómo sería el mundo en sus últimos días. Además, a todos se nos brinda la oportunidad de aprender sobre los

¿Cuánto duró la sequía?

Elías, el profeta de Jehová, le dijo al rey Acab que aquella larga sequía pronto iba a terminar. Esto ocurrió "al tercer año", contando evidentemente desde el día que Elías había anunciado la sequía (1 Reyes 18:1). Y Jehová hizo que lloviera poco después de que Elías dijera que así ocurriría. Debido a ello, quizás algunos concluyan que la sequía terminó en el transcurso del tercer año y que, por tanto, debió durar menos de tres años. Sin embargo, tanto Jesús como Santiago afirmaron que la sequía se prolongó por "tres años y seis meses" (Lucas 4:25; Santiago 5:17). ¿Se trata de una contradicción?



No, en absoluto. Tengamos en cuenta que la temporada seca en el antiguo Israel era bastante larga, hasta de seis meses. De seguro Elías le anunció a Acab la sequía cuando la temporada seca ya era excepcionalmente larga e intensa. En realidad, había empezado casi medio año antes. Así que cuando Elías proclamó su fin "al tercer año" desde su anterior anuncio, llevaba sin llover casi tres años y medio. Cuando todo el pueblo se reunió para ser testigo de la gran prueba en el monte Carmelo, ya habían trascurrido los "tres años y seis meses".

Piense en la ocasión en que Elías le anunció al rey Acab la sequía. La gente creía que Baal era "el jinete de las nubes", el dios que traería la lluvia al final de la temporada seca. Como esta ya había durado más de lo normal, es probable que la gente se preguntara: "¿Dónde está Baal y cuándo traerá la lluvia?". El anuncio de Elías de que ni caería lluvia ni rocío hasta que él dijera lo contrario debió ser un tremendo golpe para aquellos adoradores de Baal (1 Reyes 17:1).

numerosos aspectos de la señal de "la conclusión del sistema de cosas" (Mateo 24:3-7).*

Cada uno de los aspectos de esta señal nos suministra pruebas claras y convincentes. ¿Son suficientes estas pruebas para impulsarnos a actuar con urgencia? Bueno, una nubecilla en el horizonte fue suficiente para convencer a Elías de que Jehová estaba a punto de intervenir. ¿Quedaría decepcionado aquel fiel profeta?

Jehová alivia y bendice

El relato sigue diciendo: "Mientras tanto aconteció que los cielos mismos se oscurecieron con nubes y viento, y empezó a haber un gran aguacero. Y Acab siguió adelante montado en su carro, y se encaminó a Jezreel" (versículo 45). Los hechos se sucedieron con extraordinaria rapidez. Mientras el ayudante de Elías entregaba el mensaje del profeta a Acab, aquella pequeña nube se convirtió en muchas, cubriendo y oscureciendo el cielo, y un fuerte viento empezó a soplar. Después de tres años y medio, por fin llovió sobre el suelo de Israel.# La reseca tierra absorbió el agua. A medida que la lluvia se convertía en un aguacero, el río Cisón crecía, limpiando la sangre de los profetas de Baal allí degollados. Y a los israelitas descarriados también se les brindó la oportunidad de limpiarse de la terrible mancha que la adoración de Baal había dejado sobre la nación.

De seguro, eso era lo que Elías esperaba que hicieran. ¿Se arrepentiría Acab y se apartaría de la contaminación del culto a Baal? Los sucesos de aquel día le habían dado razones de sobra para efectuar tales cambios. No podemos saber lo que pasaba por la cabeza de Acab en aquel momento, pues el relato solo indica que el rey "siguió adelante montado en su carro, y se encaminó a Jezreel". ¿Había aprendido algo? ¿Estaba decidido a cambiar su vida? Lo que ocurrió más tarde nos da a entender que no. Pero el día aún no había terminado para él... ni para Elías.

Acto seguido, el profeta de Jehová tomó el mismo camino que Acab. Por delante tenía un largo trayecto, bajo los negros nubarrones y la intensa lluvia; pero entonces, algo insólito ocurrió.

"La misma mano de Jehová resultó estar sobre Elías, de modo que él se ciñó las caderas y se fue corriendo delante de Acab todo el camino hasta Jezreel." (Versículo 46.) Obviamente, la "mano de Jehová" estuvo sobre Elías de un modo sobrenatural. Jezreel se encontraba a unos 30 kilómetros (20 millas), y Elías no era precisamente un muchachito.* Imagíneselo ciñéndose sus largas prendas, anudándolas a sus caderas para que sus piernas pudieran moverse con libertad, y entonces corriendo por aquel camino empapado por la lluvia, corriendo tan rápido que alcanzó, adelantó y dejó atrás el carro del rey.

¡Qué bendición para Elías! Debió ser una experiencia emocionante tener tanta fuerza, vitalidad y resistencia, tal vez hasta más que en su juventud. Sin duda, mientras corría por aquel camino mojado, Elías sabía que contaba con la aprobación de su Padre, el único Dios verdadero, Jehová. Lo que ocurrió quizás nos traiga a la memoria las profecías que aseguran que los siervos fieles de Dios disfrutarán de vigor y salud perfecta en el futuro Paraíso terrestre (Isaías 35:6; Lucas 23:43).

Dios anhela darles muchas bendiciones a sus siervos, y vale la pena que hagamos todo lo posible por obtenerlas. Al igual que Elías, debemos mantenernos vigilantes y dar la importancia debida a las pruebas contundentes de que Jehová va a actuar en estos tiempos tan peligrosos y apremiantes. Y como aquel fiel profeta, hacemos bien en cifrar toda nuestra confianza en las promesas de Jehová, "el Dios de la verdad" (Salmo 31:5).

---

* Hallará más pruebas respecto al cumplimiento actual de las palabras de Jesús en el capítulo 9 del libro *¿Qué enseña realmente la Biblia?,* editado por los testigos de Jehová.

Hay quienes se preguntan si la Biblia se contradice en cuanto a la duración de la sequía. Véase el recuadro de la pág. 19.

* Poco después de todo esto, Jehová comisionó a Elías para que capacitara como profeta a Eliseo, quien llegó a ser conocido como el que "derramaba agua sobre las manos de Elías" (2 Reyes 3:11). Esto parece indicar que Elías tuvo a Eliseo como asistente y recibió sus cuidados durante la vejez.



"¡Mira! ¡La esclava de Jehová!"

MARÍA levanta la vista y mira asombrada al visitante. Este no pregunta por su padre o su madre; es a ella a quien quiere ver. No puede ser de Nazaret, de eso está segura. En una ciudad tan pequeña, los extraños no pasan inadvertidos, y el que tiene delante se destacaría donde fuera. Y ahora él le dirige este insólito saludo: "Buenos días, altamente favorecida, Jehová está contigo" (Lucas 1:28).

Así nos presenta la Biblia a María, hija de Helí, de la ciudad galilea de Nazaret. Este es un momento decisivo en su vida. Está comprometida con un carpintero llamado José, quien no es un hombre rico, pero sí fiel a Dios. Así que el futuro de María parece bastante claro: llevará una vida sencilla trabajando junto a su esposo y criando una familia. Sin embargo, de pronto se encuentra ante aquel visitante que le trae una asignación procedente de Dios, una responsabilidad que va a cambiar por completo su vida.

Quizás a usted le sorprenda saber que la Biblia no habla mucho de María. Apenas nos dice algo sobre su familia, incluso menos sobre su personalidad, y absolutamente nada sobre su apariencia. No obstante, lo poco que la Palabra de Dios revela sobre ella es muy significativo.

Para conocer a María, primero tenemos que desechar muchas ideas preconcebidas que tienen su origen en las enseñanzas de diversas religiones. Así que dejemos a un lado las innumerables representaciones que se han hecho de ella, ya sea en pintura, en mármol o en yeso. Dejemos a un lado también los dogmas y las complicadas doctrinas teológicas que otorgan a esta humilde mujer títulos tan impresionantes como "Madre de Dios" y "Reina de los Cielos". Más bien, ciñámonos a lo que la Biblia revela en cuanto a ella, pues en sus páginas hallamos lecciones muy valiosas sobre su fe y sobre cómo podemos imitar su ejemplo.

La visita de un ángel

Como tal vez ya sepa, quien visitó a María no era un simple hombre, sino el ángel Gabriel. Cuando la llamó "altamente favorecida", ella "se turbó profundamente" y se preguntó por qué la había saludado de manera tan extraña (Lucas 1:29). ¿Altamente favorecida por quién? María no esperaba que otras personas le otorgaran favores especiales, pero el ángel se estaba refiriendo al favor de Jehová Dios, y eso sí que le interesaba. Aun así, ella no dio por sentado que tenía el favor divino. Si nosotros nos esforzamos por conseguir el favor de Dios y no suponemos altivamente que ya lo tenemos, aprenderemos una lección importante, una lección que la joven María comprendía muy bien. ¿Cuál? Que Dios se opone a los altivos, pero ama y apoya a los humildes (Santiago 4:6).

Era necesario que María tuviera esa humildad, pues el ángel puso ante ella un privilegio casi inconcebible. Le anunció que iba a dar a luz a un niño, el cual llegaría a ser la persona más importante de la historia humana. Gabriel le dijo: "Jehová Dios le dará el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y de su reino no habrá fin" (Lucas 1:32, 33). Sin duda, María sabía que, más de mil años antes, Dios le había prometido a Da-

vid que sus descendientes gobernarían para siempre (2 Samuel 7:12, 13). En efecto, ¡su hijo sería el Mesías que el pueblo de Dios llevaba siglos esperando!

Por si fuera poco, el ángel añadió que sería llamado "Hijo del Altísimo". ¿Cómo podría una simple mujer dar a luz al Hijo de Dios? Lo que es más, ¿cómo sería posible que María siquiera tuviera un hijo? Estaba comprometida con José, pero aún no se habían casado, así que preguntó con franqueza: "¿Cómo será esto, puesto que no estoy teniendo coito con varón alguno?" (Lucas 1:34). Observe que, para María, ser virgen no era ninguna vergüenza. Muy al contrario, valoraba muchísimo su castidad. Hoy en día, numerosos jóvenes de ambos sexos están ansiosos por dejar de ser vírgenes, y los que no piensan como ellos se vuelven el blanco de sus burlas. Ciertamente, el mundo ha cambiado mucho, pero Jehová no (Malaquías 3:6). Como en los tiempos de María, Dios siente un gran aprecio por quienes obedecen sus normas morales (Hebreos 13:4).

Aunque María era una fiel sierva de Dios, no dejaba de ser una mujer imperfecta. Por eso, ¿cómo podría producir una descendencia perfecta, el Hijo de Dios? Gabriel le explicó: "Espíritu santo vendrá sobre ti, y poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso, también, lo que nace será llamado santo, Hijo de Dios" (Lucas 1:35). "Santo" significa limpio, puro, sagrado. Los seres humanos siempre han pasado a sus descendientes su propia condición impura y pecaminosa. Pero en este caso, Jehová realizaría un milagro sin precedentes. Iba a transferir la vida de su Hijo desde el cielo a la matriz de María y a emplear su fuerza activa, el espíritu santo, para 'cubrirla', protegiendo así al bebé de toda mancha del pecado. ¿Creyó María en la promesa del ángel? ¿Qué le respondió?

La respuesta de María

A los escépticos, incluidos algunos teólogos de la cristiandad, les cuesta creer que una virgen pudiera dar a luz. A pesar de todos sus estudios, no captan la sencilla verdad de que, como lo expresó Gabriel, "con Dios ninguna declaración será una imposibilidad" (Lucas 1:37). María no dudó de las palabras del ángel, pues era una joven de gran fe. Pero esa fe no era credulidad. Al igual que cualquier persona razonable, María quería pruebas en las cuales basar su fe. Y Gabriel estaba preparado para dárselas. Le dijo que su pariente Elisabet, mayor que ella y considerada estéril desde hacía mucho, había concebido milagrosamente un hijo.

¿Qué hizo María entonces? Tenía una misión que cumplir y suficientes pruebas de que Dios iba a hacer todo lo que Gabriel le había anunciado. No debemos creer que este privilegio no suponía ninguna amenaza ni dificultad. Para empezar, María tenía que pensar en su compromiso con José. ¿Querría él tomarla por esposa cuando se enterara de que estaba embarazada? Por otro lado, quizá se haya



sentido abrumada por la responsabilidad. Llevaría en sus entrañas al ser que Dios consideraba más valioso: nada menos que a Su amado Hijo primogénito. Luego tendría que cuidarlo mientras fuera un bebé indefenso y protegerlo de este mundo malvado. Era una inmensa responsabilidad.

La Biblia muestra que, a veces, hasta varones que servían a Dios fielmente vacilaron en aceptar misiones difíciles que él les confió. Moisés objetó que no tenía la fluidez necesaria para hablar en nombre de Dios (Éxodo 4:10). Jeremías dijo que no era más que "un muchacho", que era demasiado joven para encargarse de la tarea que Dios le había encomendado (Jeremías 1:6). ¡Y Jonás incluso huyó de su asignación! (Jonás 1:3.) Pues bien, ¿qué contestó María?

Sus palabras han resonado a lo largo de los siglos por la sencillez, humildad y obediencia que reflejan. Ella le dijo a Gabriel: "¡Mira! ¡La esclava de Jehová! Efectúese conmigo según tu declaración" (Lucas 1:38). Las esclavas jóvenes eran las siervas de más baja condición; su vida estaba completamente en manos de su amo. Eso era lo que sentía María para con su Amo, Jehová. Ella sabía que él es leal con sus leales y que la bendeciría si cumplía lo mejor que pudiera con aquella difícil misión, así que se sentía a salvo en sus manos (Salmo 18:25).

En ocasiones, Dios nos pide cosas que nos parecen difíciles o hasta imposibles. No obstante, en su Palabra nos da sobradas razones para confiar en él, para ponernos en sus manos como hizo María (Proverbios 3:5, 6). ¿Seguiremos su ejemplo? Si así lo hacemos, Dios nos recompensará y nuestra fe en él crecerá aún más.

La visita a Elisabet

Lo que dijo Gabriel sobre Elisabet significó mucho para María. De todas las mujeres del mundo, ¿quién podría entenderla mejor que Elisabet? Así que María decidió visitarla, y para ello viajó a la región montañosa de Judá, un trayecto de tres o cuatro días. Cuando entró en el hogar de Elisabet y Zacarías el sacerdote, Jehová la recompensó con una señal que fortaleció su fe. Al oír su saludo, Elisabet sintió a su bebé saltar de alegría en su matriz y, llena de espíritu santo, llamó a María "la madre de mi Señor". Dios reveló a Elisabet que el hijo de María sería su Señor, el Mesías. Además, la inspiró para alabar a María por su fidelidad y obediencia con estas palabras: "Feliz también es la que creyó" (Lucas 1:39-45). No cabía duda: todo lo que Jehová le había prometido a María iba a hacerse realidad.

La respuesta de María se ha preservado cuidadosamente en Lucas 1:46-55. Es, con diferencia, su intervención más larga registrada en la Biblia, y nos dice mucho de ella. Por ejemplo, era una joven agradecida, como se desprende de sus expresiones de alabanza a Jehová por concederle el privilegio de ser la madre del Mesías. Sus palabras también muestran la profundidad de su fe, pues se refirió a Jehová como aquel que humilla a los altivos y poderosos, pero ayuda a los pobres y humildes que desean servirle. Además, lo que dijo evidencia su amplio conocimiento bíblico, pues se calcula que hizo más de veinte referencias a las Escrituras Hebreas.

Está claro que María acostumbraba meditar en la Palabra de Dios. Sin embargo, en vez de decir algo que reflejara su propio punto de vista, con toda humildad prefirió que fueran las Escrituras las que hablaran. El hijo que ahora crecía en su matriz mostraría con el tiempo esa misma disposición y diría: "Lo que yo enseño no es mío, sino que pertenece al que me ha enviado" (Juan 7:16). Hacemos bien en preguntarnos: "¿Manifiesto ese mismo respeto y reverencia por la Palabra de Dios? ¿O prefiero enseñar mis propias ideas?". La respuesta de María deja bien claro lo que debemos hacer.

María se quedó con Elisabet tres meses, y podemos estar seguros de que se animaron muchísimo la una a la otra (Lucas 1:56). Esto nos recuerda la importancia de elegir buenas com-

pañías. Si buscamos amigos que sientan verdadero amor por nuestro Dios, Jehová, sin duda creceremos espiritualmente y nos acercaremos más a él (Proverbios 13:20). Por fin llegó el momento de que María regresara a casa. ¿Qué diría José cuando se enterara de su embarazo?

María y José

Sin duda, María no esperó a que su embarazo se hiciera evidente para hablar con José. Antes de darle la noticia, quizá se preguntara cómo reaccionaría aquel hombre temeroso de Dios. Sin embargo, le contó con valor todo lo que le había ocurrido. Como podemos imaginarnos, José se preocupó muchísimo. Deseaba creer en las palabras de su amada, pero nunca antes había ocurrido nada como aquello. La Biblia no revela qué pensamientos se le cruzaron por la cabeza, pero sí nos dice que decidió divorciarse de ella, puesto que a las parejas comprometidas ya se las consideraba casadas. Sin embargo, no deseaba exponerla a la vergüenza pública o al castigo, así que optó por divorciarse en secreto (Mateo 1:18, 19). María no se amargó porque José no le creyera. Más bien, debió dolerle ver a este hombre bondadoso sufrir por toda aquella situación.


El amor a Dios es el mejor fundamento para el matrimonio

José no llegó a hacer lo que planeaba, pues Jehová no se lo permitió. En un sueño, un ángel le dijo que el embarazo de María realmente era milagroso. Ya mucho más tranquilo, José decidió hacer lo que María había hecho desde el principio: seguir la dirección de Jehová. Se casó con ella y se dispuso a asumir la responsabilidad sin igual de cuidar al Hijo de Jehová (Mateo 1:20-24).

Tanto las personas casadas como las que están pensando en casarse pueden aprender mucho de aquella joven pareja que vivió hace dos milenios. Cuando José vio cómo ella cumplía con sus deberes de madre, debió alegrarse de haber seguido las instrucciones del ángel de Jehová. Además, comprobó que es necesario apoyarse en Dios al tomar decisiones importantes (Salmo 37:5; Proverbios 18:13). Y, sin duda, sus decisiones como cabeza de familia siguieron reflejando consideración y bondad.

Por otra parte, ¿qué aprendemos de que María estuviera dispuesta a casarse con José? Aunque en un principio a José le costó aceptar lo que María le había contado, ella supo esperar y siguió confiando en el hombre que sería el cabeza de la familia. No hay duda de que comprobó la importancia de ser paciente, y esa es una buena lección para las cristianas de hoy día. Y por último, todo lo sucedido debió enseñar tanto a José como a María la importancia de la comunicación franca y sincera.

Ciertamente, aquella joven pareja comenzó su matrimonio con el mejor fundamento. Ambos amaban a Jehová sobre todas las cosas y deseaban agradarle siendo padres responsables y amorosos. Por supuesto, les aguardaban enormes bendiciones y también enormes retos. Tenían ante sí la tarea de criar a Jesús, quien llegaría a ser el hombre más grande que el mundo ha conocido.

Sacó "conclusiones en su corazón"

MARÍA trató de acomodarse sobre la pequeña bestia de carga. Llevaba muchas horas sentada. Su esposo, José, caminaba adelante, guiándolos en su camino hacia la distante Belén. De nuevo, ella sintió al niño moverse en su interior.

Parece que le faltaba poco para dar a luz, pues la Biblia dice que se encontraba "en estado avanzado de gravidez" (Lucas 2:5). Es posible que, al verlos pasar, algunos labradores se preguntaran qué hacía de viaje una mujer en ese estado. Ahora bien, ¿qué había llevado a María tan lejos de su hogar en Nazaret?

Todo comenzó varios meses atrás, cuando esta joven judía recibió una comisión única en toda la historia humana: ser la madre del futuro Mesías, el Hijo de Dios (Lucas 1:35). Estando ya próximo el momento del parto, María tuvo que salir de viaje. En vista de que varios sucesos durante ese viaje pusieron a prueba su fe, veamos qué la ayudó a mantenerse fuerte en sentido espiritual.

El viaje a Belén

José y María no eran los únicos que estaban de viaje. Por orden del emperador César Augusto, todos los habitantes del país tenían que ir a su lugar de origen a que se les inscribiera en un censo. ¿Qué hizo José? "Subió desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser miembro de la casa y familia de David." (Lucas 2:1-4.)



No fue por casualidad que el césar emitió dicho decreto en ese preciso momento. Unos siete siglos antes se había predicho que el Mesías nacería en Belén. Había una ciudad con ese nombre a apenas 11 kilómetros (7 millas) de Nazaret, pero la profecía indicaba que nacería en "Belén Efrata", un pequeño pueblo situado más al sur (Miqueas 5:2). Por carreteras modernas, la distancia entre esta localidad y Nazaret es de unos 150 kilómetros (93 millas) a través de las montañas. Pues bien, hacia allá tenía que ir José, ya que ese era el lugar de origen de la familia del rey David, a la que tanto él como María pertenecían.

¿Y qué hay de María? ¿Apoyaría la decisión de José de obedecer el decreto? A fin de cuentas, el viaje sería particularmente duro para ella. Es probable que estuvieran a principios del otoño, cuando la estación seca daba paso a las lloviznas. Además, el relato bíblico dice que José *"subió* desde Galilea". Y así fue, pues Belén se encontraba al final de una empinada subida, a más de 760 metros (2.500 pies) sobre el nivel del mar. Tras varios días de camino, esta última parte debía resultar muy agotadora. Hasta es posible que el viaje les tomara más tiempo de lo habitual, pues seguramente tendrían que hacer frecuentes

paradas para que María descansara un poco. En su estado, cualquier mujer preferiría quedarse en su casa, cerca de familiares y amigos que pudieran ayudarla cuando llegara el parto. Sin duda, necesitaría valor para emprender semejante viaje.

Así y todo, Lucas dice que José fue a inscribirse "con María". También indica que ella "le había sido dada [a José] en matrimonio" (Lucas 2:4, 5). El hecho de estar casada influyó mucho en las decisiones de María a partir de ese momento. De seguro, ella respetaba el papel que Dios asignaba a la esposa como colaboradora de su marido —que era su cabeza en sentido espiritual— y, por tanto, apoyaba fielmente las decisiones de él.* Así que la obediencia la ayudó a superar esta prueba.

¿Qué más pudo haber impulsado a María a obedecer? ¿Conocería la profecía de que el Mesías iba a nacer en Belén? La Biblia no dice nada al respecto. Con todo, no podemos descartar la posibilidad, pues esa profecía era muy conocida entre los líderes religiosos de su tiempo, e incluso entre el pueblo (Mateo 2:1-7; Juan 7:40-42). Además, María no era una joven sin conocimiento de las Escrituras (Lucas 1:46-55). Ya fuera por obedecer a su esposo, por acatar un decreto civil, por cumplir la profecía de Jehová o por una combinación de estos factores, el caso es que María realizó el viaje. Así nos dejó un magnífico ejemplo. Jehová valora muchísimo tanto a los hombres como a las mujeres que demuestran una actitud obediente y humilde. Y en estos tiempos en que ser sumiso no se considera precisamente una virtud, María es un excelente modelo para todas las personas fieles a Dios.

* Hay una interesante diferencia entre este viaje de María y otro anterior. Según la Biblia, en ese otro viaje, "María se levantó [...] y fue" a visitar a Elisabet (Lucas 1:39). Para ese entonces, María estaba comprometida pero no casada, así que tal vez tomó esa decisión sin consultar a José. Sin embargo, una vez casados, la decisión de viajar a Belén se le atribuye a José, y no a ella.



El nacimiento de Cristo

María debió respirar aliviada cuando por fin vio Belén a lo lejos. Mientras subían por una ladera llena de olivos —cuyo producto era de los últimos en cosecharse—, puede que José y María recordaran la historia de Belén. Era una localidad tan pequeña que, como había dicho Miqueas, ni siquiera se la contaba entre las ciudades de Judá. Aun así, personajes como Boaz, Noemí y David habían nacido allí más de mil años antes.

Debido al censo, el pueblo estaba lleno de gente. Muchos otros habían llegado antes que ellos, y no había espacio en el lugar de hospedaje.* Así que no les quedó más remedio que pasar la noche en un establo. Podemos imaginarnos el nerviosismo de José al ver que su esposa empezaba a sufrir dolores que nunca antes había sentido. ¡Los dolores de parto habían comenzado!

Muchas mujeres de todo el mundo saben por lo que estaba pasando María. Cuatro mil años antes, Jehová había predicho que, debido al pecado heredado, la mujer sufriría durante el parto (Génesis 3:16). Y nada indica que María fuese la excepción. Mostrando

* En los pueblos de aquellos días era habitual preparar un lugar para alojar a los viajeros que iban de paso.

mucho respeto por la privacidad del acontecimiento, Lucas simplemente dice que ella "dio a luz a su hijo, el primogénito" (Lucas 2:7). Así es, este fue el primer hijo de María, quien por lo menos tuvo otros seis (Marcos 6:3). Pero este hijo era especial. No solo era su primogénito, sino también "el primogénito de toda la creación": ¡el Hijo unigénito de Dios! (Colosenses 1:15.)

A continuación, el relato aporta otro conocido detalle: "Lo envolvió con bandas de tela y lo acostó en un pesebre" (Lucas 2:7). Numerosas representaciones, pinturas y obras teatrales en todo el mundo suelen pintar esta escena de forma encantadora. Pero la realidad es otra. Para empezar, el pesebre es un cajón donde se echa la comida a los animales. Además, la familia se encontraba en un establo, un lugar que ni siquiera hoy se caracteriza por estar limpio y ventilado. ¿Qué padres elegirían un lugar así para traer al mundo a su hijo? Los padres normalmente quieren darles lo mejor a sus hijos. ¡Cuánto más José y María, que tenían con ellos al Hijo de Dios!

Sin embargo, ellos no se amargaron por la situación; más bien, hicieron todo lo que estaba en sus manos. María, por ejemplo, envolvió al bebé con bandas de tela y lo acostó a dormir en el pesebre, procurando que estuviera cómodo y no pasara frío. Dadas las circunstancias, lo atendió lo mejor que pudo. Además, tanto ella como José tenían claro que lo más importante era cuidarlo en sentido espiritual (Deuteronomio 6:6-8). Aunque hoy día se desprecian los valores espirituales, los buenos padres tienen el mismo orden de prioridades que José y María.

Una animadora visita

La calma se interrumpe cuando un grupo de pastores entra a toda prisa en el establo. Llegan deseosos de ver a la familia, especialmente al recién nacido. No caben en sí de la emoción, y sus rostros irradian alegría. Han llegado corriendo desde las laderas donde viven con sus rebaños.* De inmediato les cuentan a los sorprendidos padres lo que acaba de sucederles. Se les ha aparecido un ángel en el campo de noche. La brillante gloria de Jehová los ha rodeado y el ángel les ha anunciado que el Cristo, o Mesías, acaba de nacer en Belén y que lo encontrarán envuelto en bandas de tela en un pesebre. Y luego ha sucedido algo todavía más espectacular: ¡un grandioso coro de ángeles se ha reunido para alabar a Jehová!

Con razón llegaron corriendo a Belén. Podemos imaginarnos la emoción de estos humildes hombres al encontrar al recién nacido exactamente donde el ángel les había dicho. Y no se callaron las buenas noticias. Al contrario, "dieron a conocer el dicho que se les había hablado [...]. Y cuantos oyeron se maravillaron de las cosas que les dijeron los pastores" (Lucas 2:17, 18). Es muy probable que los líderes religiosos de aquel tiempo menospreciaran a los pastores. Sin embargo, resulta evidente que Jehová apreciaba mucho a estos hombres humildes y fieles. Ahora bien, ¿qué impresión causó en María la visita de los pastores?

Seguramente, ella estaba agotada por el parto. Aun así, prestó mucha atención a todo lo que se dijo. No solo eso, "María iba conservando todos estos dichos, sacando conclusiones en su corazón" (Lucas 2:19). Esta joven reflexiva comprendió enseguida la relevancia del mensaje angélico. Su Dios, Jehová, quería que ella conociera la identidad de su hijo y se diera cuenta de lo importante que este era. Así que ella hizo más que solo escuchar. Fue guardando estas palabras en su

* El hecho de que los rebaños estuvieran a la intemperie confirma lo que indica la cronología bíblica: que Cristo nació en algún momento a principios de octubre, y no en diciembre, cuando los rebaños estarían resguardados cerca de las casas.

corazón a fin de meditar en ellas mes tras mes y año tras año. Sin duda, la meditación contribuyó a que la fe de María se mantuviera siempre firme.

Y usted, ¿imitará a María? Jehová ha llenado las páginas de la Biblia con verdades espirituales. Pero estas no nos servirán de nada si no les prestamos atención. Para eso, tenemos que leer la Biblia con regularidad, conscientes de que no es un libro más, sino la Palabra de Dios (2 Timoteo 3:16). Luego debemos guardar esos dichos espirituales en nuestro corazón y sacar lecciones útiles, tal como hizo María. Si meditamos en lo que leemos y buscamos maneras de poner en práctica a mayor grado los consejos bíblicos, nuestra fe se hará más fuerte.

Más dichos en los que meditar

A los ocho días de nacer el niño, sus padres lo circuncidaron de acuerdo con la Ley mosaica y, tal como se les había indicado, lo llamaron Jesús (Lucas 1:31). Luego, cuando cumplió cuarenta días, lo llevaron de Belén al templo de Jerusalén, a pocos kilómetros de distancia, y allí presentaron la ofrenda de purificación que la Ley estipulaba para los pobres: dos tórtolas o dos pichones. Tal vez se sintieran mal por no poder ofrecer un carnero y una tórtola, como otros padres; pero si fue así, no dejaron que eso les afectara. El caso es que recibieron mucho ánimo mientras estuvieron en el templo (Lucas 2:21-24).

Un anciano llamado Simeón se les acercó y les dio más ideas en las que meditar. Dios le había prometido a este hombre que vería al Mesías antes de morir, y el espíritu santo de Jehová le había revelado que el pequeño Jesús era el predicho Salvador. Simeón le comunicó a María que un día iba a sentir un gran dolor, como si una larga espada la atravesara (Lucas 2:25-35). Puede que estas palabras la ayudaran a aguantar cuando llegó ese momento, más de treinta años después. Una profetisa de nombre Ana también reconoció al pequeño Jesús y empezó a hablar de él a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén (Lucas 2:36-38).

¡Qué buena decisión tomaron José y María al llevar al niño al templo de Jehová en Jerusalén! Esta fue la primera de muchas visitas al templo que su hijo haría fielmente durante toda su vida. En aquella ocasión ofrecieron lo que pudieron y, a cambio, recibieron instrucción y ánimo. Seguro que ese día María salió del templo llena de fe y con el corazón repleto de dichos espirituales en los que podría meditar y que podría compartir con los demás.


Simeón tuvo el honor de ver al predicho Salvador

Es hermoso ver que hoy día muchos padres siguen este ejemplo. Los testigos de Jehová también llevan regularmente a sus hijos a las reuniones cristianas. Estos padres dan lo que pueden: entre otras cosas, ofrecen palabras de ánimo a sus compañeros de creencia. A su vez, salen fortalecidos, felices y llenos de cosas buenas que compartir con los demás. ¿Por qué no los acompaña? Hágalo y verá que su fe se fortalece, como en el caso de María.

Aprendió de sus errores



NO SOLO es el espeluznante silbido del viento atravesando la cubierta; tampoco es el ensordecedor estruendo de las olas rompiendo ininterrumpidamente contra la borda y haciendo estremecerse hasta el último rincón del barco. Lo peor son los gritos de los marineros luchando a muerte por mantener la embarcación a flote. Jonás siente que ya no puede soportarlo más. Está convencido de que todos van a morir... ¡y la culpa ha sido solo suya!

Jonás se encuentra en esta angustiosa situación porque ha cometido un grave error. Pero ¿cuál fue ese error? Y lo que es más importante aún, ¿está a tiempo de arreglarlo? A continuación examinaremos el relato de Jonás para encontrar la respuesta a estas preguntas. También aprenderemos buenas lecciones para todos nosotros. Veremos, por ejemplo, que los siervos fieles de Dios pueden cometer errores, pero también pueden rectificarlos.

Un profeta de Galilea

A menudo, cuando se menciona a Jonás, la gente suele recordar únicamente sus defectos: que desobedeció a Dios en varias ocasiones y que fue un tanto testarudo. Sin embargo, también era un buen hombre que tenía grandes virtudes. Jehová Dios no lo habría elegido para ser su profeta si no hubiera sido un siervo fiel y justo.

Sabemos, por lo que dice 2 Reyes 14:25, que procedía de Gat-héfer, que estaba a solo cuatro kilómetros (dos millas y media) de Nazaret, el pueblo donde unos ocho siglos después se criaría Jesucristo.* Jonás profetizó cuando Jeroboán II gobernaba sobre las diez tribus del reino de Israel. Ya hacía mucho tiempo que Elías había desaparecido; y su sucesor, Eliseo, había muerto durante el reinado del padre de Jeroboán II. Ambos profetas —enviados por Jehová— habían conseguido erradicar la adoración de Baal, pero Israel había vuelto a descarriarse. El país se hallaba ahora bajo la influencia de un rey que "hac[ía] lo que era malo a los ojos de Jehová" (2 Reyes 14:24). De modo que ser profeta en esos tiempos no debió ser fácil ni agradable. Aun así, Jonás cumplió fielmente su comisión.

Pero cierto día, su vida dio un giro inesperado: recibió un encargo divino que le pareció extremadamente difícil. ¿Cuál fue?

"Ve a Nínive"

"Ve a Nínive la gran ciudad —le dijo Jehová—, y proclama contra ella que la maldad de ellos ha subido delante de mí." (Jonás 1:2.) ¿Qué tenía de difícil esta nueva comisión? Nínive —la capital de Asiria— estaba a unos 800 kilómetros (500 millas) en dirección este, y llegar allí a pie podría tomarle un mes. Pero eso no era lo peor. Una vez en la ciudad, tendría

* Es interesante que Jonás fuera galileo porque, siglos después, los arrogantes fariseos dijeron lo siguiente: "Escudriña, y ve que de Galilea no ha de ser levantado ningún profeta" (Juan 7:52). Aun si estas palabras dichas para desautorizar a Jesús fueran una simple generalización de que era imposible que hubiera profetas en la humilde región de Galilea —como las interpretan muchos traductores e investigadores—, demuestran que los fariseos desconocían tanto su historia como las profecías (Isaías 9:1, 2).

que proclamar la sentencia de Jehová contra los asirios, un pueblo muy conocido por su extremada violencia y crueldad. Si la predicación de Jonás había tenido poco éxito en el pueblo de Jehová, ¿qué podía esperarse de los paganos de la populosa Nínive? ¿Cómo le iría a un solitario siervo de Jehová en este peligroso lugar, al que posteriormente se llamó "la ciudad de derramamiento de sangre"? (Nahúm 3:1, 7.)

No sabemos qué ideas le pasaron a Jonás por la cabeza. Lo que sí sabemos es cómo actuó. Jehová le dijo que fuera hacia el este, y él huyó lo más lejos posible en dirección contraria. Bajó hasta el puerto de Jope y allí se embarcó hacia Tarsis. Según algunos comentaristas, esta región se encontraba en España, a nada menos que 3.500 kilómetros (2.200 millas) de Nínive. De ser así, aquel viaje hacia el extremo más lejano del mar Grande —como se conocía entonces al Mediterráneo— podía tomarle un año entero. Es obvio que Jonás no tenía la más mínima intención de cumplir la comisión de Jehová.

¿Acaso era un cobarde? No lo juzguemos precipitadamente, pues más adelante veremos que dio muestras de gran valor. Como todos nosotros, era un hombre imperfecto que tenía que luchar contra sus debilidades (Salmo 51:5). A fin de cuentas, ¿quién no ha tenido miedo alguna vez?

Puede que a veces creamos que Dios nos pide cosas dificilísimas, casi imposibles. Tal vez nos intimide, por ejemplo, cumplir el mandato cristiano de predicar las buenas nuevas del Reino de Dios (Mateo 24:14). En esas circunstancias es fácil olvidar que, como dijo Jesús, "todas las cosas son posibles para Dios" (Marcos 10:27). Si a nosotros nos ha ocurrido esto en alguna ocasión, es probable que entendamos mejor la reacción de Jonás. Ahora bien, ¿tuvo consecuencias lo que hizo?

Jehová disciplina al profeta

Tratemos de imaginarnos la escena. Ya a bordo de la nave —probablemente un barco de carga fenicio—, Jonás observa al capitán y a la tripulación afanándose para sacar la embarcación del puerto. Mientras la costa desaparece lentamente de su vista, Jonás respira aliviado pensando que ya está a salvo. Pero la calma no dura mucho.

De repente, fuertes vientos comienzan a agitar el mar con rabia desmedida, levantando olas tan grandes que harían que barcos modernos parecieran diminutos juguetes. En poco tiempo, la nave se convierte en un frágil casca-

Obedeciendo la petición de Jonás, los marineros lo levantaron y lo lanzaron al mar



rón de madera perdido en la inmensidad del océano, a merced de las embravecidas olas. ¿Sabe ya Jonás que es "Jehová mismo" quien está provocando "un gran viento en el mar"? Es difícil precisarlo. Lo que sí sabe es que de nada servirán las invocaciones de los marineros a sus dioses. Como él mismo indica, la nave está "a punto de ser destrozada" (Jonás 1:4; Levítico 19:4). El único Dios que puede ayudarlos es Jehová. Pero ¿cómo va a pedirle ayuda cuando está huyendo de él?

Viendo que no puede hacer nada, Jonás baja a la bodega del barco, se acuesta en un rincón y cae dormido.* Cuando el capitán lo encuentra, lo despierta y le dice que ruegue a su dios, como hacen todos los demás. Los marineros están convencidos de que el origen de la tormenta es sobrenatural, así que echan suertes entre ellos para averiguar quién ha provocado la ira de los dioses. Seguro que a Jonás se le forma un nudo en el estómago cuando ve que uno a uno se va descartando a todos los marineros y solo queda él. Enseguida Jonás se da cuenta de lo que está ocurriendo: es Jehová quien dirige las suertes y quien ha provocado la tormenta (Jonás 1:5-7).

De inmediato confiesa a los marineros que él es el culpable. Se había subido al barco para huir del Dios todopoderoso, Jehová, a quien había desobedecido. Pero al hacerlo, los había puesto a todos en peligro. Con el terror dibujado en sus rostros, los hombres le preguntan qué deben hacer para salvar la nave y sus vidas. ¿Cómo reacciona Jonás? Es probable que la idea de morir ahogado en ese mar frío y enfurecido le hiciera estremecerse. Pero ¿cómo va a condenar a estos hombres a una muerte segura sabiendo que él puede salvarlos? "Álcenme, y arrójenme al mar —contestó—, y el mar se les aquietará; porque me doy cuenta de que por causa de mí está sobre ustedes esta gran tormenta." (Jonás 1:12.)

Esta no es la respuesta de un cobarde, ¿verdad? De seguro, a Jehová le conmovió este gesto sacrificado y valiente, pues reflejaba gran fe en Dios. Jonás dio un buen ejemplo al preocuparse por el bienestar de los demás antes que por el suyo, algo que nosotros podemos imitar (Juan 13:34, 35). ¿Nos esforzamos por dar ayuda —física, emocional y espiritual— a quienes la necesitan? En tal caso, estaremos complaciendo a Jehová.

Puede que el gesto de Jonás también conmoviera a los marineros, porque al principio se negaron a arrojarlo al mar. Hicieron todo lo que se les ocurrió para capear el temporal, pero no sirvió de nada. La tormenta arreciaba, así que no les quedó más remedio que levantar a Jonás y, pidiendo que su Dios, Jehová, le tuviera misericordia, lo lanzaron por la borda (Jonás 1:13-15).

Salvado por la misericordia divina

Jonás cae sobre el furioso mar. Quizá distingue el barco alejándose a través de una cortina de espuma mientras lucha contra las olas para mantenerse a flote. Pero, finalmente, la corriente lo va arrastrando hacia el fondo, y él pierde toda esperanza.

Podemos saber qué siente Jonás durante esos angustiosos momentos gracias a lo que puso por escrito tiempo después. Allí nos cuenta cómo rápidas imágenes empiezan a desfilar por su cabeza. Piensa con gran pena que nunca volverá a ver el hermoso templo de Jehová en Jerusalén. Además, tiene la sensación de estar bajando a lo más profundo del mar, a donde nacen las montañas. Las algas se le enredan en la cabeza. Está convencido de que aquella será su tumba (Jonás 2:2-6).

Pero ¿qué es esa inmensa sombra que se mueve a su lado? Parece un ser vivo. De repente, se acerca, se abalanza sobre Jonás con sus

* Según la *Septuaginta,* Jonás estaba tan profundamente dormido que roncaba. Sin embargo, esto no significa que no le importaba lo que estaba pasando. Recordemos que a veces quienes están muy deprimidos sienten la irresistible necesidad de dormir. Mientras Jesús oraba angustiado en el jardín de Getsemaní, los apóstoles Pedro, Santiago y Juan también cayeron "adormitados de desconsuelo" (Lucas 22:45).

grandes mandíbulas abiertas y lo engulle de un bocado.

Ahora sí que es el fin. Pero ¿cómo es posible? ¡Sigue vivo! No ha sufrido ningún daño. ¡Si hasta puede respirar con normalidad...! Su asombro es mayor a cada minuto que pasa. Solo hay una explicación posible: fue Jehová quien "asignó un gran pez para que se [lo] tragara" (Jonás 1:17).*

Las horas pasan. En medio de la más absoluta oscuridad, Jonás tiene tiempo para poner en orden sus pensamientos y orar a Jehová. Su oración —reproducida en el capítulo 2 del libro de Jonás— nos enseña más detalles de él. En ella hace frecuentes citas de los Salmos, lo cual indica que tiene un gran conocimiento de las Escrituras. Sus palabras de conclusión también revelan que posee una valiosa cualidad: la gratitud. Por ello le dice a Jehová: "En cuanto a mí, con la voz de acción de gracias ciertamente te haré sacrificio. Lo que he prometido en voto, ciertamente pagaré. La salvación pertenece a Jehová" (Jonás 2:9).

Este episodio le enseñó a Jonás una importante lección: Jehová puede salvar a cualquier siervo suyo, sin importar el lugar y el momento. Nada pudo impedir que salvara a Jonás, ni siquiera el hecho de que se encontrara "en las entrañas del pez" (Jonás 1:17). Únicamente Jehová puede mantener a un hombre sano y salvo durante tres días y tres noches en el estómago de un animal marino. No olvidemos nunca que Jehová es el "Dios en cuya mano [nuestro] aliento está" (Daniel 5:23). En efecto, a él le debemos nuestra mismísima existencia. ¿No es este un buen motivo para estarle agradecidos? Pues no hay mejor modo de demostrarlo que obedeciéndole.

Eso fue lo que hizo Jonás. Veamos cómo. Después de tres días y tres noches, la enorme criatura marina se acercó a la costa y "vomitó a Jonás en tierra seca" (Jonás 2:10). ¿No es increíble? ¡Ni siquiera necesitó nadar para llegar a la orilla! Claro que, una vez en la playa, tuvo que arreglárselas él mismo para salir de allí. Al poco tiempo se le presentó la oportunidad de demostrar lo agradecido que estaba. En Jonás 3:1, 2 leemos: "Entonces la palabra de Jehová le ocurrió a Jonás por segunda vez, y dijo: 'Levántate, ve a Nínive la gran ciudad, y proclámale la proclamación que te voy a hablar' ". ¿Qué haría el profeta ahora?

Sin dudarlo un instante, "se levantó y fue a Nínive según la palabra de Jehová" (Jonás 3:3). Es obvio que aprendió de sus errores, pues obedeció de inmediato. He aquí algo más que podemos imitar del fiel Jonás. Está claro que todos pecamos y cometemos errores (Romanos 3:23). Pero ¿cómo reaccionamos? ¿Nos damos por vencidos? ¿O aprendemos de nuestros errores y regresamos al buen camino?

En el caso de Jonás, ¿vio él recompensada su obediencia? Claro que sí. Para empezar, parece que tiempo después se enteró de que los marineros habían sobrevivido. Como la tormenta había amainado justo después de que lanzaran a Jonás por la borda, habían "empeza[do] a temer en gran manera a Jehová" y, llenos de gratitud, habían hecho un sacrificio a Jehová, y no a sus dioses falsos (Jonás 1:15, 16).

Sin embargo, lo mejor vino mucho tiempo después. Jesús utilizó el período que Jonás pasó dentro del pez para profetizar el tiempo que él mismo estaría muerto, es decir, en el Seol (Mateo 12:38-40). Imaginémonos cómo se sentirá Jonás cuando resucite en la Tierra: sin duda será para él un gran honor enterarse de que el propio Jesucristo mencionó sus experiencias (Juan 5: 28, 29). Pues bien, Jehová también tiene recompensas para nosotros. Pero si queremos recibirlas, debemos hacer como Jonás: aprender de nuestros errores, ser obedientes y poner los intereses de los demás por encima de los nuestros.

* La palabra hebrea para "pez" se traduce al griego como "monstruo marino" o "pez enorme". Aunque es imposible determinar qué tipo de "gran pez" era este, se sabe que en el Mediterráneo hay tiburones capaces de tragarse a un hombre entero. Y estos no son los animales marinos más grandes que existen. El tiburón ballena, por ejemplo, puede alcanzar los 15 metros (45 pies) de largo, o incluso más.

Críticas contra Jonás

■ ¿De veras ocurrieron los sucesos narrados por Jonás? Desde siempre, este libro bíblico ha sido objeto de muchos ataques. De hecho, la alta crítica lo descalifica tachándolo de fábula, leyenda, mito o mera ficción. Así, en cierta revista del siglo XIX se publicó la peculiar interpretación que un eclesiástico hizo del relato de Jonás y el gran pez. Según él, Jonás estaba alojado en una posada del puerto de Jope llamada La ballena, de la que lo echaron al quedarse sin dinero. Por eso podía decirse que una ballena había "tragado" a Jonás y luego lo había "vomitado". Parece que los críticos de la Biblia tenían más ganas de "comerse" a Jonás que el propio pez...

Pues bien, ¿a qué se debe tanto escepticismo? Básicamente a que el relato narra milagros y, por lo visto, muchos parten de la idea de que los milagros son imposibles. Pero ¿lo son realmente? Tomemos por caso la oración con la que comienza la Biblia: "En el principio Dios creó los cielos y la tierra" (Génesis 1:1). ¿Cree usted esta declaración? Millones de personas de todo el mundo la encuentran muy razonable. Y sin embargo, esta simple afirmación hace referencia a un milagro mucho mayor que cualquiera de los que se registraron posteriormente en la Biblia.

Pensemos por un momento en el poderoso Ser que creó el inmenso universo y las maravillosas formas de vida en la Tierra. ¿Qué sucesos del libro de Jonás resultarían imposibles para él? ¿Provocar una tormenta? ¿Hacer que un enorme animal marino se tragara a un hombre y luego lo vomitara? Para alguien con tanto poder, cualquiera de estos actos sería un juego de niños (Isaías 40:26).

"Con Dios ninguna declaración será una imposibilidad."
(LUCAS 1:37)

Además, a veces se producen sucesos asombrosos sin ningún tipo de intervención divina. Cuentan, por ejemplo, que en 1758, un marinero cayó al mar Mediterráneo y fue tragado por un tiburón. Tras dispararle una bola de cañón, la tripulación consiguió que el animal vomitara al hombre y así pudieron recuperarlo sano y salvo. Puede que este relato —sea cierto o no— nos resulte sorprendente e incluso nos impresione, pero no diríamos que fue resultado de un auténtico milagro. Pues bien, si sucesos semejantes son posibles sin que Dios intervenga, ¿no será él capaz de hacer mucho más con su poder?

Los escépticos también aseguran que nadie podría sobrevivir dentro de un pez durante tres días sin asfixiarse. Con todo, el ser humano ha descubierto cómo respirar bajo el agua durante largos períodos usando tanques llenos de oxígeno. ¿No podría Dios, que es infinitamente más poderoso y sabio, mantener vivo a Jonás durante tres días? Como le dijo cierto ángel a María, la madre de Jesús, "con Dios ninguna declaración [es] una imposibilidad" (Lucas 1:37).

Veamos otros datos que confirman la credibilidad del relato de Jonás. Por un lado, tenemos su descripción minuciosa y realista del barco y su tripulación. En Jonás 1:5 se dice que los marineros lanzaron su mercancía al mar para aligerar la nave, una práctica que, según los historiadores antiguos y la ley rabínica, era habitual en caso de mal tiempo. También tenemos la descripción que Jonás hace de Nínive, igualmente respaldada por la historia y la arqueología. Pero la mayor de las pruebas es la relación que el propio Jesús estableció entre los tres días que Jonás estuvo dentro del pez y el tiempo que él estaría muerto (Mateo 12:38-40). Su testimonio confirma más allá de toda duda que el relato de Jonás es auténtico.



Aprendió a ser misericordioso

JONÁS tiene tiempo de sobra para pensar. Le aguarda un viaje de más de 800 kilómetros (500 millas), que seguramente le tomará un mes o más. Lo primero es elegir qué ruta seguir: la más corta o la más segura. Luego tendrá que cruzar un sinnúmero de valles y montañas, bordear el inmenso desierto de Siria, vadear ríos tan caudalosos como el Éufrates y hospedarse con extranjeros en pueblos de Siria, Mesopotamia y Asiria. Durante su viaje, probablemente piensa día tras día en su destino: Nínive, aquella ciudad asiria a la que tanto teme y a la que se acerca con cada paso que da.

Él sabe perfectamente que no puede echarse atrás y de nuevo intentar eludir su comisión, como había hecho la vez anterior. Jehová le había ordenado que se dirigiera a esa fortaleza asiria para advertir a sus habitantes que iban a ser destruidos, pero Jonás se había embarcado en dirección contraria. Así que Jehová envió una violenta tempestad contra su barco, y Jonás comprendió que, pese a los esfuerzos de la tripulación por mantener la nave a flote, su desobediencia iba a costarles la vida a todos. Para salvar a aquellos intrépidos marineros, pidió que lo arrojaran por la borda. A regañadientes, estos lo lanzaron al agua. Cuando Jonás ya estaba convencido de que iba a morir, Jehová hizo que un gran pez lo engullera. Tres días después, este lo depositó sano y salvo en una playa. Sin duda, aquella impresionante experiencia le enseñó a Jonás a ser más obediente (Jonás, capítulos 1 y 2).*

Y una vez más, Jehová le ordenó que fuera a Nínive. Pero en esta ocasión, el profeta obedece y emprende el largo viaje hacia el este (Jonás 3:1-3). ¿Significa eso que Jonás ha permitido que la disciplina divina cambie por completo su actitud? Jehová le ha mostrado misericordia al salvarlo de morir ahogado, al no castigarlo por su desobediencia y al darle una segunda oportunidad para realizar su comisión. Pero ¿ha aprendido Jonás a ser misericordioso con los demás? Esta es una cualidad que a los seres humanos imperfectos nos cuesta trabajo cultivar. Veamos qué sucedió con Jonás y qué podemos aprender nosotros de ello.

Una profecía condenatoria y una reacción inesperada

Jehová y Jonás veían a Nínive con ojos muy distintos. La Biblia dice que "Nínive misma era una ciudad grande ante Dios" (Jonás 3:3). Y en el libro de Jonás, Jehová llama tres veces a Nínive "la gran ciudad" (Jonás 1:2; 3:2; 4:11). ¿Por qué la consideraba Dios tan importante?

Nínive era una ciudad muy antigua, pues fue una de las primeras que Nemrod fundó tras el Diluvio. Aquella metrópoli, que probablemente englobaba a otras ciudades, era tan grande que atravesarla a pie tomaba unos tres días (Génesis 10:11; Jonás 3:3). Sus majestuo-

---

* Véase el artículo "Ejemplos de fe: Aprendió de sus errores", en el número del 1 de enero de 2009 de *La Atalaya*.

sos templos, imponentes muros y demás edificios debían de conferirle un aspecto impresionante. Con todo, no era por eso que Dios la consideraba importante. Lo que a él le interesaba era toda la gente que vivía allí. En aquel tiempo, Nínive era muy populosa. Y aunque sus habitantes cometían muchas maldades, Jehová se preocupaba por ellos. ¿Por qué? Porque Dios valora la vida de todos y cada uno de los seres humanos, y por ello desea que se arrepientan y dejen el mal camino.

Cuando Jonás llegó a Nínive y vio su enorme población —compuesta por más de ciento veinte mil personas—, es probable que se sintiera aún más intimidado.* Caminó todo un día, internándose en el bullicio de la ciudad, tal vez en busca de un lugar céntrico para difundir su mensaje. No sabemos exactamente de qué forma lo comunicó. Puede que supiera hablar el idioma o que Jehová le concediera dicha habilidad de forma milagrosa. También es posible que Jonás se valiera de un intérprete para traducir el hebreo a los ninivitas. Sea como fuere, su mensaje era claro y no precisamente agradable: "Solo cuarenta días más, y Nínive será derribada" (Jonás 3:4). Habló con determinación y repitió el mensaje varias veces, y así demostró que tenía gran fe y valor. ¿No es cierto que los cristianos necesitamos hoy más que nunca esas cualidades?

Su mensaje no pasó desapercibido. Seguramente, Jonás se había preparado para una respuesta hostil, o hasta violenta. Sin embargo, ocurrió algo totalmente inesperado: ¡la gente le hizo caso! Sus palabras se extendieron como reguero de pólvora, y en poco tiempo la condena profética de Jonás estaba en boca de todos. ¿Cuál fue el resultado? "Los hombres de Nínive empezaron a poner fe en Dios, y procedieron a proclamar un ayuno y a ponerse saco, desde el mayor de ellos aun hasta el menor de ellos." (Jonás 3:5.) Ricos y pobres, poderosos y débiles, jóvenes y viejos... todos se arrepintieron de sus pecados. Finalmente, las noticias de la reacción del pueblo llegaron a oídos del mismísimo rey.

El monarca también se contagió del temor de Dios. Se levantó de su trono, se quitó sus vestiduras reales, se vistió con la misma prenda rudimentaria que llevaban sus súbditos y "se sentó en las cenizas". Luego promulgó un decreto junto con "sus grandes" —es decir, los nobles— para que todo el mundo se sumara al ayuno que se había iniciado voluntariamente. Ordenó que todos se vistieran de saco, incluidos los animales domésticos.* Además, el rey reconoció con humildad que su pueblo había cometido grandes maldades y que eran muy violentos. Al parecer, tenía la esperanza de que Dios viera su arrepentimiento y les mostrara misericordia, pues dijo: "¿Quién hay que sepa si el Dios verdadero [...] se vuelva de su cólera ardiente, de modo que no perezcamos?" (Jonás 3:6-9).

Hay críticos a los que les cuesta creer que los ninivitas se arrepintieran de forma tan súbita. No obstante, algunos biblistas señalan que semejante reacción encaja con el carácter cambiante y supersticioso de esas culturas antiguas. En cualquier caso, el propio Jesucristo aludió tiempo después al arrepentimiento de los ninivitas (Mateo 12:41). Y sabía de lo que hablaba, pues cuando ocurrieron aquellos hechos, él estaba en el cielo y vio por sí mismo todo lo sucedido (Juan 8:57, 58). Ahora bien, ¿cómo respondió Jehová ante el arrepentimiento de Nínive?

---

* Se calcula que la capital de Israel, Samaria, contaba en tiempos de Jonás con 20.000 ó 30.000 habitantes: ni siquiera una cuarta parte de la población de Nínive. En su momento de mayor apogeo puede que Nínive fuera la ciudad más grande del mundo.

* Este detalle puede sonar extraño, pero existen precedentes en la antigüedad. El historiador griego Heródoto narra una ocasión en que los antiguos persas incluyeron a su ganado en ciertos ritos funerarios en honor de un general muy apreciado.



Misericordia divina, intransigencia humana

"El Dios verdadero llegó a ver las obras de ellos, que se habían vuelto de su mal camino; y por eso el Dios verdadero sintió pesar en cuanto a la calamidad de que había hablado que les causaría; y no la causó." (Jonás 3:10.)

¿Por qué no castigó Jehová a los ninivitas? ¿Concluyó que los había juzgado mal? No. Su juicio no podía estar equivocado, pues la Biblia dice: "Perfecta es su actividad, porque todos sus caminos son justicia. Dios de fidelidad, con quien no hay injusticia" (Deuteronomio 32:4). Lo que ocurrió fue sencillamente que su justa ira se aplacó. Vio que aquellas personas habían cambiado y decidió que ya no era necesario castigarlas, sino mostrarles misericordia y compasión.

Jehová no se parece en nada al Dios estricto y cruel que describen muchos líderes religiosos. Al contrario, es razonable y misericordioso. Antes de ejecutar un castigo, envía advertencias por medio de sus siervos humanos, pues desea que los malvados se arrepientan y cambien su conducta, como hicieron los ninivitas (Ezequiel 33:11). En cierta ocasión le aseguró al profeta Jeremías: "En cualquier momento que yo hable contra una nación [...] para desarraigarla y para demolerla y para destruirla, y esa nación realmente se vuelva de su maldad contra la cual haya hablado, yo también ciertamente sentiré pesar por la calamidad que haya pensado ejecutar en ella" (Jeremías 18:7, 8).

Dios desea que los malvados se arrepientan y cambien su conducta, como hicieron los ninivitas

Entonces, ¿se quedó sin cumplir la profecía de Jonás? No, pues sí cumplió con su propósito: advertir a los ninivitas para que cambiaran. Pero si volvían a su mal camino, no escaparían del castigo profetizado. De hecho, eso fue justo lo que sucedió tiempo después (Sofonías 2:13-15).

Y Jonás, ¿cómo reaccionó cuando vio que la ejecución de la sentencia divina no llegó cuando esperaba? El relato informa que "le desagradó sumamente, y llegó a estar enardecido de cólera" (Jonás 4:1). Incluso se atrevió a dirigirle al Todopoderoso una oración en la que parecía querer reprenderlo. El profeta insinuó que debería haberse quedado en su ho-



gar, en su propia tierra. Afirmó que siempre había sabido que Jehová no castigaría a Nínive, y utilizó ese argumento como excusa para justificar por qué había huido a Tarsis. Por último, le pidió a Dios que le quitara la vida, asegurando que prefería morir a seguir vivo (Jonás 4:2, 3).

¿Qué era lo que en realidad le molestaba? Bueno, no podemos saber qué le pasaba por la cabeza, pero sí sabemos que el juicio contra los ninivitas lo había proclamado él. Estos le habían creído, pero el castigo no llegaba. ¿Será que temía que se burlaran de él y lo tacharan de falso profeta? Quién sabe... El caso es que no se alegró ni por el arrepentimiento de los ninivitas ni por la misericordia que les mostró Jehová. Más bien, se sintió herido en su orgullo y se dejó llevar por el resentimiento y la autocompasión. Pero a pesar del caprichoso enojo de Jonás, Dios seguía viendo algo bueno en él. Así que, en lugar de castigarlo por su falta de respeto, le formuló con paciencia una pregunta para hacerlo razonar: "¿Es con razón que te has enardecido de cólera?" (Jonás 4:4). ¿Y qué respondió Jonás? La Biblia no lo dice.

Una lección de misericordia

El profeta salió de Nínive muy abatido. Pero en vez de volver a su hogar, partió hacia el este, a una zona montañosa desde la que se divisaba toda la región. Allí levantó un pequeño cobertizo y esperó a ver qué ocurría con Nínive, pues por lo visto aún tenía esperanzas de presenciar su destrucción. ¡Qué hombre tan testarudo!, ¿verdad? ¿Cómo le enseñó Jehová a ser más compasivo?

Durante la noche, Dios hizo que brotara una calabaza vinatera. Al despertar, Jonás se encontró con una planta exuberante que le proporcionaba mucha más sombra de la que jamás tendría bajo su tosco cobertizo. Al verla, "empezó a regocijarse mucho", quizás porque consideraba que el milagroso crecimiento de la planta era una señal del favor divino.


Dios se valió de una calabaza vinatera para enseñar a Jonás a ser misericordioso

Pero Jehová pretendía algo más que protegerlo del calor y aplacar su caprichoso temperamento: quería llegarle al corazón. Así que hizo que un gusano atacara la calabaza y la secara. Luego envió "un viento abrasador del este", tan agobiante que Jonás "se desmayaba". ¿Cómo reaccionó él? Volvió a desmoralizarse y a pedirle a Dios que acabara con su vida (Jonás 4:6-8).

De nuevo, Jehová le preguntó si tenía razón para enojarse, en este caso por la muerte de la calabaza vinatera. Pero Jonás se justificó así: "Con razón me he enardecido de cólera, hasta el punto de la muerte". Jehová decidió que era el momento de hacerle ver la seriedad del asunto (Jonás 4:9).

Para hacerle razonar, primero señaló que Jonás estaba triste por la muerte de una simple planta que había crecido en una noche y que él ni siquiera había plantado ni regado. Y luego le preguntó: "Por mi parte, ¿no debería yo sentir lástima por Nínive la gran ciudad, en la cual existen más de ciento veinte mil hombres que de ningún modo saben la diferencia entre su mano derecha y su

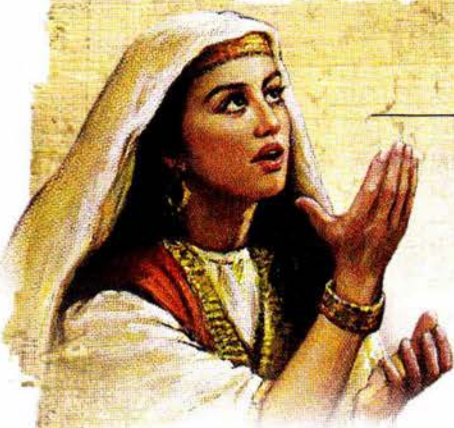
izquierda, además de muchos animales domésticos?" (Jonás 4:10, 11).*

El magistral ejemplo de Jehová encerraba una importante lección. Jonás no había movido ni un dedo por aquella planta. Sin embargo, Jehová había dado la vida a los ninivitas y les suministraba lo necesario para vivir, como hace con todos los seres vivos del planeta. ¿Cómo pudo Jonás dar más valor a una planta que a la vida de 120.000 personas y todos sus animales? Sin duda, demostró ser muy egoísta. La muerte de la planta lo había entristecido, pero solo porque ya no podía beneficiarse de ella. Y su enojo por la situación con los ninivitas también se debía al egoísmo: a un orgulloso deseo de guardar las apariencias y demostrar que él tenía razón.

¿Aprendió el profeta esa valiosa lección? El libro bíblico de Jonás termina sin que el profeta responda a la pregunta que le hizo Jehová, por lo que la cuestión queda en el aire. Algunos podrían quejarse por ello. Sin embargo, en realidad sí sabemos cómo respondió: el libro de Jonás es la respuesta. ¿Por qué? Porque las pruebas indican que lo escribió él mismo. Sí, imaginemos por un momento a este profeta, de vuelta en su país, escribiendo el relato. Tal vez veamos a un hombre ya de edad, más sabio y más humilde que antes, moviendo la cabeza arrepentido mientras deja constancia escrita de sus errores, su desobediencia y su terca falta de compasión. No cabe duda de que, al final, Jonás sí aprendió la lección de misericordia que Jehová le enseñó. ¿Y nosotros? ¿La hemos aprendido también?

---

* Al decir que no distinguían la izquierda de la derecha —como los niños pequeños—, Dios indicó que estas personas desconocían por completo los principios divinos.



Una mujer sensata

EN CUANTO vio al joven, Abigail se dio cuenta de que un grave peligro se les venía encima. Era obvio que estaba aterrorizado... y con razón. Cuatrocientos guerreros se dirigían hacia ellos dispuestos a matar a todos los varones de la casa. Pero ¿por qué iban a hacer algo así?

Por culpa de Nabal, el esposo de Abigail. Como era habitual en él, se había comportado de forma cruel e insolente. Pero esta vez se había metido con la persona equivocada: el comandante de un grupo de leales y experimentados guerreros. De ahí que uno de los trabajadores de Nabal —quizás un pastor— fuera a contárselo a Abigail, con la esperanza de que a ella se le ocurriera algo para evitar aquella matanza. Sin embargo, ¿qué podía hacer una mujer contra semejante ejército?

Antes de saber lo que hizo, conozcámosla mejor. ¿Qué clase de mujer fue Abigail? ¿Qué sucesos provocaron esta crítica situación? ¿Y qué nos enseña su ejemplo de fe?

Sensata y hermosa

Difícilmente podría decirse que Abigail y Nabal eran tal para cual. Él tuvo la fortuna de encontrar una esposa como Abigail, pero ella salió perdiendo. Es cierto, Nabal era rico, y seguro que eso lo hacía sentirse muy importante. Pero todo parece indicar que los demás no tenían muy buena opinión de él. En la Biblia cuesta encontrar a otro personaje del que se hable con tanto desdén. De hecho, su propio nombre significa "Insensato" o "Estúpido". No se sabe si se lo pusieron al nacer, o si él mismo se ganó ese apodo con el tiempo. El caso es que le encajaba a la perfección. Nabal era "áspero y malo en sus prácticas". Era un bravucón y un borracho, un hombre temido y despreciado por todos (1 Samuel 25:2, 3, 17, 21, 25).

Sin embargo, Abigail era totalmente diferente. Su nombre significa "Mi Padre Se Ha Regocijado". Todo padre se siente orgulloso de que su hija sea hermosa, pero si es sabio, también querrá que sea una hermosa persona. Por desgracia, suele ocurrir que quienes disfrutan de belleza física no se molestan en cultivar virtudes como la sensatez, la sabiduría, la valentía y la fe. Pero Abigail no cometió ese error. Según la Biblia, además de ser hermosa, era "buena en cuanto a discreción"; en otras palabras, era una mujer sensata (1 Samuel 25:3).

Entonces, ¿por qué se casó esta inteligente joven con un hombre que no servía para nada? Recordemos que en aquellos tiempos se tenía muy en cuenta la opinión de los padres a la hora de casarse. Tanto es así que muchos concertaban el matrimonio de sus hijos. Aun cuando este no fuera el caso de Abigail, puede que sus padres la presionaran a casarse con Nabal. Quizás lo hicieran deslumbrados por su riqueza y prominencia, o presionados por las dificultades económicas. La triste realidad es que Nabal —pese a todo su dinero— no fue una buena elección.

Los padres sensatos enseñan a sus hijos a respetar la institución del matrimonio. Por eso no los animan a casarse por dinero, ni los presionan para que empiecen a salir con alguien cuando todavía no tienen la madurez nece-

saria (1 Corintios 7:36). Pero Abigail ya estaba casada y no había vuelta de hoja, así que se esforzó por ser la mejor esposa posible.

"Les gritó reprensiones"

Pero ahora la situación estaba peor que nunca. Nabal había ofendido ni más ni menos que a David, el fiel siervo de Dios a quien el profeta Samuel había ungido como sucesor del rey Saúl (1 Samuel 16:1, 2, 11-13). Escapando de la furia asesina de este celoso rey, David y sus 600 hombres se habían refugiado en el desierto.

Aunque Nabal vivía en Maón, tenía sus rebaños —y posiblemente algunas tierras— en las cercanías de la ciudad de Carmelo.* El lugar era idóneo para que pastaran las 3.000 ovejas de Nabal, pues ambas ciudades daban acceso a mesetas con abundante pasto. El resto de la región era árida e inhóspita: al sur estaba el vasto desierto de Parán; y en dirección este, luego de atravesar desolados terrenos montañosos, estaba el mar Salado. Era en estas regiones de desfiladeros y cuevas donde David y sus hombres sobrevivían a duras penas alimentándose de lo que cazaban. Y es probable que se cruzaran a menudo con los jóvenes pastores de Nabal.

* Esta ciudad del sur de Israel, situada al borde del desierto de Parán, no tiene nada que ver con el conocido monte Carmelo, ubicado mucho más al norte.


A diferencia de su esposo, Abigail sabía escuchar

¿Cómo los trataban? En vez de apropiarse de alguna que otra oveja —como sin duda habrían podido hacer—, estos curtidos soldados fueron como un muro protector para los siervos y rebaños de Nabal (1 Samuel 25:15, 16). Y es que la vida de aquellos pastores no era fácil. En esos tiempos abundaban por allí los depredadores y, por estar cerca de la frontera sur de Israel, eran habituales las incursiones de saqueadores extranjeros.*

De seguro, para David tampoco era fácil alimentar a tantos hombres en aquellas tierras desérticas. Se entiende, por lo tanto, que cierto día enviara a diez mensajeros para pedirle ayuda a Nabal. David eligió un buen momento: la época en que se esquilaban las ovejas, la cual solía celebrarse con grandes banquetes. También eligió bien las palabras de su mensaje: se dirigió a Nabal de forma educada y cortés. Por consideración a su edad, lo trató con el respeto que se le debe a un padre y se refirió a sí mismo con la fórmula "tu hijo David". Pues bien, ¿cómo reaccionó Nabal? (1 Samuel 25:5-8.)

¡Se puso furioso! Según el joven que le describió la escena a Abigail, Nabal "les gritó reprensiones" a los mensajeros. Alegando que David no era más que un esclavo fugitivo, se negó a compartir con ellos su pan, agua y carne. Incluso se burló de él, tratándolo como a un don nadie. Es posible que Nabal lo despreciara tanto como lo hacía Saúl. Pero Jehová no opinaba igual: él amaba a David y, en lugar de considerarlo un esclavo rebelde, lo veía como el futuro rey de Israel (1 Samuel 25:10, 11, 14).

Cuando David se enteró, su reacción no se hizo esperar. "¡Cíñase cada uno su espada!", ordenó. Y tras armarse él también, emprendió el camino con 400 hombres, dispuesto a cumplir su juramento de matar a todos los varones

* En aquel entonces, el propósito de Jehová para los descendientes de Abrahán, Isaac y Jacob era que moraran en esas tierras. De modo que es probable que David considerara que esta protección contra los invasores extranjeros fuera una forma de rendir servicio sagrado a Dios.

de la casa de Nabal (1 Samuel 25:12, 13, 21, 22). Su indignación estaba justificada, pero no su forma de expresarla. Como dice la Biblia, "la ira del hombre no obra la justicia de Dios" (Santiago 1:20). Ahora bien, ¿qué podía hacer Abigail para salvar a los suyos?

"Bendita sea tu sensatez"

En realidad, Abigail ya había dado el primer paso para corregir el terrible error de Nabal. A diferencia de él, ella había estado dispuesta a escuchar. El joven siervo describió a Nabal como alguien que "no sirve para nada" y a quien "no se le puede hablar" (1 Samuel 25:17).* Nabal se creía tan importante que no escuchaba a nadie. Esta actitud arrogante todavía es muy común hoy día. Pero Abigail no era así, y su criado lo sabía. Sin duda, esa fue la razón por la que acudió a ella.

Dándose cuenta de la gravedad de la situación, "en seguida Abigail se apresuró" a actuar. Está claro que era una mujer resuelta. De hecho, en este relato se le atribuye cuatro veces la acción de apresurarse o darse prisa a hacer algo. ¿Y qué fue lo que hizo? Reunió generosas cantidades de pan, vino, carne de oveja y grano tostado, así como tortas de pasas y de higos, para llevárselas a David y sus hombres. Como buena ama de casa, era hacendosa y sabía las provisiones con las que contaba. Sin duda, era como la esposa ejemplar que se describió en el libro de Proverbios mucho tiempo después (Proverbios 31:10-31). Luego mandó a sus siervos que se adelantaran con el regalo, y ella los siguió detrás sola. "Pero —según el relato— no informó nada a su esposo." (1 Samuel 25:18, 19.)

¿Indicaba esto que Abigail no respetaba la autoridad de su esposo como cabeza de familia? De ninguna manera. La vida de muchos hombres inocentes estaba en juego porque Nabal le había faltado el respeto al mismísimo ungido de Dios. Si ella se hubiera quedado de brazos cruzados, ¿habría compartido hasta cierto grado la culpa por el grave error de su esposo? No lo sabemos. En cualquier caso, Abigail reconocía que le debía obediencia y lealtad a Dios antes que a su esposo.

Cuando por fin se encontró con David y sus hombres, Abigail se bajó de inmediato del asno y se inclinó ante David (1 Samuel 25: 20, 23). Humildemente se disculpó y, de forma muy emotiva, le imploró que tuviera misericordia de su esposo y su casa. Veamos qué dijo para tocar el corazón de David.

Para empezar, asumió la culpa por el error de Nabal y le pidió a David que la perdonara. Después reconoció que su esposo era tan insensato como su propio nombre lo indicaba. Con estas palabras, quizá le diera a entender que no valía la pena que se rebajara a castigarlo. Además, demostró que veía a David como un representante de Dios al afirmar que él peleaba "las guerras de Jehová". También conocía la promesa divina de convertir a David en rey, pues declaró: "Jehová [...] ciertamente te comisionará como caudillo sobre Israel". Incluso le dijo a David que no manchara sus manos de sangre, un error que luego molestaría —o haría "trastabillar"— su conciencia (1 Samuel 25:24-31). ¡Qué sabias y conmovedoras palabras!



En su conversación con David, Abigail demostró humildad, valentía y buen juicio

* Este joven empleó una expresión que literalmente significa "hijo de belial (inutilidad)". Cierta versión de la Biblia llama a Nabal "un insensato que no atiende a palabras de nadie".

¿Cómo respondió David? Tras aceptar el regalo de Abigail, exclamó: "¡Bendito sea Jehová el Dios de Israel, que te ha enviado este día a mi encuentro! Y bendita sea tu sensatez, y bendita seas tú que me has restringido este día de entrar en culpa de sangre". Luego, David la alabó por tener el valor de ir a buscarlo sin demora, y admitió que ella le había impedido cometer un grave pecado. "Sube en paz a tu casa", dijo. Y humildemente añadió: "He escuchado tu voz" (1 Samuel 25:32-35).

"Aquí está tu esclava"

De camino a su casa, es probable que Abigail se quedara pensando en aquella conversación. De seguro notó lo diferente que era el fiel y amable David del hombre necio con el que se había casado. Aun así, no le dio vueltas a lo que no podía cambiar. La Biblia dice que "más tarde Abigail entró donde Nabal". Está claro que regresó con su marido decidida a seguir siendo una buena esposa. Además, debía informar a Nabal del regalo que les había llevado a David y sus hombres para evitar la matanza. Al fin y al cabo, tenía derecho a saberlo. Como habría sido una deshonra para él enterarse por otra fuente de lo que había hecho su esposa, ella misma decidió contárselo todo. Sin embargo, no pudo hacerlo al llegar, ya que Nabal estaba celebrando un regio banquete y se había emborrachado a más no poder (1 Samuel 25:36).

Demostrando una vez más su buen juicio, Abigail decidió esperar a contárselo por la mañana, cuando los efectos del alcohol hubieran disminuido. Pero también demostró valor, pues aunque para entonces ya estaría sobrio y podría entender lo que le dijera, también habría más probabilidades de que estallara en cólera. Aun así, le contó lo que había pasado. Probablemente esperaba que él se pusiera furioso o incluso violento. Pero para su sorpresa, Nabal se quedó inmóvil, quieto "como una piedra" (1 Samuel 25:37).

¿Qué le pasó? Según el relato bíblico, su "corazón [...] llegó a estar muerto dentro de él". No sabemos si sufrió algún tipo de ataque. El caso es que murió diez días después, y no parece que se debiera únicamente a un problema de salud. La Biblia dice que "Jehová hirió a Nabal, de modo que murió" (1 Samuel 25:38). Así pues, el difícil matrimonio de Abigail llegó a su fin gracias al merecido castigo que Dios impuso a Nabal. Hoy día Jehová no interviene tan radicalmente. Sin embargo, este relato nos recuerda que a él no se le escapa ningún caso de tiranía o maltrato doméstico y que, a su debido tiempo, hará justicia.

Sin duda, fue una bendición para Abigail verse libre de aquel hombre, pero Jehová le tenía reservada otra. Cuando David se enteró de que Nabal había muerto, le propuso matrimonio mediante unos mensajeros. ¿Cómo respondió ella? "Aquí está tu esclava como sierva para lavar los pies de los siervos de mi señor", contestó. ¡Qué humildad! Al ofrecerse a realizar esta sencilla tarea, demostró que ni siquiera ante la perspectiva de ser la esposa de David se creía superior a los demás. Abigail actuó nuevamente con decisión y se presentó de inmediato ante David (1 Samuel 25:39-42).

¿Significa esto que a partir de entonces su vida sería como un cuento de hadas? Desde luego que no, pues ser la esposa de David no siempre sería fácil. Él ya estaba casado con Ahinoam, así que Abigail seguramente se enfrentó a los mismos problemas que otras siervas de Dios que formaban parte de matrimonios polígamos.* Además, a David todavía le quedaban muchos obstáculos y dificultades por superar antes de convertirse en rey. Con todo, la abnegada vida que Abigail llevó al lado de David —a quien le dio un hijo— se vio recompensada con el amor y la protección que él le brindó. En una ocasión incluso la rescató de unos malhechores que la habían secuestrado (1 Samuel 30:1-19). Está claro que David, al igual que Jehová Dios, sabía valorar la sensatez, la valentía y la fidelidad de una mujer.

---

* Véase el artículo "¿Aprueba Dios la poligamia?", que aparece en la página 30.

Superó sus dudas y temores



HACE horas que la oscuridad se ha adueñado del mar de Galilea, y Pedro continúa remando con todas sus fuerzas. De repente, alcanza a ver un ligero resplandor a lo lejos. ¿Será que pronto va a amanecer? Las olas chocan violentamente contra la proa de la barca. El fuerte viento que azota su cara ha despertado la furia del mar. Empapado y con el cuerpo adolorido, Pedro sigue remando sin detenerse un instante.

Aunque hay otros discípulos con él en la barca, Jesús no está con ellos, pues se quedó en la costa. Ese mismo día, Jesús había multiplicado unos cuantos panes y pescados para alimentar a miles de personas. Como resultado, la gente quiso hacerlo rey. Sin embargo, él estaba resuelto a no involucrarse en asuntos políticos y a impedir que sus discípulos adoptaran las ideas de aquellas personas. De modo que se escabulló de la multitud y les ordenó a sus apóstoles que se fueran en la barca a la ribera opuesta. Mientras tanto, él se iría a una montaña para orar a solas (Marcos 6:35-45; Juan 6: 14, 15).

Cuando los discípulos salieron, la luna —casi llena— estaba muy elevada sobre el horizonte, pero ahora ya está cerca del poniente. Con todo, solo han logrado avanzar unos pocos kilómetros. Volcados en su lucha contra el mar y ensordecidos por el estruendo del viento y las olas, no pueden hablar entre ellos. Así que es muy probable que Pedro esté enfrascado en sus pensamientos.

Tras dos intensos años acompañando a Jesús de Nazaret, seguro que tiene bastante en qué pensar. Aunque ya ha aprendido mucho, sabe que aún le queda un largo camino por recorrer. Desea llegar a ser un excelente discípulo de Cristo, y es precisamente ese deseo de mejorar, de superar obstáculos como las dudas y temores, lo que lo convierte en un magnífico ejemplo para nosotros. A continuación profundizaremos en esta faceta de su personalidad.

"Hemos hallado al Mesías"

Pedro jamás olvidaría el día en que conoció a Jesús de Nazaret. Fue Andrés, su hermano, quien le dio la sorprendente noticia: "Hemos hallado al Mesías". Poco se imaginaba cuánto cambiaría su vida a partir de ese momento (Juan 1:41).

Pedro vivía en Capernaum, ciudad situada a orillas del mar de Galilea, un enorme lago de agua dulce. Andrés y él tenían un negocio de pesca con Santiago y Juan, hijos de Zebedeo. En la casa de Pedro y su esposa vivían también su suegra y Andrés. Para mantener a su familia, los pescadores tenían que ser hombres diligentes, fuertes y diestros. No era raro que pasaran largas noches trabajando sin descanso, echando y recogiendo las redes entre dos barcas para sacar del lago los peces que este quisiera darles. Su jornada continuaba por la mañana, pues entonces tenían que separar y vender los peces, así como limpiar las redes y remendarlas.

¿Y cómo fue que Pedro llegó a convertirse en seguidor de Jesús? La Biblia indica que su hermano Andrés era discípulo de Juan el Bautista. Es posible que él le contara a Pedro lo que aprendía de Juan y que este lo escuchara con mucho interés. Pero un día, Andrés fue testigo de algo importante. Señalando a Jesús de

Nazaret, Juan dijo estas palabras: "¡Miren, el Cordero de Dios!". Enseguida, Andrés se hizo seguidor de Jesús y, lleno de emoción, fue a buscar a Pedro para anunciarle que el Mesías por fin había llegado (Juan 1:35-40). Unos cuatro mil años antes, cuando se produjo la rebelión en Edén, Jehová Dios había prometido enviar a alguien especial que brindaría esperanza de salvación a la humanidad (Génesis 3:15). Y era precisamente a este Salvador, el Mesías prometido, a quien Andrés acababa de conocer. Al enterarse, Pedro fue corriendo a su encuentro.

Hasta entonces, el nombre con el que se conocía a Pedro era Simón, o Symeón. Ahora bien, la primera vez que Jesús lo vio le dijo: " 'Tú eres Simón, hijo de Juan; tú serás llamado Cefas' (que se traduce Pedro)" (Juan 1:42). Todo parece indicar que Jesús le puso de manera profética el nombre "Cefas", que significa "piedra" o "roca". Seguramente vio en Pedro a un hombre que llegaría a ser como una roca: alguien firme y confiable que ejercería una influencia estabilizadora en la congregación cristiana. Pero ¿tenía Pedro ese concepto de sí mismo? Es probable que no. De hecho, tras leer los Evangelios, muchas personas opinan que no reflejó esas cualidades. Hay quienes incluso lo tachan de inseguro, inestable e indeciso.

Por supuesto, Jesús sabía muy bien que Pedro tenía sus defectos. Sin embargo, a imitación de su Padre, él siempre se fijaba en lo mejor de las personas. Por eso estaba seguro de que Pedro tenía mucho potencial y quería ayudarle a ir puliendo sus cualidades. En la actualidad, Jehová y Jesús también se concentran en nuestras virtudes. Pero ¿qué hay si nos cuesta creer que puedan hallar algo bueno en nosotros? Aun así, tenemos que confiar en el punto de vista de ellos y dejarnos enseñar y moldear como lo hizo Pedro (1 Juan 3:19, 20).

"Deja de tener miedo"

Después de conocer a Jesús, parece que Pedro viajó con él durante parte de su ministerio. Así que posiblemente presenció el primer milagro de Jesús, que fue cuando convirtió el agua en vino estando en un banquete de bodas en Caná. Más importante aún, escuchó de boca de Jesús el maravilloso mensaje sobre el Reino de Dios. Pero luego tuvo que partir y regresar a su negocio de pesca. Meses más tarde, sin embargo, Pedro volvió a encontrarse con Jesús y, en esa ocasión, este le hizo una invitación especial: que fuera su seguidor durante toda la vida.


Jesús sabía que este humilde pescador tenía mucho potencial

A Pedro no le había ido nada bien en la pesca la noche anterior. Él y sus compañeros habían estado echando las redes, y recogiéndolas vacías una y otra vez. Con toda la experiencia que Pedro poseía, de seguro había probado en varias zonas del lago en donde podía haber peces. Puede que hubiera momentos en que deseara poder ver entre las aguas turbias para encontrar los bancos de peces y, de algún modo, atraerlos hacia las redes. Desde luego, pensar en eso únicamente lo habría desanimado más. Y es que no pescaba por placer; lo hacía para mantener a su familia. Frustrado, regresó a tierra con las manos vacías y se puso a limpiar las redes. Fue en ese momento cuando llegó Jesús.

Con él venía una muchedumbre que anhelaba oír sus enseñanzas. La gente se agolpaba a su alrededor, así que se subió a la barca de Pedro y le pidió que se alejara un poco de la orilla. Desde allí, su voz sería más audible gracias a la acústica del agua. Al igual que los que estaban en tierra, Pedro lo escuchaba fascinado. Podía pasarse horas y horas oyendo hablar a su Maes-



"Soy varón pecador, Señor"

tro sobre el Reino de Dios, el tema principal de su predicación. ¡Qué privilegio sería colaborar con Cristo en difundir por todas partes este mensaje de esperanza! Pero ¿podría hacerlo? ¿De qué vivirían? Puede que recordara lo mal que le había ido en la pesca la noche anterior (Lucas 5:1-3).

Cuando Jesús terminó de hablar, le dijo a Pedro: "Rema hasta donde está profundo, y echen sus redes para la pesca". Aunque Pedro tenía sus dudas, le respondió: "Instructor, toda la noche nos afanamos y no sacamos nada, pero porque tú lo dices bajaré las redes". De seguro, lo que menos deseaba Pedro era volver a echar las redes, pues ya había pasado el mejor momento para pescar. De todos modos le obedeció y probablemente les indicó a los hombres de la otra barca que lo siguieran (Lucas 5:4, 5).

Al empezar a recoger las redes, Pedro y sus compañeros sintieron un peso inesperado. Sorprendidos, tiraron de ellas con fuerza y vieron que sacaban una increíble cantidad de peces. De inmediato les hicieron señas a los pescadores de la otra barca para que les ayudaran. Había tantos peces que ambas barcas no tardaron en llenarse, e incluso se hundían por el peso. Pedro no podía creerlo. Y es que, aunque había visto en otras ocasiones cuánto poder tenía Cristo, este milagro le afectaba en lo personal. ¡Estaba frente a un hombre que podía atraer a los peces hacia las redes! Invadido por el temor, Pedro se arrodilló ante Jesús y le dijo: "Apártate de mí, porque soy varón pecador, Señor". Está claro que Pedro no se consideraba digno de estar junto al Mesías, aquel que contaba con el poder de Dios (Lucas 5:6-9).

Sin embargo, Jesús le dijo con bondad: "Deja de tener miedo. De ahora en adelante estarás pescando vivos a hombres" (Lucas 5:10, 11). Aquel no era momento de dudar o sentir temor, pues Jesús lo estaba invitando a participar en una obra única en la historia. Pedro no tenía por qué abrigar dudas respecto a cómo cubriría sus necesidades básicas. Tampoco tenía razones para inquietarse por sus limitaciones y defectos. Podía confiar en que servía a un Dios que "perdon[a] en gran manera" y que se encargaría de satisfacer todas sus necesidades, tanto físicas como espirituales (Isaías 55:7; Mateo 6:33).

Pedro aceptó la invitación de inmediato, y lo mismo hicieron Santiago y Juan. La Biblia dice que "volvieron a traer las barcas a tierra, y abandonaron todo y le siguieron" (Lucas 5:11). Dejando a un lado sus miedos e inseguridades,



"Al mirar a la tempestad de viento, le dio miedo"

Pedro tomó la mejor decisión: ejercer fe en Jesús y en aquel que lo había enviado, Jehová Dios. En nuestros días, los cristianos que para servir a Dios superan sus dudas y temores demuestran esta misma clase de fe. Ellos también pueden tener la certeza de que Jehová nunca los defraudará (Salmo 22:4, 5).

"¿Por qué cediste a la duda?"

Ya han pasado dos años desde que Pedro conoció a Jesús. Él y sus compañeros están remando con fuerza en medio de una noche tempestuosa en el mar de Galilea. No hay forma de saber en qué está pensando Pedro, pero lo cierto es que tiene muchas vivencias que recordar. Ha presenciado varios milagros de Jesús. Por ejemplo, cuando su propia suegra enfermó, vio cómo Jesús la sanaba. También ha escuchado de primera mano sus enseñanzas, como las que pronunció en el Sermón del Monte. Después de todo esto, Pedro puede estar seguro de que Jesús es el Mesías, el escogido de Jehová. Conforme han transcurrido los meses, ha mejorado en algunos aspectos de su personalidad, como su tendencia a ceder repentinamente a sus miedos y dudas. Tanto es así que Jesús lo escogió para que fuera uno de sus doce apóstoles. Con todo, como veremos a continuación, Pedro todavía no ha ganado la batalla contra esta inclinación.

Ya es la cuarta vigilia de la noche, es decir, entre las tres de la mañana y el amanecer. De pronto, Pedro vislumbra algo a lo lejos que se mueve sobre las aguas. Deja de remar y se levanta para ver lo que es. ¿Será el reflejo de la luna en la espuma de las altas olas? No puede ser, parece más bien algo sólido y erguido que avanza de forma constante. Cuando al fin lo distingue, no da crédito a sus ojos: ¡es un hombre que viene caminando sobre el mar y va a pasar junto a ellos! Los discípulos, asustados, creen que es un fantasma. Pero el hombre les dice: "Cobren ánimo, soy yo; no tengan temor". En efecto, es Jesús mismo (Mateo 14:25-28).

Ante esto, Pedro responde: "Señor, si eres tú, mándame venir a ti sobre las aguas". Lleno de valor y entusiasmo ante este espectacular milagro, quiere vivirlo más de cerca y así fortalecer su fe. Bondadosamente, Jesús hace lo que le pide y lo llama. Pedro, sin dudarlo un instante, se baja de la barca y pisa las agitadas aguas. ¿Puede imaginarse lo que siente? ¡Sus pies no se hunden mientras se dirige con paso firme hacia Jesús! Una profunda admiración lo embarga, pero, de repente, otro sentimiento se apodera de él (Mateo 14:29).

Jesús responde a la fe de Pedro haciendo que, con el poder de Jehová, camine sobre el mar.

Ahora bien, Pedro tiene que mantener la vista enfocada en Jesús; pero en estos momentos críticos, se distrae. "Al mirar a la tempestad de viento, le dio miedo", explica la Biblia. Cuando Pedro ve el mar agitado y las olas chocando violentamente contra la barca, se llena de pavor. Quizás incluso piense que morirá tragado por las aguas. En unos instantes, el miedo ahoga su fe. Y Pedro —a quien Jesús había llamado "Roca" por la estabilidad que vislumbraba en él— empieza a hundirse como una piedra lanzada al mar. Aunque es un nadador experto, comienza a gritar: "¡Señor, sálvame!". Enseguida, Jesús lo saca de la mano hacia la superficie y, de pie sobre las aguas, le dice: "Hombre de poca fe, ¿por qué cediste a la duda?" (Mateo 14: 30, 31).

¡Qué valiosa lección para Pedro! Ceder a las dudas es muy peligroso, pues estas ejercen un tremendo poder sobre nosotros. Pueden llegar a devorar nuestra fe y ahogarnos espiritualmente. Por eso, hemos de estar resueltos a luchar contra los temores y las dudas. Y para ello tenemos que mantener el enfoque adecuado. Si nos concentramos en lo que puede intimidarnos, desanimarnos o distraernos de seguir a Jehová y a Cristo, nuestras dudas crecerán. Pero si mantenemos la vista fija en ellos —es decir, en sus obras pasadas, presentes y futuras a favor de quienes los aman—, estaremos a salvo de las dudas destructivas.

Pedro sigue a Jesús mientras este se dirige a la barca. Al subirse, ve que la tormenta se ha aplacado. El mar de Galilea ha recobrado la calma. Tanto Pedro como los demás discípulos reconocen admirados: "Verdaderamente eres Hijo de Dios" (Mateo 14:33). Después de esta impactante experiencia, Pedro de seguro se sintió muy agradecido. Esa noche aprendió a confiar más en Jehová y Jesús, dejando a un lado sus dudas y temores. Pero aún le faltaba mucho para llegar a ser aquel pilar que Cristo predijo. No obstante, estuvo decidido a seguir luchando. Y nosotros, ¿estamos resueltos a seguir el ejemplo de Pedro y combatir nuestras dudas y temores?



Un hombre de lealtad incondicional

PEDRO miraba con preocupación las caras de quienes escuchaban a Jesús. Se encontraban en la sinagoga de Capernaum, la ciudad donde vivían tanto Pedro como sus familiares, sus amigos y sus compañeros de trabajo. Su negocio de pesca también estaba allí, a orillas del mar de Galilea. Sin duda, Pedro deseaba que toda aquella gente compartiera con él la emoción de escuchar al mismísimo Jesús, el mejor maestro de la historia, hablándoles del Reino de Dios. Sin embargo, parecía que las cosas no iban a salir como Pedro esperaba.

De hecho, muchos habían dejado de prestar atención. Algunos incluso estaban murmurando y criticando descaradamente el mensaje de Jesús. Pero lo que más inquietaba a Pedro era que algunos de los discípulos de Cristo tampoco parecían cómodos. Sus rostros ya no reflejaban la alegría de estar aprendiendo la verdad. Se los veía claramente molestos. Varios de ellos afirmaron que el discurso de Jesús era ofensivo, se negaron a seguir escuchando y se marcharon de allí. Es más, a partir de ese momento dejaron de seguir a Jesús.

A Pedro y a los demás apóstoles también les costó asimilar las palabras de su Maestro. Seguramente Pedro se daba cuenta de que, tomadas al pie de la letra, podrían resultar ofensivas. ¿Qué haría él? No era la primera vez que se ponía a prueba su lealtad a Jesús, y tampoco sería la última. Veamos, pues, cómo logró este hombre superar las pruebas de fe y mantenerse leal.

Cuando los demás no fueron leales

En realidad, fueron muchas las ocasiones en las que las palabras y reacciones de Jesús dejaron desconcertado a Pedro. El día anterior, por ejemplo, después de haber alimentado milagrosamente a varios miles de personas, intentaron nombrarlo rey, pero él no lo permitió. Luego ordenó a sus discípulos que subieran a una barca y se dirigieran a Capernaum. Esa misma noche, mientras navegaban, volvieron a quedarse admirados al ver a Jesús caminar hacia ellos sobre las aguas del mar de Galilea en medio de una tormenta. En aquella ocasión, también le enseñó a Pedro una importante lección sobre la fe.*

Al amanecer se dieron cuenta de que la multitud los había seguido. Y ¿qué hizo Jesús? Reprendió a la gente, pues lo que buscaban no era aprender verdades espiritua-

* Véase el artículo "Ejemplos de fe: Superó sus dudas y temores", de *La Atalaya* del 1 de octubre de 2009.



les, sino recibir más comida milagrosamente. En la sinagoga de Capernaum, Jesús continuó hablando del asunto y les transmitió una compleja pero importante enseñanza. Sin embargo, su explicación volvió a dejarlos a todos sorprendidos.

Jesús quería que aquellas personas cambiaran su actitud materialista, que comprendieran que tenían ante sí al enviado de Dios, quien entregaría su vida para darle a la humanidad la posibilidad de vivir para siempre. Para lograrlo, Jesús se comparó a sí mismo al maná, el pan que cayó del cielo en los días de Moisés. Como vio que algunos lo criticaban, añadió una gráfica comparación: explicó que para obtener la vida era necesario comer su carne y beber su sangre. Fue entonces cuando, como vimos al principio, muchos se molestaron y decidieron abandonarlo. Dijeron: "Este discurso es ofensivo; ¿quién puede escucharlo?" (Juan 6:48-60, 66).*

¿Reaccionó igual Pedro? Es probable que también se sintiera confundido, pues aún no había comprendido que Jesús tenía que morir para cumplir la voluntad de Dios. Con todo, no se marchó con aquellos discípulos tan susceptibles. Sin duda, había algo en lo que Pedro era muy diferente a ellos. ¿Qué era? Sigamos analizando el relato.

Jesús les preguntó a los apóstoles: "Ustedes no quieren irse también, ¿verdad?" (Juan 6:67). Aunque la pregunta iba dirigida a los doce, fue Pedro quien respondió. Solía ser así, no sabemos si porque tal vez era el mayor de todos o, sencillamente, porque era incapaz de callar lo que sentía. Y su respuesta fue de lo más memorable: "Señor, ¿a quién nos iremos? Tú tienes dichos de vida eterna" (Juan 6:68).

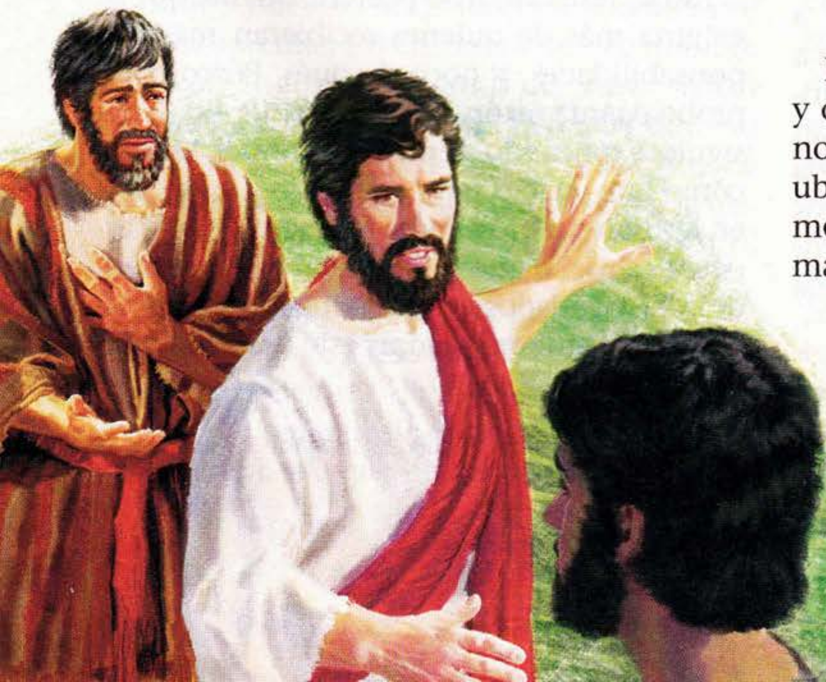
¡Qué conmovedor! Es obvio que su fe en Jesús le había hecho cultivar una valiosa cualidad: la lealtad. Pedro tenía claro que Jesús era el único Salvador y que su vida dependía de que escuchara esas enseñanzas sobre el Reino de Dios. Y aunque no siempre entendiera todo lo que Jesús decía, no había otro modo de obtener el favor de Dios y recibir la vida eterna.

¿Opina usted lo mismo? Hoy día, muchas personas afirman que aman a Jesús pero, por desgracia, no son leales de verdad. Ser realmente leal a Cristo implica ver sus enseñanzas como las veía Pedro. Hay que esforzarse por aprenderlas, comprenderlas y vivirlas, aun cuando algunas de ellas nos sorprendan o no encajen con nuestras preferencias personales. La lealtad es el único camino para recibir la vida eterna que Jesús nos ofreció.

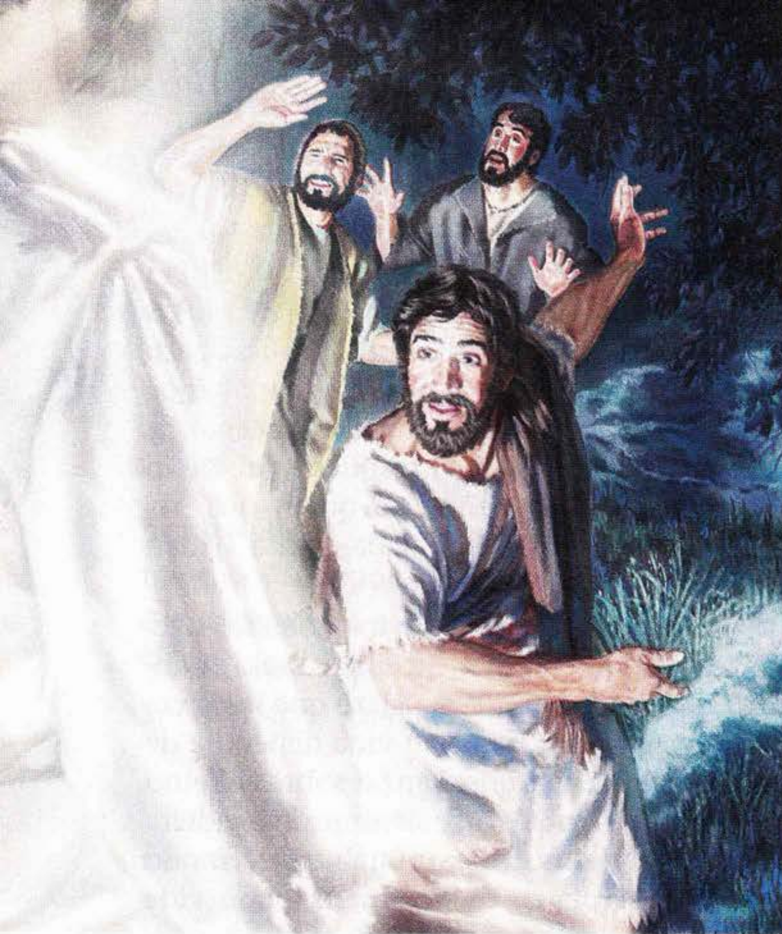
Cuando fue corregido

Poco después, Jesús partió con los apóstoles y otros discípulos en un largo viaje hacia el norte. La cumbre nevada del monte Hermón, ubicado en la frontera norte de la Tierra Prometida, podía verse desde las azules aguas del mar de Galilea. A medida que se acercaban, la

* La reacción de estas personas llama la atención, pues solo un día antes habían aclamado a Jesús como profeta de Dios (Juan 6:14).



Pedro se mantuvo leal incluso cuando fue corregido



La lealtad de Pedro fue recompensada con una inolvidable visión

montaña iba creciendo ante sus ojos, mientras subían por el camino que les llevaba hasta las aldeas cercanas a Cesarea de Filipo.* Fue en ese lugar, con una inmejorable vista de la Tierra Prometida a sus pies, donde Jesús les planteó a sus discípulos una cuestión crucial.

"¿Quién dicen las muchedumbres que soy?", preguntó. Nos imaginamos a Pedro clavando su mirada en los bondadosos ojos de su Maestro, consciente de su extraordinaria inteligencia. Jesús quería averiguar a qué conclusión habían llegado las personas a las que había hablado. Los discípulos le contaron algunos de los rumores que circulaban sobre su identidad. Con todo, Jesús deseaba indagar más, quería saber si sus discípulos más allegados también los habían creído. Por eso insistió: "Pero ustedes, ¿quién dicen que soy?" (Lucas 9:18-22).

* Desde el mar de Galilea, situado a unos 210 metros (700 pies) bajo el nivel del mar, recorrieron unos 48 kilómetros (30 millas) por bellas regiones hasta alcanzar los 350 metros (1.150 pies) sobre el nivel del mar.

De nuevo, Pedro no lo pensó ni un segundo antes de contestar. Su respuesta expresó el sentir de muchos de los presentes: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo". Seguramente con una sonrisa, Jesús lo felicitó complacido y le explicó que es Jehová Dios —y no el hombre— quien revela esa importante verdad a sus siervos fieles. En efecto, Jehová le había permitido a Pedro comprender una de las enseñanzas divinas más importantes que se hayan revelado jamás: la identidad del Cristo, el Mesías prometido (Mateo 16:16, 17).

Las Escrituras se habían referido a Cristo como "la piedra que los edificadores rechazaron" (Salmo 118:22; Lucas 20:17). Teniendo presentes esta y otras profecías, Jesús reveló que Jehová fundaría una congregación sobre la piedra (o masa rocosa) que Pedro acababa de identificar.* A continuación, le confirió a Pedro un gran honor dentro de dicha congregación. No le dio un puesto superior al de los otros apóstoles —como algunos afirman—, sino que le otorgó importantes responsabilidades. El relato indica que le prometió "las llaves del reino" (Mateo 16:19). Es decir, le encargó abrir las puertas de entrada al Reino de Dios primero a los judíos, luego a los samaritanos y, finalmente, a los gentiles (los no judíos).

Eso sí, Jesús advirtió posteriormente que se exigiría más de quienes recibieran más responsabilidades, y poco después, Pedro comprobó cuánta razón tenía (Lucas 12:48). Jesús siguió explicando verdades sobre el Mesías, como que pronto sería torturado y asesinado en Jerusalén. Pero a Pedro le disgustó tanto escuchar aquello que lo llevó aparte y lo reprendió: "Sé bondadoso contigo mismo, Señor; tú absolutamente no tendrás este destino" (Mateo 16:21, 22).

* Véase el recuadro "¿Quién es la masa rocosa?", en la página 28.

Por supuesto, lo dijo con la mejor intención del mundo. Por eso, debió quedarse atónito cuando Jesús le dio la espalda y, mirando a los demás discípulos —quienes tal vez opinaran como Pedro—, exclamó: "¡Ponte detrás de mí, Satanás! Me eres un tropiezo, porque no piensas los pensamientos de Dios, sino los de los hombres" (Mateo 16:23; Marcos 8: 32, 33). Todos podemos aprender mucho de la respuesta de Jesús. Admitámoslo: es muy fácil que nuestra mentalidad humana desplace a la espiritual. Y si no vigilamos nuestros comentarios, sin quererlo podríamos ponernos del lado de Satanás, aun cuando nuestra intención sea contribuir a la voluntad de Dios. Pero volvamos al relato de Pedro y veamos cómo reaccionó ante aquella reprensión.

Pedro comprendía que Cristo no estaba hablando literalmente cuando lo llamó "Satanás". A fin de cuentas, cuando Jesús se dirigía al Diablo, lo hacía en otros términos. En cierta ocasión, por ejemplo, le dijo: "Vete", mientras que a Pedro le dijo: "Ponte detrás de mí" (Mateo 4:10). Por tanto, no estaba rechazando a Pedro como apóstol, pues veía su buen corazón y su potencial; sencillamente estaba corrigiendo su forma de pensar. En otras palabras, el Maestro le estaba pidiendo que dejara de estorbarle el paso y que se colocara detrás de él para seguirlo y apoyarlo.

En lugar de ofenderse o replicarle, Pedro fue humilde y aceptó la corrección. ¡Cuánto podemos aprender los cristianos de este hombre tan leal! Todos necesitamos que nos corrijan de vez en cuando, pero si queremos que eso nos sirva para acercarnos más a Jesucristo y a su Padre, Jehová Dios, debemos aceptar la disciplina y aprender la lección (Proverbios 4:13).

Recompensado por su lealtad

Poco después, Jesús realizó otra sorprendente afirmación: "Hay algunos de los que están en pie aquí que de ningún modo gustarán la muerte hasta que primero vean al Hijo del hombre viniendo en su reino" (Mateo 16:28). ¿Quiénes tendrían ese extraordinario honor? Seguro que Pedro se moría de curiosidad. Pero después de la reprimenda que acababa de recibir, tal vez se preguntaba: "¿Estaré yo entre ellos?".

Sin embargo, una semana más tarde, Jesús se llevó a Santiago, Juan y Pedro "a una montaña encumbrada", quizás al monte Hermón, que se encontraba a unos pocos kilómetros. Posiblemente era de noche, pues a aquellos tres hombres les costaba mantenerse despiertos. Ahora bien, mientras Jesús oraba, ocurrió algo que los despejó de golpe (Mateo 17:1; Lucas 9:28, 29, 32).

De repente, la cara de Jesús comenzó a brillar, hasta hacerse tan reluciente como el Sol. Su ropa también se volvió de un blanco deslumbrante. Entonces vieron aparecer a su lado dos figuras, que representaban a Moisés y Elías. Ambos conversaban con Jesús sobre su "partida", es decir, sobre su muerte y resurrección en Jerusalén. Desde luego, estaba claro que Pedro se había equivocado al afirmar que Jesús no tendría que sufrir esa horrible experiencia (Lucas 9:30, 31).

Según parece, Pedro sintió el impulso de tomar parte de algún modo en aquella fascinante visión. En cierto momento, pareció como si Moisés y Elías estuvieran alejándose de Jesús, así que Pedro dijo: "Instructor, es excelente que estemos aquí; por eso, erijamos tres tiendas: una para ti y una para Moisés y una para Elías". Aquellos personajes no necesitaban tiendas de campaña, pues no eran más que representaciones simbólicas de dos siervos de Jehová que habían muerto tiempo atrás. Está claro que Pedro no sabía muy bien lo que estaba diciendo, pero ¿verdad que nos conmueve la actitud tan noble y entusiasta de este hombre? (Lucas 9:33.)

Aquella noche, Pedro, Santiago y Juan recibieron otro honor. Por encima de sus cabezas se formó una nube en la montaña, y de ella

salió una voz que dijo: "Este es mi Hijo, el que ha sido escogido. Escúchenle". ¡Era la voz de Jehová mismo! Con eso concluyó la visión, y los tres volvieron a quedarse a solas con Jesús (Lucas 9:34-36).

Pedro debió sentirse muy privilegiado por tener aquella visión, y nosotros podemos sentirnos igual por saber lo que ocurrió esa noche. Décadas después, el apóstol afirmó contarse entre los que fueron "testigos oculares de [la] magnificencia" de Jesús. En efecto, tuvo el honor de verlo en su futuro puesto como glorioso Rey celestial. La visión confirmó muchas profecías de la Palabra de Dios y fortaleció a Pedro para superar posteriores pruebas de fe (2 Pedro 1:16-19). Y a nosotros también nos bendecirá Jehová si somos como Pedro. Pues bien, ¿cómo podemos imitar su ejemplo? Manteniéndonos leales al Maestro que Dios ha nombrado, aprendiendo de él, aceptando su corrección y siguiendo sus enseñanzas día a día.

¿Quién es la masa rocosa?



"Tú eres Pedro —dijo Jesús—, y sobre esta masa rocosa edificaré mi congregación." (Mateo 16:18.) Al leer estas palabras, hay quienes concluyen que el apóstol Pedro sería el fundamento de la congregación cristiana. Según la Iglesia Católica, Jesús situó a Pedro por encima de los demás apóstoles y lo convirtió así en el primer papa. De hecho, en la parte interior de la cúpula de la basílica de San Pedro (Roma) puede verse este versículo escrito en latín con enormes letras.

Ahora bien, ¿quiso decir Jesús que Pedro era la "masa rocosa" sobre la cual edificaría su congregación? No. Veamos tres argumentos que lo demuestran. En primer lugar, los demás apóstoles estaban presentes en aquella ocasión, y ninguno entendió que Jesús hubiera puesto a Pedro por encima de ellos. Si no fuera así, ¿por qué siguieron debatiendo después cuál de ellos era el más importante? (Marcos 9:33-35; Lucas 22:24-26.) En segundo lugar, el apóstol Pablo explicó posteriormente que la "masa rocosa" en realidad era Jesucristo (1 Corintios 3:11; 10:4). Y en tercer lugar, años después, el propio Pedro mostró que ni siquiera él pensaba que fuera la "masa rocosa". Al contrario, escribió que Jesús era la predicha "piedra angular de fundamento" elegida por Dios (1 Pedro 2: 4-8).

Pese a todo, algunos insisten en que Pedro significa "roca" y que, por tanto, Jesús estaba identificándolo como la "masa rocosa". Sin embargo, el nombre de Pedro y la palabra que se traduce "masa rocosa" en Mateo 16:18 son dos términos griegos diferentes y no significan lo mismo. El nombre de Pedro es un sustantivo masculino que significa "trozo de roca" o "piedra", mientras que el término que se traduce "masa rocosa" es un sustantivo femenino. Entonces, ¿cómo han de entenderse las palabras de Jesús? Es como si hubiera dicho: "Tú, a quien he llamado Pedro (es decir, 'Piedra' o 'Trozo de roca'), has captado la verdadera identidad de la 'masa rocosa', el Cristo, quien será el fundamento de la congregación cristiana". Sin duda, para Pedro fue un gran honor participar en la revelación de esa importante verdad.



EJEMPLOS DE FE

Aprendió lo que significa el perdón

PEDRO nunca olvidaría aquella mirada. ¿Habrá visto en los ojos de Jesús algún rastro de decepción o de reproche? En realidad no lo sabemos, pues el relato inspirado solo dice que "el Señor se volvió y miró a Pedro" (Lucas 22:61). Pero esa sola mirada le bastó a Pedro para comprender la gravedad de su error. Acababa de pasar lo que Jesús había dicho, lo que Pedro mismo dijo que jamás sucedería: renegó de su amado Maestro. Este fue tal vez el peor momento del peor día de su vida. Pedro había tocado fondo.

¿Estaba todo perdido? No. Como Pedro era un hombre de gran fe, supo aprovechar la oportunidad que se le presentó más tarde. Pudo corregir sus errores y aprender de Jesús lo que es el perdón. De hecho, esa es una importante lección que todos necesitamos asimilar. La dolorosa experiencia de Pedro puede ayudarnos.

Le quedaba mucho por aprender

Unos seis meses antes, mientras estaban en Capernaum, la ciudad natal de Pedro, este le había preguntado a Jesús: "Señor, ¿cuántas veces ha de pecar contra mí mi hermano y he de perdonarle yo? ¿Hasta siete veces?". Sin duda, Pedro se creía muy generoso, pues los líderes religiosos enseñaban que solo debía perdonarse a alguien tres veces. Para su sorpresa, Jesús le contestó: "No te digo: Hasta siete veces, sino: Hasta setenta y siete veces" (Mateo 18:21, 22).

¿Estaba confirmando Jesús que debe llevarse la cuenta de los errores de los demás? No; al convertir el 7 de Pedro en 77, en realidad estaba diciendo que no hay que ponerle límites al perdón. Jesús quería hacerle ver a Pedro que su modo de pensar era igual al de la gente insensible de su día, quienes llevaban la cuenta del perdón como si se tratara de una libreta de deudas. El perdón que está basado en las normas divinas es mucho más abarcador.

Pedro no refutó el punto, pero ¿le habrán llegado al corazón las palabras de su Maestro? A veces solo logramos entender lo importante que es el perdón cuando necesitamos desesperadamente que se nos perdone. Eso fue lo que ocurrió justo antes de la muerte de Jesús. En aquellas horas cruciales, Pedro necesitó muchas veces que Jesús lo perdonara.

Perdonado una y otra vez

Esta es una noche trascendental, la última noche de Jesús como ser humano en la Tierra. Y todavía tiene mucho que enseñarles a sus apóstoles. Para empezar, les da una hermosa lección de humildad. ¿Cómo? Lavándoles los pies, una tarea que solían realizar solo los sirvientes de más baja condición. Al principio, Pedro cuestiona lo que hace Jesús. Después se niega a que le lave los pies, para luego, ante la explicación de Jesús, insistir en que también le lave las manos y la cabeza. En lugar de perder la paciencia, Jesús explica calmadamente a sus apóstoles el significado y la relevancia de sus acciones (Juan 13:1-17).

Al poco rato, los apóstoles comienzan a discutir sobre quién de ellos es el más importante. De seguro, Pedro también se involucra en esta vergonzosa muestra de orgullo. No obstante, Jesús los corrige con bondad y hasta los felicita por las buenas cosas que han hecho, entre ellas, mantenerse fieles junto a él. Pero también les dice que más tarde lo abandonarán. Al instante, Pedro objeta asegurándole que siempre estará junto a su Maestro aunque su vida corra peligro. Jesús, por su parte, le indica que pasará todo lo contrario: aquella misma noche, antes de que un gallo cante dos veces, Pedro lo habrá negado tres veces. Entonces, el apóstol no solo contradice a Jesús, sino que alardea diciendo que va a demostrar ser más fiel que todos los demás (Mateo 26:31-35; Marcos 14:27-31; Lucas 22:24-28).

Es sorprendente que Jesús no pierda la paciencia. De hecho, aunque son momentos muy difíciles para él, sigue fijándose en las virtudes de sus apóstoles imperfectos. Sabe que Pedro le fallará, y sin embargo, dice: "He hecho ruego a favor de ti para que tu fe no desfallezca; y tú, una vez que hayas vuelto, fortalece a tus hermanos" (Lucas 22:32). ¡Qué actitud tan admirable! Jesús confía en que Pedro se recuperará espiritualmente y volverá a ser fiel.

Pedro necesitó muchas veces que Jesús lo perdonara. Pero ¿acaso hay alguien en el mundo que no tenga que pedir perdón cada día?

Más tarde, en el jardín de Getsemaní, Pedro tiene que ser corregido en varias ocasiones. A Jesús lo invade un intenso dolor emocional y necesita el apoyo de sus amigos. Por eso les pide a Pedro, Santiago y Juan que se mantengan alerta mientras él ora, pero se quedan dormidos una y otra vez. Con todo, Jesús los perdona. "El espíritu, por supuesto, está pronto, pero la carne es débil", les dice con comprensión (Marcos 14:32-38).

Poco tiempo después, llega al lugar una multitud con antorchas, espadas y garrotes. No cabe duda de que es momento de actuar con cuidado y discreción. Pero Pedro hace justo lo contrario. Saca precipitadamente su espada y le corta la oreja a Malco, el esclavo del sumo sacerdote. Jesús tampoco pierde la calma en esta ocasión; corrige a Pedro y sana la herida. Además, les dice a sus discípulos que no deben ser violentos, principio que los cristianos seguimos hasta el día de hoy (Mateo 26:47-55; Lucas 22:47-51; Juan 18:10, 11). ¡Cuántas veces la paciencia del Maestro ha sido puesta a prueba por Pedro! La experiencia de este apóstol es muestra clara de que "todos tropezamos muchas veces" (Santiago 3:2). ¿Acaso hay alguien en el mundo que no tenga que pedir perdón cada día? Para Pedro, sin embargo, la noche no ha terminado. Aún falta lo peor.

El peor de sus errores

Jesús dice a la multitud que, si lo están buscando a él, dejen ir a sus apóstoles. Incapaz de evitar que se lleven a su Maestro, Pedro se da a la fuga junto con los demás.

Al rato, Pedro y Juan dejan de huir. Quizás se hallan cerca de la casa del anterior sumo sacerdote, Anás, adonde primero llevan a Jesús para interrogarlo. Así que se dirigen hacia allá. Cuando Jesús es trasladado a otro lugar, Pedro y Juan van siguiéndolo, pero "de lejos" (Mateo 26:58; Juan 18:12, 13). No se puede decir que Pedro sea un cobarde. Se necesita valor para atreverse a seguir a una multitud armada. Además, no hay que olvidar que ya había herido a uno de ellos. Con todo, ¿dónde estaba la lealtad de la que tanto presumió? ¿Arriesgó su vida para salvar a Jesús como había dicho? (Marcos 14:31.)

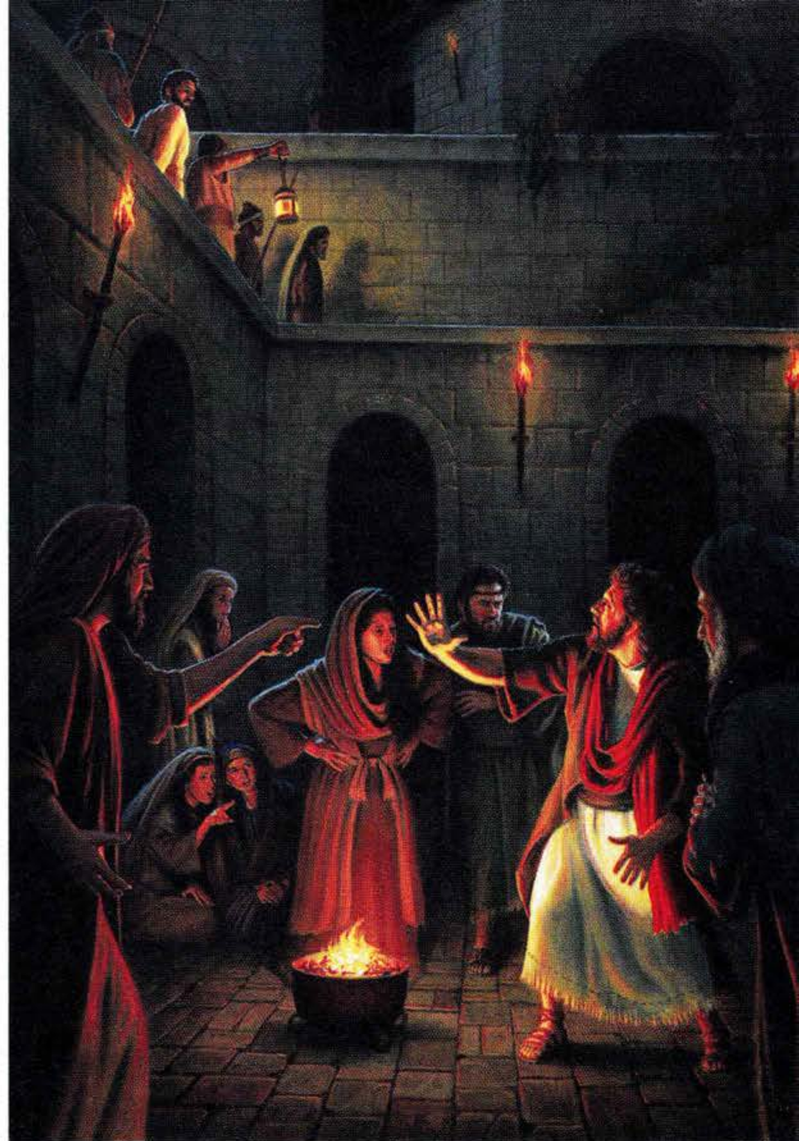
Al igual que Pedro, hoy muchas personas siguen a Cristo "de lejos"; no quieren que otros se den cuenta. Pero como más tarde escribió Pedro mismo, la única manera de seguir correctamente a Cristo es manteniéndonos lo

más cerca posible de él. Debemos seguir su ejemplo con valor, sin miedo a las consecuencias (1 Pedro 2:21).

Los sigilosos pasos de los dos apóstoles los llevan hasta la entrada de la casa del acaudalado y poderoso sumo sacerdote Caifás, una de las mansiones más impresionantes de toda Jerusalén. Casas como esta solían construirse con un patio interior y tenían una puerta al frente. La portera no deja pasar a Pedro. Pero Juan, que ya estaba dentro, regresa para hablar con ella y consigue que lo deje entrar. Al parecer, Pedro no se queda con Juan ni hace el intento de acercarse a Jesús. Prefiere quedarse en el patio, donde varios esclavos y sirvientes pasan la fría noche frente a una fogata, mientras los falsos testigos entran y salen de la casa para declarar en contra de Jesús (Marcos 14:54-57; Juan 18:15, 16, 18).

A la luz de la brillante lumbre, la muchacha que dejó entrar a Pedro puede verlo mejor. Lo reconoce y le dice: "¡Tú, también, estabas con Jesús el galileo!". La acusación lo toma por sorpresa. Afirma que no conoce a Jesús y hasta niega saber de lo que está hablando la muchacha. Entonces se va a la entrada, tratando de pasar desapercibido. Allí otra muchacha lo ve y también dice: "Este hombre estaba con Jesús el Nazareno", a lo que Pedro responde: "¡No conozco al hombre!" (Mateo 26:69-72). Hasta ahora, Pedro ha negado a Jesús dos veces. Puede ser que después de esta segunda vez haya oído cantar a un gallo; sin embargo, está tan nervioso que no se acuerda de lo que había profetizado Jesús unas cuantas horas antes.

Pedro sigue tratando desesperadamente de no llamar la atención, pero un grupo de personas se acerca a él. Uno es pariente de Malco, el esclavo a quien Pedro hirió en Getsemaní. Él le dice: "Yo te vi en el huerto con él, ¿no es verdad?". Pedro trata de convencerlos de que todos están equivocados; jura y perjura que está diciendo la verdad. Apenas salen estas palabras de su boca, un gallo canta, el segundo



"El Señor se volvió y miró a Pedro"

que Pedro escucha en la noche (Juan 18:26, 27; Marcos 14:71, 72).

En ese momento, Jesús sale a un balcón con vista al patio, y su mirada se encuentra con la de su amigo. Ahora Pedro se da la cuenta del grave error que ha cometido. Le ha fallado a su Maestro. Aplastado por el peso de su culpa, abandona el lugar. Camina sin rumbo por las sombrías calles bajo la débil luz de la luna llena que casi ha desaparecido. Con los ojos inundados de lágrimas trata de avanzar, pero no puede. Entonces no aguanta más y se echa a llorar desconsoladamente (Marcos 14:72; Lucas 22:61, 62).

Después de cometer un error como este, es fácil pensar que el pecado ha sido tan terrible

que uno no merece el perdón. Sin duda, Pedro debió haber pensado así. ¿Lo perdonaría su Maestro?

¿Fue imperdonable su pecado?

Es difícil imaginar la avalancha de sentimientos que arrolló a Pedro esa mañana y en el transcurso del día. ¡Qué culpable tuvo que haberse sentido luego cuando Jesús murió tras largas horas de sufrimiento! ¡Cuánto debió estremecerlo la idea de haberle causado más dolor a su Maestro el último día de su vida como ser humano! No cabe duda de que Pedro estaba destrozado, pero no se hundió en la desesperación. El relato muestra que pronto estaba reunido con los demás discípulos (Lucas 24:33). De seguro, todos se reprochaban haberse portado como cobardes en aquella funesta noche y, al estar juntos, pudieron consolarse unos a otros.



Podemos decir que Pedro tomó aquí una de las decisiones más sabias de su vida. Cuando un siervo de Dios cae, lo que importa no es la magnitud de la caída, sino la determinación que tiene para levantarse y reparar su error (Proverbios 24:16). Pedro demostró tener fe genuina al decidir estar con sus hermanos a pesar de sentirse desanimado. Cuando la tristeza y el cargo de conciencia se apoderan de nosotros, la idea de aislarnos pudiera ser atractiva, pero es muy peligrosa (Proverbios 18:1). Para fortalecernos espiritualmente, tenemos que mantenernos cerca de la congregación (Hebreos 10:24, 25).

Gracias a que estaba con sus hermanos cristianos, Pedro se enteró de la desconcertante noticia de que el cuerpo de Jesús había desaparecido de su tumba, pese a que su puerta había sido sellada. Pedro y Juan salieron corriendo hacia allá. Como al parecer Juan era más joven, llegó primero. Pero cuando vio la tumba abierta, no se atrevió a entrar. En cambio, Pedro, aún sin aire, no se detuvo y, sin pensarlo dos veces, entró. No había duda: la tumba estaba vacía (Juan 20:3-9).

Al principio, Pedro no creyó que Jesús había sido resucitado. Ni siquiera les cre-

'¡El Señor se apareció a Simón!'

yó a las mujeres fieles que informaron a los discípulos que unos ángeles les habían anunciado la resurrección de Jesús (Lucas 23:55–24:11). No obstante, al final del día desaparecieron todas las dudas que tenía y los residuos de tristeza que abrigaba en el corazón. ¡Jesús estaba vivo! Ahora era un espíritu poderoso y, para demostrarlo, se apareció a sus apóstoles. Pero antes hizo algo especial. ¿Qué fue? Los apóstoles mismos dijeron: "¡Es un hecho que el Señor ha sido levantado y se ha aparecido a Simón!" (Lucas 24:34). Más tarde, el apóstol Pablo también escribió acerca de este singular día en el que Jesús "se apareció a Cefas, entonces a los doce" (1 Corintios 15:5). Simón y Cefas son otros nombres de Pedro. Estos relatos dejan claro que, aquel día, mientras Pedro estaba solo, Jesús se le apareció.

La Biblia no da detalles de este conmovedor encuentro entre Pedro y Jesús. Solo podemos imaginarnos lo emocionado que estaría Pedro al ver vivo a su amado Maestro y, además, poder decirle lo triste y arrepentido que estaba por lo que había hecho. Más que nada en el mundo, querría que Jesús lo perdonara. Y no cabe la menor duda de que Jesús lo hizo, sin ningún reparo. Hoy día, los cristianos que han pecado deben recordar el ejemplo de Pedro y nunca pensar que no merecen recibir el perdón divino. Jesús refleja a la perfección la personalidad de su Padre, quien 'perdona en gran manera' (Isaías 55:7).

Perdón sin reservas

Jesús les dice a sus apóstoles que vayan a Galilea, donde se encontrará otra vez con ellos. Cuando llegan, Pedro decide ir al mar a pescar, y varios de los discípulos lo acompañan. Una vez más, Pedro se encuentra en las aguas donde ha pasado la mayor parte de su vida. El crujir de la madera del bote, el movimiento de las olas y el peso de las redes entre sus manos sin duda lo hacen sentirse cómodo. ¿Estará pensando en el rumbo que tomará su vida ahora que el ministerio de Jesús en la Tierra ha terminado? ¿Le resultará atractiva la idea de volver a la vida sencilla de un pescador? Es posible. Pero en toda la noche no pescan nada (Mateo 26:32; Juan 21:1-3).

Al amanecer, una figura les dice desde la costa que arrojen las redes por el otro lado de la barca. Así lo hacen... ¡y atrapan nada menos que 153 pescados! Al reconocer Pedro quién les habla, rápidamente salta de la barca y nada



hasta la orilla. En la playa, Jesús les da de comer algunos pescados que ha cocinado sobre carbón. Entonces se dirige a Pedro.

Señalando la gran cantidad de peces que habían atrapado, Jesús le pregunta: "¿Me amas más que a estos?". ¿Podría el amor que siente Pedro por la pesca competir con el amor que siente por Jesús? Hace unos días, Pedro negó a Jesús tres veces. Ahora Jesús le da la oportunidad de reafirmar tres veces su amor por él frente a sus compañeros, lo cual Pedro hace. El Maestro le pide a su vez que se lo demuestre. ¿De qué manera? Poniendo en primer lugar el servicio sagrado: cuidando al rebaño de Cristo, es decir, a sus seguidores (Juan 21:4-17).

De este modo, Jesús le hace entender a Pedro que todavía es una persona valiosa tanto para él como para su Padre, y que será muy

útil en la congregación bajo la dirección de Cristo. ¡Qué prueba tan sobresaliente de perdón! Seguramente la misericordia de Jesús le llegó al corazón.

Pedro cumplió fielmente su comisión por muchos años. Fortaleció a sus hermanos, tal como Jesús le había mandado en la víspera de su muerte. Con paciencia y amor, cuidó de las ovejas de Cristo. Simón, a quien Jesús había llamado Pedro, hizo honor a su nuevo nombre —que significa "piedra" o "trozo de roca"— y llegó a ser una persona fuerte, firme y confiable para todos en la congregación. Esto se evidencia en las dos afectuosas cartas escritas por él, que llegaron a ser parte de la Biblia. Estas cartas también demuestran que Pedro nunca olvidó la lección que recibió de parte de Jesús sobre el significado del verdadero perdón (1 Pedro 3:8, 9; 4:8).

Aprendamos nosotros la misma lección. ¿Le pedimos a diario perdón a Dios por los muchos errores que cometemos? ¿Aceptamos ese perdón con la seguridad de que borra lo que hayamos hecho? ¿Perdonamos a los demás? Si así lo hacemos, estaremos imitando la fe de Pedro y la misericordia de su Maestro.



EJEMPLOS DE FE

Le abrió su corazón a Dios

ANA se halla atareada con los preparativos del viaje, tratando de mantener su mente ocupada. Se suponía que fuera una ocasión feliz. Elqaná, su esposo, tiene por costumbre llevar a toda la familia en estos viajes anuales para rendir adoración en el tabernáculo que está en Siló. Además, la orden de Jehová es que en tales ocasiones reine el gozo (Deuteronomio 16:15). Y sin duda ella las ha disfrutado desde pequeña. Pero las cosas han cambiado en los últimos años.

Sí, es cierto, su esposo la ama, y eso es una bendición. Pero él tiene otra esposa. Es Peniná, quien al parecer se ha dado a la tarea de hacerle a Ana la vida imposible. Incluso se las ingenia para que tales ocasiones anuales de alegría sean para ella como un puñal clavado en el pecho. ¿Cómo lo hace? Lo que es más, ¿cómo logra Ana, con la ayuda de su fe, afrontar lo que a menudo parece ser una situación insoportable? Si usted está pasando por problemas que lo desgastan y le roban la alegría de vivir, la historia de Ana le servirá de inspiración.

"¿Por qué se siente mal tu corazón?"

La Biblia nos revela dos grandes problemas en la vida de Ana. Sobre el primero tiene poco control y sobre el segundo, ninguno. El primero es que forma parte de un matrimonio polígamo y tiene que soportar el odio de la esposa rival. El segundo es que no puede tener hijos: es estéril. Esto de por sí es un problema para cualquier mujer que anhele tener hijos. Pero en los días y la cultura de Ana, ser estéril es fuente de amargo dolor, pues toda familia cuenta con los hijos para perpetuar su nombre. Así que la esterilidad se considera una deshonra y una vergüenza.

Ana podría sobrellevar con entereza su dolor si no fuera por Peniná. La poligamia nunca ha producido ni producirá un ambiente ideal. Las competencias, las peleas y los dolores de cabeza son el pan de cada día. Y es una costumbre muy alejada de la norma que Dios estableció en el jardín de Edén: la monogamia (Génesis 2:24).* La amarga historia de esta familia es un simple pero revelador trazo del desventurado cuadro que pinta la Biblia de la poligamia.

Ana es a quien más ama Elqaná. Según la tradición judía, llevaban algunos años casados cuando llegó Peniná. Sea esto cierto o no, lo que sí está claro es que, cegada por los celos, Peniná encuentra mil formas de hacer sufrir a su rival. Su gran ventaja son los hijos. Ha tenido uno tras otro, y su arrogancia crece con cada hijo que trae al mundo. En vez de compadecerse de Ana y consolarla, Peniná se vale de su frustración. La Biblia dice que la irrita con el único fin de "hacer que se [sienta] desconcertada" (1 Samuel 1:6). Sus actos son deliberados. Quiere lastimar a su rival, y vaya si lo logra.

* En cuanto a por qué Dios toleró por un tiempo la poligamia entre su pueblo, véase el artículo "¿Aprueba Dios la poligamia?", de *La Atalaya* del 1 de julio de 2009, página 30.

Por lo visto, el momento favorito de Peniná es el viaje anual al tabernáculo de Siló. A cada uno de los muchos hijos de Peniná —"a todos los hijos e hijas de ella"—, Elqaná le da una porción de los sacrificios ofrecidos a Jehová. A Ana no le da más que una: para ella sola. Con aires de superioridad, Peniná aprovecha para recordarle burlonamente su esterilidad con tal saña que la pobre se deshace en llanto y hasta pierde el apetito. Elqaná, obviamente, se da cuenta del dolor que embarga a su amada Ana y de que no come, así que intenta consolarla. "Ana —le dice—, ¿por qué lloras, y por qué no comes, y por qué se siente mal tu corazón? ¿No soy yo mejor para ti que diez hijos?" (1 Samuel 1:4-8.)

Un punto a favor de Elqaná es haberse dado cuenta de que la tristeza de Ana tiene que ver con su infertilidad, y ella de seguro valora sobremanera sus confirmaciones de cariño.* Pero él no menciona la malicia de Peniná, y el registro tampoco indica que Ana le haya hablado del asunto. Tal vez considera que hacerlo solo empeorará las cosas. ¿Realmente cambiará su esposo la situación? ¿No aumentará el odio de Peniná, así como el de sus hijos y sirvientes? Con aquella perversa mujer de enemiga, cada día que pase es posible que se sienta más extraña en su propio hogar.

Esté enterado o no Elqaná del alcance del comportamiento insidioso y malévolo de Peniná, Jehová lo ve todo. Su Palabra expone el cuadro entero, dando una solemne advertencia a todo el que por celos y odio cometa ese tipo de actos aparentemente inofensivos. Por otro lado, las personas sin malicia y pacíficas, como Ana, pueden sentirse aliviadas al saber que el Dios de la justicia endereza todo a Su tiempo y a Su manera (Deuteronomio 32:4). Ana quizás lo sabe, pues es a Jehová a quien acude.

"No volvió a mostrar preocupación"

A primera hora, la familia está sumamente atareada. Todos, hasta los pequeños, se están preparando. El viaje a Siló llevará a esta numerosa familia por más de 30 kilómetros (20 millas) a través del terreno montañoso de Efraín.* A pie, tardarán un día o dos. Ana ya sabe lo que le espera de la esposa rival, pero aun así, no se queda en casa. Con esto nos da un excelente ejemplo a los siervos de Dios de la actualidad. Nunca es prudente permitir que la mala conducta de otros estorbe nuestra adoración a Dios. Si lo hacemos, nos perderemos precisamente las bendiciones que nos darían las fuerzas para aguantar.

Después de un largo día de andar por serpenteantes caminos accidentados, la familia por fin divisa Siló. Allí está, sobre una colina rodeada de otras más altas. Al irse acercando, Ana seguramente piensa mucho sobre lo que le dirá a Jehová en oración. Una vez en el sitio, todos se sientan a comer. Ana se retira del grupo tan pronto como puede y se dirige al tabernáculo de Jehová. Sentado junto a la jamba de la puerta del templo se encuentra el sumo sacerdote Elí. Pero Ana está concentrada en su Dios. Aquí, en el tabernáculo, siente la confianza de que será oída. Si nadie más puede entender completamente su dolor, su Padre en los cielos sí puede. Es tal su quebranto que le resulta imposible contener las lágrimas.

Sin poder dominar el estremecimiento que invade su cuerpo, Ana le habla en silencio a Jehová. Sus labios tiemblan a medida que intenta encontrar las palabras que expresen su congoja. Se toma su tiempo para orar, derramar el corazón delante de su Padre. Pero hace más que simplemente pedirle a Dios que le

* Aunque el relato bíblico dice que Jehová "había cerrado la matriz" de Ana, no hay pruebas de que Dios estuviera descontento con esta fiel y humilde mujer (1 Samuel 1:5). A veces la Biblia atribuye a Dios sucesos que simplemente ocurrieron porque él lo permitió por un tiempo.

* Para calcular la distancia, se da por hecho que el pueblo natal de Elqaná, Ramá, es el mismo sitio que en los días de Jesús se conoce como Arimatea.

conceda su desesperado anhelo de tener un hijo. Ana no solo está interesada en recibir bendiciones de Dios, sino también en darle a él lo que esté a su alcance. Así que le hace un voto prometiéndole que, si tiene un hijo varón, lo dedicará de por vida a su servicio (1 Samuel 1:9-11).

De este modo, Ana nos da un ejemplo de cómo se espera que nos dirijamos a Dios en oración. Jehová bondadosamente invita a su pueblo a hablarle con franqueza, sin reservas, desahogando sus preocupaciones con él, tal como un niño lo haría con su cariñoso padre (Salmo 62:8; 1 Tesalonicenses 5:17). El apóstol Pedro escribió por inspiración estas consoladoras palabras relacionadas con la oración a Jehová: "Ech[e]n sobre él toda su inquietud, porque él se interesa por ustedes" (1 Pedro 5:7).

Lamentablemente, los seres humanos no somos tan comprensivos y compasivos como Jehová. Mientras Ana ora con lágrimas en los ojos, una voz la sacude. Es Elí, el sumo sacerdote, quien la ha estado observando. "¿Hasta cuándo te portarás como una borracha? Aparta tu vino de ti", le dice. Elí ha visto cómo le tiemblan los labios a Ana, sus sollozos, su quebranto emocional. Pero en vez de preguntarle qué le pasa, se precipita a concluir que la mujer está borracha (1 Samuel 1: 12-14).

¡Qué doloroso es, en estos momentos de zozobra, tener que hacer frente a tan infundada acusación, y de parte de alguien con tan honorable puesto! Con todo, Ana nos vuelve a dejar un precioso ejemplo de fe. No permite que las imperfecciones de ningún hombre se interpongan en su adoración a Jehová. Le contesta a Elí con respeto y le explica su situación. Elí, quizás un tanto avergonzado, responde en un tono más suave: "Ve en paz, y que el Dios de Israel conceda tu petición que le has pedido" (1 Samuel 1: 15-17).



Ana se siente hondamente perturbada por su esterilidad, y Peniná hace lo imposible por amargarle más la vida

¿Cuál fue el resultado de que Ana le abriera el corazón a Jehová y le rindiera adoración en el tabernáculo? El relato nos dice que "la mujer procedió a irse por su camino y a comer, y su rostro no volvió a mostrar preocupación por su propia situación" (1 Samuel 1:18). En este pasaje, *La Biblia de las Américas* dice: "Y ya no estaba triste su semblante". Ana sintió alivio. En cierto sentido, había colocado el peso de su carga emocional sobre unos hombros infinitamente más anchos y fuertes que los suyos: los de su Padre celestial (Salmo 55:22). ¿Existe algún problema demasiado grande para él? Jamás, ni entonces ni ahora ni nunca.

Cuando se sienta pesaroso, abrumado o abatido por la tristeza, siga el ejemplo de Ana y hable abiertamente con Aquel a quien la Biblia llama "Oidor de la oración" (Salmo 65:2). Si lo hace con fe, también descubrirá que su desconsuelo se transforma en "la paz de Dios que supera a todo pensamiento" (Filipenses 4:6, 7).

¿Puede usted imitar el ejemplo de Ana orando de corazón?

Aunque Elí la juzga mal, Ana no se da por ofendida

"No hay roca como nuestro Dios"

A la mañana siguiente, Ana vuelve al tabernáculo con Elqaná. Es muy probable que le haya contado de su petición y su promesa, ya que la Ley mosaica establece que el esposo tiene el derecho de anular un voto que la esposa haga sin su consentimiento (Números 30:10-15). Pero este hombre fiel no lo anula,

Dos oraciones notables

Las dos oraciones de Ana, registradas en 1 Samuel 1:11 y 2:1-10, contienen varios detalles sobresalientes. Veamos unos cuantos:

- En la primera, Ana se dirige a "Jehová de los ejércitos". Es la primera persona mencionada en la Biblia que utiliza este título. Con algunas variaciones, el título se halla en las Escrituras doscientas ochenta y cinco veces y alude al dominio de Dios sobre una vasta multitud de hijos espirituales.
- Ana expresa su segunda oración, no al momento de nacer su hijo, sino cuando ella y Elqaná lo presentan para servir a Dios en Siló. Por tanto, se entiende que su gran gozo no proviene de haber silenciado a su rival, Peniná, sino de haber recibido la bendición de Jehová.
- Al decir: "Mi cuerno realmente está ensalzado en Jehová", tal vez Ana piense en el toro, una poderosa bestia que usa sus cuernos de forma temible. En otras palabras, está diciendo que Jehová la hace fuerte (1 Samuel 2:1).
- Su referencia al "ungido" de Dios se considera profética. Ana utiliza la misma palabra que en otros pasajes se traduce "mesías" y es la primera persona del registro bíblico que la emplea para referirse a un rey ungido futuro (1 Samuel 2:10).
- Unos mil años más tarde, María, la madre de Jesús, evoca algunas frases de Ana en su propia expresión de alabanza a Jehová (Lucas 1:46-55).

sino que, junto con Ana, rinde adoración a Jehová en el tabernáculo antes de emprender el regreso a casa.

¿En qué momento se da cuenta Peniná de que ha perdido el poder de mortificar a Ana? El relato no lo aclara, pero la expresión *"no volvió* a mostrar preocupación por su propia situación" nos da a entender que los ánimos de Ana mejoran de ese momento en adelante. En todo caso, Peniná muy pronto descubre que su crueldad no tiene efecto alguno en Ana. La Biblia jamás vuelve a mencionar su nombre.

Pasan los meses, y la paz mental de Ana se transforma en una alegría incontenible. ¡Está embarazada! Pero su júbilo no le hace olvidar la fuente de su bendición. Al nacer su hijo, le pone por nombre Samuel, que significa "Nombre de Dios" y evidentemente se refiere a invocar el nombre divino, como ella lo había hecho. Ni ese año ni los dos siguientes se une a su esposo y el resto de la familia en el viaje a Siló, sino que se queda en casa con el pequeño hasta que lo desteta. Mientras tanto, va haciendo acopio de valor para el día en que tenga que separarse de su amado hijo.

Llega el momento de la separación, y no resulta sencillo. Claro, Ana sabe que Samuel estará bien atendido en Siló, quizás al cuidado de algunas de las mujeres que sirven en el tabernáculo. Pero es tan pequeño... y ¿qué madre desea separarse de su hijo? Con todo, ella y su esposo llevan al muchachito, no a regañadientes, sino con gratitud. Ofrecen sacrificios en la casa de Dios y llevan a Samuel ante Elí, recordándole el voto que Ana había hecho allí algunos años atrás.

Entonces Ana pronuncia una oración que Dios considera digna de ser incluida en su Palabra inspirada. En cada línea del pasaje de 1 Samuel 2:1-10 percibimos cómo palpita la honda fe de esta mujer. Ella alaba a Jehová por su maravilloso uso del poder: su inigualable aptitud para humillar al altivo, bendecir al oprimido y quitar la vida o incluso salvar a alguien de la muerte. Alaba a su Padre por su singular santidad, su justicia y su fidelidad. Con buena razón, Ana puede expresar: "No hay roca como nuestro Dios". Jehová es totalmente confiable y estable y un refugio para todo oprimido y pisoteado que acuda a él por ayuda.

No hay duda: el pequeño Samuel es privilegiado al tener una madre con tal fe en Jehová. Aunque de seguro la echa de menos mientras crece, nunca se siente abandonado. Año tras año su madre acude a Siló, llevándole una vestidura sin mangas para su servicio en el tabernáculo. Cada puntada que ella hace en la tela es una manifestación del amor e interés que siente por él (1 Samuel 2:19). ¿Puede imaginar la escena? Ahí está Ana, colocándole la nueva prenda al muchacho, alisándola y mirándolo con ternura al tiempo que le expresa palabras alentadoras. ¡Qué bendición es para Samuel tener una madre así! Y cuando él crezca, se convertirá asimismo en una bendición para sus padres y para todo Israel.

En cuanto a Ana, Dios le concedió ser madre y darle a Elqaná otros cinco hijos (1 Samuel 2:21). Pero quizás su mayor bendición haya sido el vínculo entre ella y su Padre, Jehová, que se fue haciendo más fuerte con el paso de los años. Que lo mismo ocurra en el caso de usted por imitar la fe de Ana.





"Continuó creciendo con Jehová"

ERA el mes de mayo o junio —según el calendario moderno—, y los dorados campos de trigo estaban listos para la siega. Había comenzado la temporada seca. Samuel, un hombre fiel que llevaba décadas sirviendo como profeta y juez, había convocado a la nación de Israel en la ciudad de Guilgal. Observando los rostros de la muchedumbre, que ya se había aquietado, se preguntaba cómo lograría sensibilizar sus corazones.

El pueblo no se daba cuenta de la gravedad de su situación. Se empeñaban en tener un rey humano. No entendían que esta petición suponía una descarada falta de respeto a su Dios, Jehová, y al profeta que él les había enviado. Estaban rechazando a Jehová como su rey. ¿Podría Samuel convencerlos de que se arrepintieran?

Al dirigirse a la multitud, el profeta dijo: "He envejecido y encanecido". Su cabello blanco sin duda infundía respeto y daba peso a sus palabras. A continuación añadió: "Yo he andado delante de ustedes desde mi juventud hasta este día" (1 Samuel 11:14, 15; 12:2). Aunque habían pasado muchos años, sus días de juventud estaban frescos en su memoria. Gracias a las decisiones que tomó mientras todavía era un muchacho, llegó a ser un hombre de fe, un fiel siervo de Dios.

Samuel tuvo que fortalecer y proteger su fe constantemente, pues vivía rodeado de personas impías y desleales. Puesto que nosotros vivimos en un mundo de gente infiel y corrupta, también nos resulta difícil cultivar la fe. Veamos lo que podemos aprender del ejemplo de Samuel, comenzando por su infancia.

"Ministrando delante de Jehová, como muchacho"

Samuel tuvo una infancia fuera de lo común. Poco después de ser destetado, como a los cuatro años de edad, comenzó a servir en el tabernáculo de Jehová, en Siló, a más de 30 kilómetros (20 millas) de Ramá, su ciudad natal. Los padres de Samuel, Ana y Elqaná, lo habían apartado para un servicio especial a Jehová: sería nazareo de por vida.* ¿Por qué lo hicieron? ¿Acaso no lo querían?

En lo absoluto. Ellos sabían que su hijo estaría bien atendido en Siló. Elí, el sumo sacerdote, sin duda supervisó su cuidado, pues Samuel trabajaba con él. Y en el tabernáculo contaban con la colaboración de algunas mujeres que servían allí de forma organizada (1 Samuel 2:22, nota).

Lo que es más, Ana y Elqaná nunca se olvidaron de su querido hijo, el primero que les había nacido. Él fue la respuesta a una oración en la que Ana le pidió a Dios un hijo varón y le prometió entregárselo para el servicio sagrado. Todos los años, cuando lo visitaban, Ana le llevaba una vestidura sin mangas que ella misma había confeccionado para que la usara en el tabernáculo. De seguro el muchacho esperaba con anhelo las visitas de sus padres, quienes le daban consejos y ánimo, a la vez que lo ayudaban a valorar el gran privilegio que tenía de servir a Jehová en aquel lugar tan especial.

* El voto de nazareato incluía, entre otras cosas, no tomar ninguna bebida embriagante ni cortarse el cabello. Por lo general, se hacía por un tiempo limitado, pero Samuel, al igual que Sansón y Juan el Bautista, fue nazareo de por vida.

He aquí una lección para quienes tienen hijos. Muchos padres suelen preocuparse más por las necesidades materiales de sus hijos que por su salud espiritual. No obstante, Ana y Elqaná dieron prioridad a las necesidades espirituales de Samuel, lo cual determinó en buena medida la clase de persona que llegó a ser (Proverbios 22:6).

Es muy probable que, mientras iba creciendo, el pequeño Samuel explorara las colinas aledañas a Siló. Desde lo alto podía divisar el pueblo y el valle que más abajo se extendía, y sin duda se llenaba de orgullo y satisfacción cada vez que fijaba la vista en el tabernáculo de Jehová. Este sagrado lugar, que había sido construido unos cuatrocientos años antes bajo la dirección del propio Moisés, era el único centro de adoración a Jehová en todo el mundo.*

El joven Samuel llegó a amar su servicio en el tabernáculo. En el relato que escribió luego dice que "estaba ministrando delante de Jehová, como muchacho, y tenía ceñido un efod de lino" (1 Samuel 2:18). El hecho de que Samuel llevara un efod —una prenda de vestir simple y sin mangas— indica que ayudaba a los sacerdotes. Aunque no pertenecía a la clase sacerdotal, estaba a cargo de ciertas tareas, entre ellas, abrir las puertas del patio por las mañanas y asistir al envejecido Elí. Samuel disfrutaba mucho de sus privilegios, pero algo malo que estaba pasando en la casa de Jehová comenzó a perturbar el buen corazón de este muchacho.

Conserva la pureza en un ambiente inmoral

Desde muy joven, Samuel tuvo que presenciar terribles actos de maldad y corrupción. En el libro de Samuel leemos que los dos hijos de Elí —Hofní y Finehás— "eran hombres que no servían para nada; [que] no reconocían a Jehová" (1 Samuel 2:12). Estas dos ideas van de la mano. Hofní y Finehás eran "hombres que no servían para nada" (literalmente, "hijos de la inutilidad") porque "no reconocían", o respetaban, a Jehová. Su desprecio por las justas normas de Dios los llevó a cometer graves pecados.

La Ley de Dios regulaba las tareas de los sacerdotes y la manera en que debían ofrecerse los sacrificios. Y con razón: aquellos sacrificios representaban los medios que Dios dispuso para perdonar los pecados de las personas a fin de que estuvieran limpias ante él y pudieran recibir su guía y bendición. El mal ejemplo de Hofní y Finehás hizo que otros sacerdotes trataran con falta de respeto las ofrendas del pueblo.*

Imaginemos lo conmocionado que debió de sentirse el joven Samuel al ver que en el tabernáculo ocurrían tales abusos sin que nadie hiciera nada. ¡A cuántas personas habrá visto salir de allí desmoralizadas y humilladas! Entre ellas se contaba gente pobre, humilde y oprimida que había ido en busca de alivio y fortaleza espiritual. Y para colmo, más tarde se enteró de que Hofní y Finehás se burlaban de las leyes divinas sobre la moralidad sexual teniendo relaciones con las mujeres que servían a la entrada del tabernáculo (1 Samuel 2:22). ¿Cómo cree que se sintió entonces? Tal vez esperaba que Elí hiciera algo al respecto.

De hecho, Elí era la persona indicada para atender este problema, que iba de mal en peor.

* En esencia, el santuario era una amplia tienda rectangular con estructura de madera. Sin embargo, estaba hecho con materiales de la más alta calidad: pieles de foca, hermosas telas bordadas y maderas nobles laminadas con oro y plata. Se encontraba en un patio rectangular en el que también había un precioso altar para los sacrificios. Todo parece indicar que con el tiempo se erigieron cámaras para uso de los sacerdotes, seguramente a los lados del tabernáculo. Es probable que Samuel durmiera en una de esas cámaras.

* El relato nos proporciona dos ejemplos. Por un lado, la Ley dejaba claro cuáles eran las porciones del sacrificio que le correspondían al sacerdote (Deuteronomio 18:3). Pero los sacerdotes corruptos instituyeron una práctica muy diferente: hacían que sus servidores metieran un tenedor grande en la olla hirviendo y tomaran cualquier porción de carne que saliera. Por otro lado, cuando la gente llevaba sus ofrendas, los servidores —siguiendo las órdenes de los sacerdotes— exigían que se les entregara la carne cruda, incluso antes de que la grasa se ofreciera a Jehová sobre el altar (Levítico 3:3-5; 1 Samuel 2:13-17).

Como sumo sacerdote, era responsable por lo que sucedía en el tabernáculo. Y como padre, tenía la obligación de corregir a sus hijos. Después de todo, no solo se estaban perjudicando a sí mismos, sino también a un sinnúmero de habitantes del país. Pero Elí fracasó como sumo sacerdote y como padre, pues se limitó a darles una leve reprimenda a sus hijos (1 Samuel 2:23-25). Ellos necesitaban una disciplina mucho más severa. Por sus pecados, se merecían la muerte.

Tanto se agravó la situación que Jehová envió a "un hombre de Dios", un profeta cuyo nombre no se menciona, para transmitir a Elí una fuerte condena. Primero, Jehová le dijo a Elí: "Sigues honrando a tus hijos más que a mí". Luego le informó que sus perversos hijos morirían en un mismo día y que su familia sufriría intensamente y hasta perdería su privilegiada posición en la clase sacerdotal. ¿Tuvo algún efecto este contundente aviso? El relato muestra que no (1 Samuel 2:27–3:1).

Y Samuel, ¿se dejaría corromper? De ninguna manera. En esta sombría historia nos encontramos de vez en cuando con alegres destellos de luz: comentarios positivos sobre el desarrollo de Samuel. Recordemos que, en medio de todo esto, él siguió "ministrando delante de Jehová, como muchacho" (1 Samuel 2: 18). Desde muy pequeño se concentró en su servicio a Jehová. Más adelante, el relato nos dice algo todavía mejor: "El muchacho Samuel continuó creciendo con Jehová" (1 Samuel 2:21). En efecto, el paso de los años no hizo más que estrechar su relación con Dios. ¡Y qué mejor antídoto puede haber contra la corrupción moral que una estrecha amistad con Jehová!

Para Samuel habría sido muy fácil pensar: "Si hasta el sumo sacerdote y sus hijos pecan contra Jehová, yo puedo hacer lo que se me antoje". Pero los errores ajenos, aun los de personas con autoridad, no nos dan permiso para pecar. Actualmente, muchos jóvenes cristianos imitan a Samuel y continúan "creciendo con Jehová" a pesar de que haya gente a su alrededor que les dé un mal ejemplo.

¿Y qué recompensa obtuvo Samuel? La Biblia dice: "Mientras tanto, el muchacho Samuel iba creciendo y haciéndose más agradable, tanto desde el punto de vista de Jehová como del de los hombres" (1 Samuel 2:26). Así que este joven fiel se labró una buena reputación, al menos a los ojos de quienes realmente importaba. De hecho, Jehová mismo llegó a tenerle cariño. Y Samuel albergaba la esperanza de que Dios eliminaría la maldad de Siló. Ahora bien, tal vez se preguntaba cuándo lo haría.

"Habla, porque tu siervo está escuchando"

Cierta noche se disiparon sus dudas. Era de madrugada y todavía estaba oscuro. La temblorosa llama de la lámpara del tabernáculo aún seguía encendida. En el silencio, Samuel escuchó una voz que lo llamaba y pensó que Elí, quien ya era muy viejo y se había quedado prácticamente ciego, precisaba ayuda. Samuel se levantó y "fue corriendo" donde él. Imaginemos al muchachito descalzo yendo a toda prisa hasta donde dormía su amo. ¡Qué escena tan bonita! Samuel trataba a Elí con mucha consideración y respeto. Después de todo, Elí seguía siendo el sumo sacerdote de Jehová (1 Samuel 3:2-5).

Samuel despertó a Elí con estas palabras: "Aquí estoy, pues me llamaste". Elí le contestó que él no lo había llamado y lo mandó a dormir. Esto sucedió dos veces más. Pero a la tercera, Elí se dio cuenta de lo que estaba pasando. En aquel tiempo, Jehová no solía comunicarse con su pueblo por visiones o mensajes proféticos, y las razones eran obvias. No obstante, Elí comprendió que Jehová deseaba hacerse oír mediante este muchachito. Por tanto, le ordenó que regresara a su cama y le indicó lo que debía responder. Pronto la voz se volvió a escuchar: "¡Samuel, Samuel!". Y él, siguiendo las instrucciones de Elí, respondió: "Habla, por-

que tu siervo está escuchando" (1 Samuel 3:1, 5-10).

Por fin había alguien en Siló que le prestara atención a Dios. A partir de ese momento, Jehová le hablaba a Samuel, y este siempre lo escuchaba. ¿Lo hacemos nosotros? Para escuchar a Jehová, no hace falta que una voz sobrenatural nos hable durante la noche. Él siempre nos habla mediante su Palabra escrita, la Biblia. Mientras más escuchemos a Dios y lo obedezcamos, mayor será nuestra fe. Eso fue precisamente lo que le sucedió a Samuel.

Aquella noche le cambió la vida a Samuel. Desde entonces llegó a conocer a Jehová de una manera especial, pues se convirtió en su profeta y vocero. Ahora le tocaba transmitir a Elí un aviso final: el cumplimiento de la profecía contra su familia era inminente. Al principio, Samuel se retrajo, pero luego se armó de valor. Cuando por fin habló, Elí se resignó humildemente a la voluntad divina. Con el tiempo se cumplió todo lo que Jehová predijo. Los israelitas emprendieron una guerra contra los filisteos, y en un mismo día cayeron Hofní y Finehás. El propio Elí murió tras enterarse de que el arca de Jehová había sido tomada (1 Samuel 3:10-18; 4:1-18).

Mientras tanto, la fama de Samuel como profeta fiel fue consolidándose. La Biblia dice que "Jehová mismo resultó estar con él" y nunca dejó que fallaran sus predicciones (1 Samuel 3:19).

"Samuel clamó a Jehová"

¿Quiere decir entonces que Israel siguió la dirección de Samuel y se convirtió en un pueblo fiel y espiritual? Para nada. Llegó el momento en el que la nación no se conformó con que un simple profeta los dirigiera. Querían un rey como las demás naciones. Samuel accedió a su solicitud por mandato divino. Sin embargo, tenía que advertirles de la gravedad de aquel pecado. No estaban rechazando a un



Samuel se armó de valor para transmitir con fe el juicio divino contra Elí



simple hombre, sino a Jehová mismo. Así que convocó al pueblo en Guilgal.

Allí se respiraba un ambiente tenso. El envejecido Samuel repasó su historial de fe e integridad con el pueblo. Entonces "clamó a Jehová" y le pidió que enviara una tormenta (1 Samuel 12:17, 18).

Samuel pidió con fe que Jehová enviara una tormenta, y su oración obtuvo respuesta

¿Una tormenta en la temporada seca? ¡Aquello era algo inconcebible! Pero cualquier indicio de incredulidad o ánimo de burla pronto desaparecería. De repente, oscuras nubes cubrieron el cielo y un fuerte viento doblegó el trigo de los campos. Retumbaron truenos ensordecedores y finalmente comenzó a llover. ¿Cómo reaccionó el pueblo? "Tuvo gran temor de Jehová y de Samuel." Por fin se daban cuenta de la gravedad de su pecado (1 Samuel 12:18, 19).

Fue Jehová, no Samuel, quien logró sensibilizar el corazón de aquel pueblo rebelde. Desde la infancia hasta la vejez, Samuel ejerció fe en su Dios y fue bendecido por ello. Jehová no ha cambiado: podemos estar seguros de que si cultivamos una fe como la de Samuel, contaremos con su apoyo.



Siguió adelante pese a los golpes de la vida

EN UN solo día, la guerra contra los filisteos se había cobrado la vida de 30.000 israelitas. Y eso sin contar las 4.000 bajas de un combate anterior. El pueblo de Siló estaba anegado en lágrimas. Incontables niños y mujeres lloraban la pérdida de sus seres queridos: padres, esposos, hermanos e hijos que jamás volverían a casa. Tales muestras de dolor tuvieron que haber afectado profundamente al profeta Samuel (1 Samuel 4:1, 2, 10).

Esta desgracia es parte de una serie de trágicos sucesos. Todo comenzó cuando Hofní y Finehás, los malvados hijos del sumo sacerdote Elí, llevaron el arca del pacto —símbolo de la presencia divina— desde Siló hasta el campo de batalla. Al parecer, los israelitas pensaban que tenerla con ellos les aseguraría la victoria. Pero aquel cofre, que solía guardarse en un lugar sagrado del tabernáculo (la tienda que servía de templo), no era un simple amuleto. Los filisteos vencieron a los israelitas, tomaron el Arca y mataron a los hijos de Elí (1 Samuel 4:3-11).

Hacía siglos que el Arca había honrado con su presencia a Siló. Por eso, al enterarse de que estaba en manos de los filisteos, Elí —quien ya tenía 98 años de edad— se cayó de su silla y murió. Y su nuera, que acababa de enviudar, también falleció ese mismo día dando a luz. Sus últimas palabras fueron: “La gloria se ha ido de Israel al destierro”. Así es: sin el arca del pacto, la gloria de Siló quedaría en el olvido (1 Samuel 4:12-22).

Todo aquello debió de ser un duro golpe para Samuel. Pero su fe no podía fallarle ahora. Su deber era ayudar al pueblo a recuperar el favor y la protección de Jehová. Puesto que nosotros también estamos expuestos a sufrir desilusiones y golpes en la vida, veamos qué podemos aprender del ejemplo de Samuel.

Defendió la justicia

Tras la historia que acabamos de leer, la Biblia pasa a contarnos el castigo que sufrieron los filisteos por tomar el Arca y cómo se vieron obligados a devolverla. Cuando reaparece el profeta en escena, ya han transcurrido veinte años de eso (1 Samuel 7:2). ¿Qué hizo durante todo ese tiempo? No hay que adivinarlo.

La Biblia dice que, en el período anterior a la guerra, “la palabra de Samuel *continuó* llegando a todo Israel”, lo cual indica que el profeta había estado instruyendo al pueblo constantemente (1 Samuel 4:1). Y tras la guerra siguió haciendo lo mismo. En 1 Samuel 7:15-17 leemos que tenía la costumbre de visitar las mismas tres ciudades año tras año para solucionar las disputas de sus habitantes y darles instrucciones. Luego regresaba a Ramá, donde tenía su hogar. No hay duda, entonces, de que durante esos veinte años se mantuvo, como siempre, muy ocupado.

El mal ejemplo de los hijos de Elí —hombres corruptos e inmorales— había erosionado la fe del pueblo. Como resultado, muchos se entregaron a la idolatría. Tras veinte años de labor y afán, Samuel les dijo a sus hermanos israelitas:

"Si con todo su corazón están volviéndose a Jehová, quiten de en medio de ustedes los dioses extranjeros y también las imágenes de Astoret, y dirijan su corazón inalterablemente a Jehová y sírvanle solo a él, y él los librará de la mano de los filisteos" (1 Samuel 7:3).

Lo cierto es que "la mano de los filisteos" estaba oprimiendo sin compasión al pueblo. Como el ejército israelita había sido prácticamente destrozado, sus enemigos pensaban que podían abusar de ellos con impunidad. Y ahora Samuel les presentaba la posibilidad de regresar a Jehová y recuperar la libertad. ¿Lo escucharon? Sí, pues se deshicieron de sus ídolos y "empezaron a servir solo a Jehová". El profeta, sin duda muy complacido, los congregó a todos en Mizpá, una ciudad que quedaba en la región montañosa al norte de Jerusalén. Allí ayunaron y le demostraron a Jehová que estaban arrepentidos de su idolatría (1 Samuel 7:4-6).

Pero los filisteos vieron aquella reunión como una oportunidad para aplastar a los adoradores de Jehová, así que fueron contra ellos. Cuando los israelitas supieron del peligro que los amenazaba, se aterrorizaron y le pidieron a Samuel que clamara a Jehová por ayuda. Este accedió y acompañó su oración de una ofrenda quemada. Aún no había terminado de hacer el sacrificio cuando los filisteos atacaron la ciudad. Pero Jehová escuchó el clamor de su pueblo e hizo que el cielo "tronara con gran estruendo [...] contra los filisteos", con lo que provocó una gran confusión (1 Samuel 7:7-10).

Sin embargo, los filisteos eran guerreros curtidos en fieras batallas; no eran niños, que con un simple trueno corren a la falda de sus madres. Aun así, huyeron por sus vidas. ¿Qué los asustó tanto? Tal vez el "gran estruendo" retumbó en las colinas, o quizá provino de un cielo despejado. En cualquier caso, aquel acto sobrenatural convirtió a los depredadores en presas. Los israelitas salieron de Mizpá y persiguieron a los filisteos por kilómetros y kilómetros hasta llegar al suroeste de Jerusalén (1 Samuel 7:11).

La batalla de Mizpá marcó un antes y un después en la historia de Israel. Durante el resto de los días que Samuel sirvió de juez, los israelitas siguieron ganando terreno y recuperaron muchas de las ciudades que los filisteos habían conquistado (1 Samuel 7:13, 14).

Siglos más tarde, el apóstol Pablo incluyó a Samuel entre los jueces y profetas que "efectuaron justicia" (Hebreos 11:32, 33). Así es, Samuel contribuyó a que se hiciera lo que era justo y recto a los ojos de Jehová. Y lo logró porque, en lugar de dejarse vencer por las dificultades, siguió realizando su labor mientras esperaba con paciencia a que Jehová enderezara los asuntos. Además, demostró ser una persona agradecida. Tras la victoria en Mizpá, levantó un monumento para recordar lo que Dios había hecho a favor del pueblo (1 Samuel 7:12).

Si queremos hacer lo que es justo a los ojos de Jehová, tenemos que ser pacientes, humildes y agradecidos, como lo



¿Cómo ayudó Samuel al pueblo a reponerse de una terrible tragedia?

fue Samuel. ¿Y quién no tiene necesidad de cultivar esas cualidades? A Samuel le fue muy útil desarrollarlas cuando todavía era un hombre joven, pues en su vejez afrontó pruebas y desilusiones mucho más graves, como veremos a continuación.

"Tus propios hijos no han andado en tus caminos"

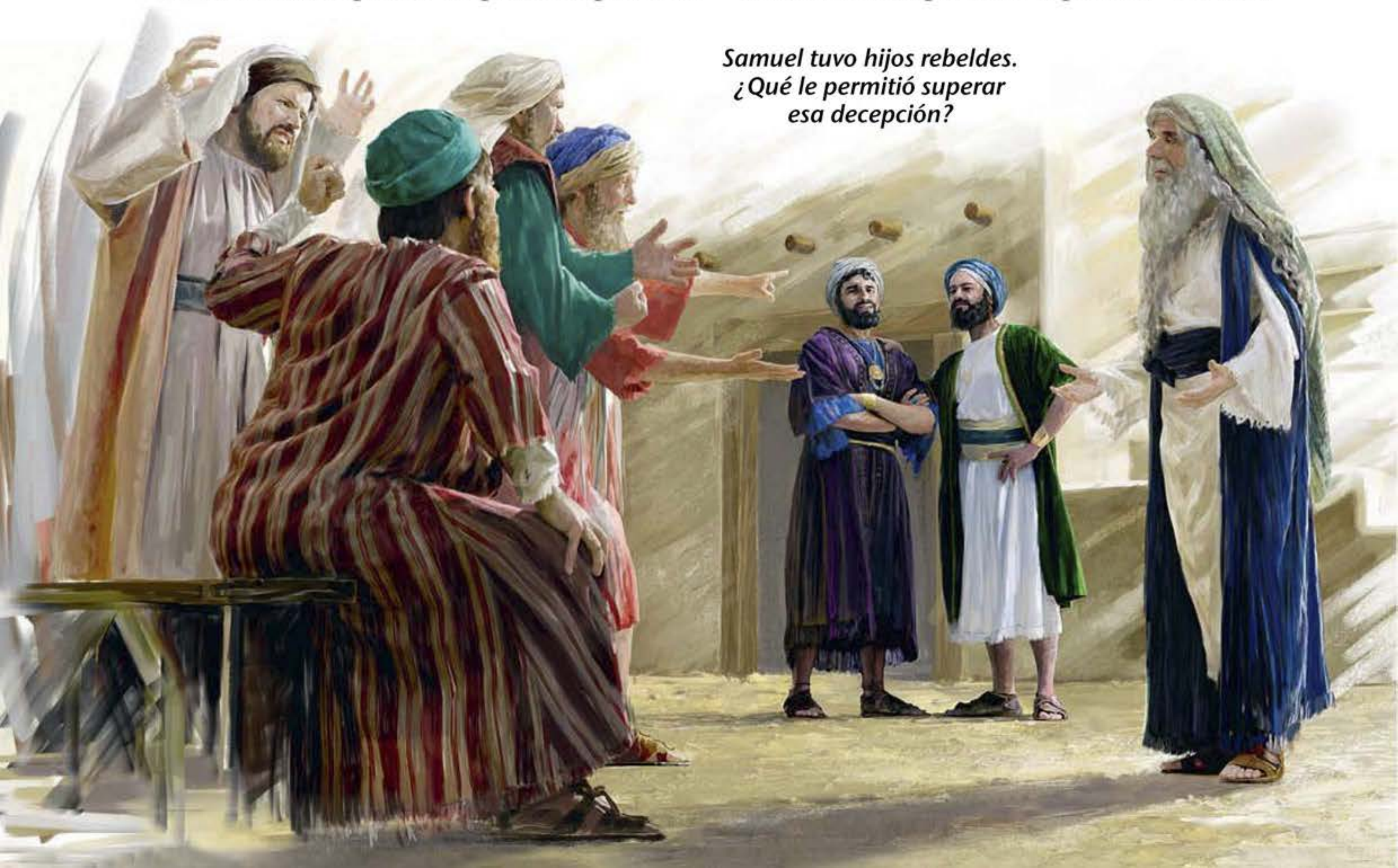
La siguiente vez que aparece Samuel en el relato, ya ha envejecido y necesita ayuda para escuchar las causas del pueblo. Por eso, nombra jueces a sus dos hijos: Joel y Abías. Pero estos no hacen honor al nombre de su padre. En vez de seguir su ejemplo, abusan de su autoridad, cometen injusticias y aceptan sobornos (1 Samuel 8:1-3).

Un día, los ancianos de Israel presentaron la siguiente queja a Samuel: "Tus propios hijos no han andado en tus caminos" (1 Samuel 8: 4, 5). ¿No sabía Samuel lo que hacían sus hijos? El registro no lo indica. Pero seguro que tras ver lo que hizo Jehová con Elí por ser permisivo y honrar a sus hijos más que a Dios, Samuel se esforzó por ser un padre irreprensible (1 Samuel 2:27-29). Y, de hecho, Jehová no halló falta en la conducta del profeta.

El relato tampoco dice lo que sintió Samuel al enterarse del mal comportamiento de sus hijos. Pero muchos padres saben lo vergonzoso y descorazonador que eso puede ser. Hoy es común que los hijos se rebelen contra sus padres. La falta de respeto y sumisión se ha convertido en una verdadera plaga (2 Timoteo 3:1-5). ¿Sufre usted a causa de un hijo que ni oye consejos ni responde a la disciplina? En tal caso, hallará consuelo y guía al analizar la forma de actuar de Samuel. Él se mantuvo fiel, sin desviarse ni un milímetro de su camino. Recuerde: las palabras mueven, pero el ejemplo arrastra. Así que nunca subestime la influencia que su ejemplo de fidelidad puede ejercer en su hijo. Además, su propio Padre, Jehová, se sentirá orgulloso de usted por su conducta leal.

"Nómbranos un rey"

Jamás se imaginaron los hijos de Samuel los efectos que su ambición produciría en otras personas. Tras señalar su mala conducta, los ancianos le pidieron al profeta: "Nómbra-



Samuel tuvo hijos rebeldes. ¿Qué le permitió superar esa decepción?

nos un rey que nos juzgue, sí, como todas las naciones". ¿Tomó esto Samuel como un rechazo a su persona? Después de todo, llevaba décadas juzgando al pueblo en representación de Jehová. Y ahora ellos querían que los gobernara un monarca, no un simple profeta como él. Estaban cansados de ser el único país de la región que no tenía su propio rey. Pues bien, ¿qué le pareció a Samuel dicha petición? El relato dice: "Aquella cosa fue mala a [sus] ojos" (1 Samuel 8:5, 6).

Samuel expuso el problema a Jehová, quien le contestó: "Escucha la voz del pueblo en cuanto a todo lo que te digan; porque no es a ti a quien han rechazado, sino que es a mí a quien han rechazado de ser rey sobre ellos". Así Jehová le hizo ver que no había razón para que se sintiera ofendido, pues era a Él a quien el pueblo había insultado. Entonces, mediante el profeta, Jehová les advirtió a los israelitas que tener un monarca les saldría caro. Pero ellos no dieron su brazo a torcer e insistieron: "No, sino que un rey es lo que llegará a haber sobre nosotros". Cuando Dios les eligió uno y mandó a Samuel a ungirlo, este obedeció, como siempre había hecho (1 Samuel 8:7-19).

Pero ¿obedeció esta vez de mala gana? ¿Permitió que la desilusión envenenara su corazón? Más de uno se ha amargado en situaciones parecidas, pero no Samuel. Reconociendo que Dios había seleccionado a Saúl para gobernar al pueblo, lo ungió y hasta lo besó, demostrándole así que lo recibía con agrado y que le ofrecía su lealtad. Además, les señaló a los israelitas: "¿Han visto al que Jehová ha escogido, que no hay ninguno como él entre todo el pueblo?" (1 Samuel 10:1, 24).

Samuel siempre mantuvo una actitud positiva. En vez de fijarse en los puntos débiles del hombre a quien Dios había elegido, se centró en sus virtudes. Y en vez de amargarse por no contar con la aprobación de aquella gente caprichosa, se concentró en el fiel servicio que le había ofrecido a Dios desde hacía tantos años (1 Samuel 12:1-4). Además, siguió cumpliendo con su comisión, pues advirtió a la nación de los peligros espirituales que la amenazaban y la animó a permanecer leal a Jehová. Sus palabras conmovieron tanto a los israelitas que le pidieron que orara por ellos. A esto, Samuel respondió: "Es inconcebible, por mi parte, pecar contra Jehová cesando de orar a favor de ustedes; y tengo que instruirles en el camino bueno y recto" (1 Samuel 12:21-24).

¿Alguna vez le han concedido a otra persona un puesto o privilegio que esperaba recibir usted? ¿Se sintió decepcionado? Si imitamos a Samuel, jamás dejaremos que echen raíces en nuestro corazón los celos ni la amargura. Recordemos que Dios le concede a cada uno de sus siervos fieles la oportunidad de realizar muchas tareas gratificantes.

"¿Hasta cuándo estarás de duelo por Saúl[?]"

Saúl en verdad poseía virtudes muy valiosas. No le faltaba ni coraje ni ingenio y su porte era imponente. Además, al menos en sus comienzos, fue un hombre modesto y sin pretensiones (1 Samuel 10:22, 23, 27). Y, como todos, contaba con el precioso don del libre albedrío, o sea, la capacidad de elegir por sí mismo el curso de su vida y tomar sus propias decisiones (Deuteronomio 30:19). ¿Usaría bien ese don?

Lamentablemente, la gloria y el poder suelen anular las buenas cualidades de los hombres, y la primera que desaparece es la modestia. En poco tiempo, Saúl se hizo arrogante. En lugar de obedecer las órdenes divinas que Samuel le transmitió, se impacientó y ofreció un sacrificio, labor que le correspondía únicamente al profeta. Por eso, Samuel lo reprendió y le anunció que la corona no pasaría a sus descendientes. Pero en vez de corregirse, Saúl desobedeció a Dios de forma aún más descarada (1 Samuel 13:8, 9, 13, 14).

Jehová le había ordenado mediante Samuel que guerreara contra los amalequitas,

destruyera sus posesiones y ejecutara a Agag, su malvado rey. Sin embargo, Saúl le perdonó la vida al rey y conservó lo mejor del botín. Al corregirlo, Samuel pudo darse cuenta de lo mucho que Saúl había cambiado. Lejos de aceptar con humildad la disciplina, se puso a discutir con el profeta, justificándose y tratando de minimizar su error. ¡Hasta le echó la culpa al pueblo! Una de sus excusas fue que había tomado lo más selecto del rebaño para sacrificarlo a Jehová. Cuando escuchó esto, Samuel le contestó: "Obedecer es mejor que un sacrificio". Sin ningún temor, le comunicó al rey la sentencia divina: su reino le sería arrancado y alguien mejor que él ocuparía su lugar (1 Samuel 15:1-33).

Samuel estaba tan apenado por las faltas de Saúl que se pasó toda una noche clamando a Jehová, y más adelante se puso de duelo por él. ¡Qué desilusionado lo debieron hacer sentir su arrogancia y su desobediencia a Jehová! Y pensar que cuando lo conoció tenía tanto potencial... Ya no quiso volver a verlo jamás. Al notar que el asunto lo tenía tan consternado, Jehová le llamó la atención, diciéndole: "¿Hasta cuándo estarás de duelo por Saúl, en tanto que yo, por otra parte, lo he rechazado para que no reine sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite y anda. Te enviaré a Jesé el betlemita, porque entre sus hijos me he provisto un rey" (1 Samuel 15:34, 35; 16:1).

Para cumplir su voluntad, Jehová no depende de seres humanos imperfectos, quienes pueden ser hoy leales y mañana no. Si alguien escogido por él lo traiciona, busca a otro. Así que Samuel dejó de lamentarse por Saúl y se dirigió a la casa de Jesé en Belén para ungir al nuevo rey. Allí vio que Jesé tenía varios hijos que a primera vista parecían ser buenos candidatos. No obstante, Jehová se encargó de recordarle: "No mires su apariencia ni lo alto de su estatura [...]. Porque no de la manera como el hombre ve es como Dios ve, porque el simple hombre ve lo que aparece a los ojos; pero en cuanto a Jehová, él ve lo que es el corazón" (1 Samuel 16:7). Por fin, le trajeron a David, el más joven de los hijos, y ese resultó ser el elegido.

Antes de culminar su vida, Samuel pudo ver que la decisión de reemplazar a Saúl con David había sido acertada. Saúl se hacía cada vez más perverso, convirtiéndose en un apóstata dominado por los celos y el odio asesino. En cambio, David dejaba ver hermosas cualidades: valor, integridad, fe y lealtad. La fe de Samuel se fortaleció aun más durante sus últimos días. Comprobó que Jehová nos puede ayudar a reponernos de cualquier desilusión y a superar nuestras dificultades, y que puede convertir los golpes y sinsabores de la vida en bendiciones. Tras la muerte de Samuel, el pueblo entero lloró su ausencia. Y no es de extrañar, pues por casi un siglo se labró un intachable historial de fiel servicio. Aún hoy, los siervos de Dios hacen bien en preguntarse: "¿Imitaré yo la fe de Samuel?".





"He creído"

MARTA no lograba quitarse de la cabeza la imagen de la tumba de su hermano: una cueva sellada con una piedra. Su pena era tan negra y pesada como aquella losa. No podía creer que su amado hermano la hubiera abandonado. Desde que él había exhalado su último aliento, cuatro días atrás, su vida se había convertido en una larga sucesión de lamentos, visitantes y condolencias.

Y ahora, ante ella, estaba el hombre que más apreciaba su hermano Lázaro. Ver de nuevo a Jesús le abrió la herida de su corazón, pues era el único ser en el mundo que podía haberlo sanado. No obstante, Marta halló consuelo al hablar con Jesús allí, en las afueras de la aldea de Betania. En pocos minutos volvió a sentirse reconfortada por la dulce mirada y la profunda compasión que siempre la animaba. Jesús le hizo preguntas que la ayudaron a centrarse en su fe y en su creencia en la resurrección. La conversación condujo a Marta a pronunciar una de las expresiones más significativas que jamás salieran de su boca: "Yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, Aquel que viene al mundo" (Juan 11:27).

Marta era una mujer de gran fe. Lo poco que dice la Biblia sobre ella nos transmite magistrales lecciones que hacen que nuestra fe se fortalezca. Pero antes de centrarnos en su ejemplo, repasemos el primer relato bíblico en que aparece nuestro personaje.



A pesar de su dolor, Marta permitió que Jesús la ayudara a concentrarse en temas que fortalecieran su fe

"Inquieta y turbada"

Aquello aconteció meses atrás en Betania. Estando bien de salud, Lázaro se dispuso a acoger en su casa a la visita más importante de todas, nada más y nada menos que a Jesucristo. Lázaro, Marta y María componían una familia diferente: los tres hermanos compartían el mismo techo. Algunos estudiosos indican que Marta debió de ser la mayor, pues parece que actuó como anfitriona y se la menciona primero (Juan 11:5). No tenemos

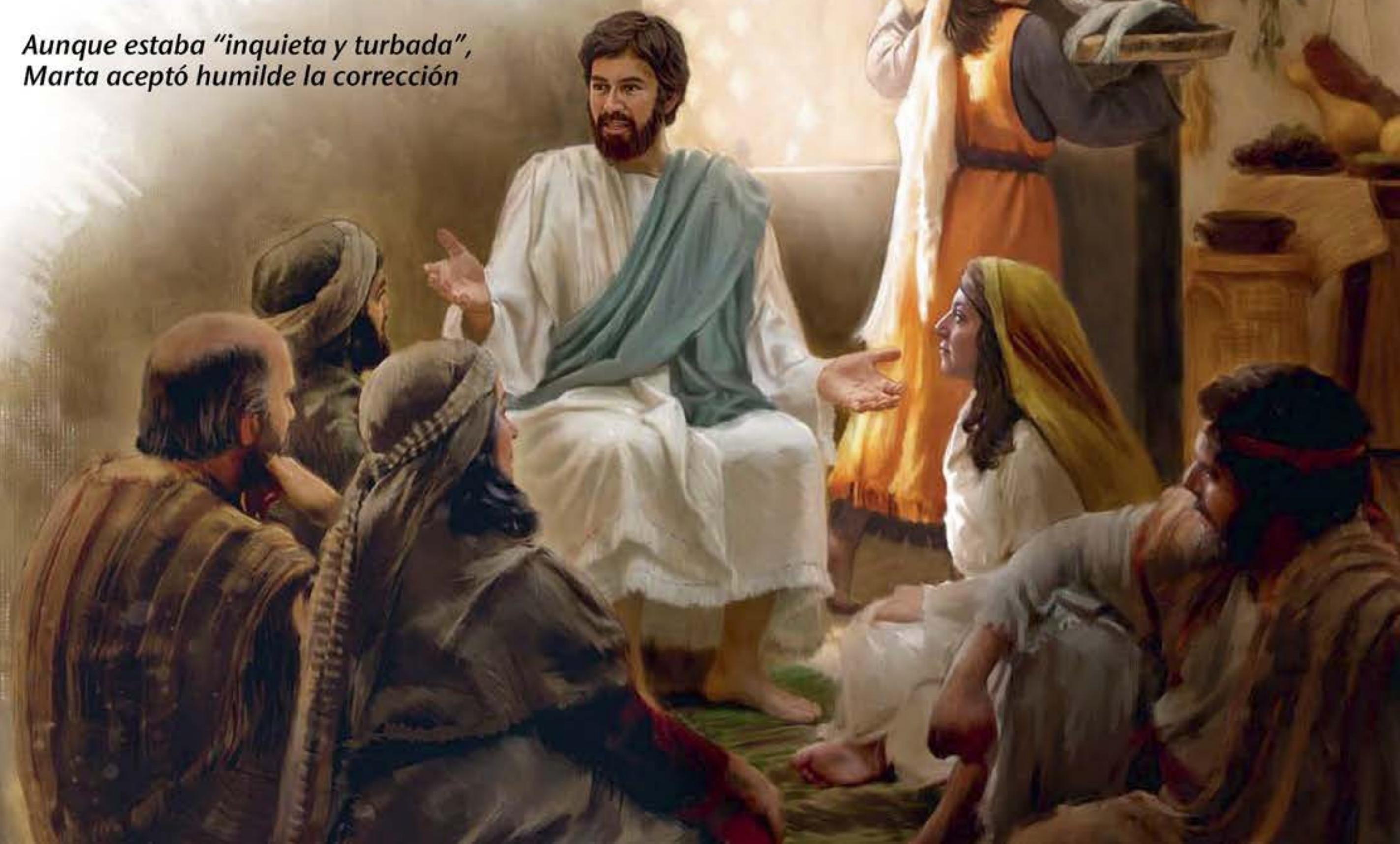
forma de saber si alguno de los tres se casó alguna vez, pero lo que en realidad importa es que cultivaron una amistad íntima con Jesús. Durante su ministerio en Judea, donde se enfrentó a mucha hostilidad y oposición, Jesús vivió en casa de sus amigos. Sin duda, estaba muy a gusto en aquel remanso de paz y amistad.

Marta tenía un papel fundamental en la hospitalidad y comodidad de su hogar. Era una mujer hacendosa que siempre andaba trajinando por la casa, y para la visita de Jesús no iba a ser menos. De modo que planeó una comida especial con muchos platos que deleitaran a su distinguido huésped y a sus posibles acompañantes. La hospitalidad era muy importante en la sociedad de aquel tiempo. Cuando llegaba un invitado, lo recibían con un beso, le quitaban las sandalias, le lavaban los pies y le untaban el cabello con relajante aceite aromático (Lucas 7:44-47). Y en cuanto al alojamiento y las comidas, no podía faltar ningún detalle.

Marta y María tenían mucho trabajo que hacer. Seguramente María, que a veces se pinta como la más sensible y espiritual de las dos, ayudó a su hermana al principio, pero las cosas cambiaron en cuanto llegó Jesús. Él aprovechó la ocasión para impartir sus enseñanzas, ¡y con qué maestría! A diferencia de los líderes religiosos de su día, Jesús respetaba a las mujeres y con gusto les hablaba del Reino de Dios, el tema de su ministerio. María, entusiasmada, se sentó a los pies de Jesús y no se perdió ni una sola palabra.

Es fácil imaginar que a Marta le hirviera la sangre. La tensión e inquietud crecía en su interior a medida que cocinaba y hacía todos los demás preparativos para sus invitados. ¿Se le subirían los colores, suspiraría o frunciría el ceño al ir de un lugar a otro y ver a su hermana allí sentada sin hacer nada por ayudarla? Quizá sí. Al fin y al cabo, ella sola no podía hacerlo todo.

Al final, Marta no pudo aguantar más su disgusto y explotó. Interrumpió a Jesús diciéndole: "Señor, ¿no te importa que mi her-



Aunque estaba "inquieta y turbada", Marta aceptó humilde la corrección

mana me haya dejado sola para atender las cosas? Dile, por lo tanto, que me ayude" (Lucas 10:40). Aquella pregunta llevaba mucha carga. Acto seguido le pidió a Jesús que regañara a María y que la obligara a volver a sus tareas.

Probablemente, la respuesta de Jesús sorprendió a Marta, como ha sorprendido a tantos lectores de la Biblia desde entonces. Él le contestó con cariño: "Marta, Marta, estás inquieta y turbada en cuanto a muchas cosas. Son pocas, sin embargo, las cosas que se necesitan, o solo una. Por su parte, María escogió la buena porción, y no le será quitada" (Lucas 10:41, 42). ¿Qué quiso decir Jesús? ¿Estaba acusando a Marta de materialista o subestimando el trabajo arduo que suponía preparar una buena comida?

No. Jesús vio enseguida que los motivos de Marta eran nobles. Además, evidentemente no creía que estuviera mal hacer gala de una hospitalidad exquisita, pues había acudido con gusto al "gran banquete" que Mateo había ofrecido en su honor poco tiempo atrás (Lucas 5:29). El problema no era la comida, sino las prioridades de Marta, que estaba tan enfrascada elaborando los platos que perdió de vista lo principal. ¿De qué se trataba?

Jesús, el Hijo unigénito de Dios, había ido a la casa de Marta a enseñar la verdad. Nada podía ser más importante, ni siquiera la deliciosa comida ni los bondadosos preparativos que ella había hecho. Seguramente, Jesús se sintió triste al ver que su amiga se perdía esa oportunidad única de aumentar su fe, pero la dejó que tomara su decisión. Ahora bien, Jesús no iba a obligar a María a que también se la perdiese.

A fin de calmar los exaltados nervios de Marta, Jesús la corrigió repitiendo con dulzura su nombre. Le aseguró que no había necesidad de estar "inquieta y turbada en cuanto a muchas cosas", pues una comida sencilla de uno o dos platos habría sido suficiente, sobre todo cuando tenían ante sí un banquete espiritual. Pero lo que estaba claro era que no iba a quitarle a María "la buena porción" que había elegido, es decir, la de escucharlo.

Esta escena doméstica contiene muchas lecciones para los discípulos de Cristo hoy. Por ejemplo, que no debemos permitir que nada nos impida satisfacer nuestra "necesidad espiritual" (Mateo 5:3). Aunque queremos imitar el espíritu generoso y diligente de Marta, nunca debemos inquietarnos tanto por los aspectos secundarios de la hospitalidad que nos perdamos lo más importante. Nuestro principal objetivo al juntarnos con nuestros hermanos no debe ser disfrutar de un banquete, sino animarnos e intercambiar dones espirituales (Romanos 1:11, 12). La comida más sencilla puede dar pie a una ocasión sumamente edificante.

Recobran a un hermano amado

¿Aceptó Marta la reprensión de Jesús y aprendió de ella? No hace falta especular. El apóstol Juan, en la introducción del apasionante relato de Lázaro, nos dice: "Ahora bien, Jesús amaba a Marta y a su hermana y a Lázaro" (Juan 11:5). Habían pasado meses desde la última vez que Jesús estuvo en Betania, y está claro que Marta no estaba dolida con él ni le abrigaba ningún rencor. Todo lo contrario, había aceptado su consejo de buena gana. En este campo también Marta dio un magnífico ejemplo de fe, porque ¿quién no necesita de vez en cuando algún tipo de corrección?

Cuando Lázaro enfermó, Marta se encargó de cuidarlo. Hizo todo lo que pudo para que se aliviara y recuperara; sin embargo, empeoraba cada vez más. Hora tras hora, día tras día, sus hermanas lo atendían con esmero. ¿Cuántas veces miraría Marta el demacrado rostro de su hermano y recordaría las alegrías y las penas que habían vivido juntos durante tantos años?

Al ver que Lázaro no tenía remedio, las hermanas enviaron un mensaje a Jesús, que estaba predicando a dos días de distancia. Sus palabras fueron directas: "Señor, ¡mira!, está enfermo aquel a quien le tienes cariño" (Juan 11:1, 3). Sabían que Jesús apreciaba mucho a su hermano y tenían la certeza de que haría cualquier cosa por ayudarlo. No obstante, sus esperanzas de que Jesús llegara antes de que fuera demasiado tarde quedaron truncadas: Lázaro murió.

Juntas lloraron a su hermano, se encargaron de los preparativos del funeral y recibieron a las muchas visitas de Betania y sus alrededores. Pero Jesús no aparecía. Seguramente Marta se sentía cada vez más desconcertada. Por fin, cuatro días después de la muerte de Lázaro, se enteró de que Jesús venía de camino y estaba cerca de la aldea. Con ese ímpetu que la caracterizaba, incluso en este momento sombrío de su vida, se levantó y, sin decir ni una palabra a María, corrió al encuentro de Jesús (Juan 11:20).

En cuanto Marta vio a su Maestro, expresó con palabras la idea que había atormentado a las dos hermanas por días: "Señor, si hubieras estado aquí mi hermano no habría muerto". Con todo, no había perdido su fe y esperanza, pues añadió: "Y sin embargo, actualmente sé que cuantas cosas pidas a Dios, Dios te las dará". Al instante, Jesús le dijo algo que avivó su esperanza: "Tu hermano se levantará" (Juan 11:21-23).

Ella pensó que Jesús se refería al futuro, así que contestó: "Yo sé que se levantará en la resurrección en el último día" (Juan 11:24). ¡Qué fe tan impresionante! Pese a que los saduceos —maestros religiosos judíos— negaban la resurrección, Marta creía firmemente en esta enseñanza tan clara de las Santas Escrituras (Daniel 12:13; Marcos 12:18). Sabía, además, que Jesús predicaba la resurrección y que incluso había devuelto la vida a varias personas, aunque hasta la fecha a nadie que hubiera estado muerto tantos días como Lázaro. Marta se preguntaba qué pasaría.

A continuación, Jesús hizo una declaración insólita que confirma que su Padre le ha dado la potestad para que en el futuro realice resurrecciones a escala mundial. Dijo: "Yo soy la resurrección y la vida". Jesús le preguntó a Marta: "¿Crees tú esto?". Entonces ella dio la respuesta que vimos al inicio del artículo. Marta tenía fe en que Jesús era el Cristo —o Mesías—, que era el Hijo de Dios y que había de venir al mundo, como anunciaron los profetas (Juan 5:28, 29; 11:25-27).

¿Valoran Jehová y Jesucristo esa clase de fe? Los acontecimientos que se sucedieron suministran una respuesta inequívoca. Marta corrió a buscar a su hermana. Luego vio que Jesús se emocionó profundamente cuando habló con María y los muchos dolientes que la acompañaban. Fue testigo de las lágrimas que derramó su Maestro al no ocultar su intenso pesar por el dolor que causa la muerte y, además, lo oyó pedir que se retirara la losa que sellaba la tumba de su hermano (Juan 11:28-39).

Tan lógica como siempre, Marta objetó diciendo que el cuerpo olería mal después de cuatro días. Pero Jesús le recordó: "¿No te dije que si creías habrías de ver la gloria de Dios?". Marta creyó, y vio de manera espectacular la gloria de Dios. En aquel preciso instante, Dios facultó a su Hijo para resucitar a Lázaro. Pensemos en las imágenes que quedarían grabadas a fuego en la memoria de Marta: la orden que Jesús dio a Lázaro para que saliera; el leve sonido que este produciría al levantarse envuelto en telas mortuorias y avanzar hasta la entrada; el mandato de Jesús para que lo 'desataran y lo dejaran ir', y, por supuesto, el entrañable abrazo con el que se fundieron los tres hermanos (Juan 11:40-44). La losa en el corazón de Marta había desaparecido.



La fe de Marta fue recompensada cuando vio resucitar a su hermano

Este relato demuestra que la resurrección de los muertos no es una mera ilusión; es una consoladora enseñanza bíblica probada con hechos reales. Jehová y su Hijo desean recompensar la fe de sus siervos, como lo hicieron en el caso de Marta, María y Lázaro. Las recompensas serán innumerables para todos los que cultiven una fe sólida como la de Marta.*

"Marta estaba sirviendo"

El relato bíblico menciona a Marta una vez más. Fue al principio de la última semana de la vida terrestre de Jesús. Conocedor de las pruebas que le aguardaban, Jesús volvió a buscar tranquilidad en casa de sus amigos de Betania. Desde allí caminaba los tres kilómetros (dos millas) hasta Jerusalén. Jesús y Lázaro estaban cenando en casa de Simón el leproso, y allí se nos da una última pincelada de nuestro personaje: "Marta estaba sirviendo" (Juan 12:2).

¡No podía ser de otra manera! La primera vez que leemos sobre ella en la Biblia la hallamos trabajando, y la última también la dejamos trabajando, esforzándose al máximo por atender las necesidades ajenas. Hoy en día, las congregaciones cristianas disfrutan de tener mujeres como Marta, mujeres resueltas y generosas, cuya fe las impulsa a desvivirse por los demás. De seguro Marta siguió siendo así. En ese caso hizo bien, pues aún habría de enfrentarse a muchos obstáculos en la vida.

A los pocos días, Marta tuvo que soportar la terrible muerte de su amado Maestro, Jesús, a manos de unos asesinos hipócritas. Ellos mismos habían tratado de matar a Lázaro, porque, a causa de la resurrección de este, mucha gente creía en Jesús (Juan 12:9-11). Y, por supuesto, tarde o temprano la muerte cortó los afectuosos lazos que unían a Marta y a sus hermanos. No sabemos cómo ni cuándo ocurrió, pero podemos estar seguros de que la devota fe de Marta la ayudó a aguantar hasta el fin de sus días. ¡Qué magnífico ejemplo de fe!

---

* Hallará más información sobre la enseñanza bíblica de la resurrección en el capítulo 7 del libro *¿Qué enseña realmente la Biblia?,* editado por los testigos de Jehová.



Se dejó consolar por Dios

ELÍAS corre bajo la lluvia mientras la oscuridad se cierne sobre la región. Todavía queda un buen trecho para llegar a Jezreel, y ya no tiene el vigor de la juventud. Aun así, avanza infatigable, pues "la misma mano de Jehová" está sobre él. La fuerza que impulsa su cuerpo es distinta a todo lo que ha sentido antes. De hecho, ¡ha dejado atrás a los caballos que tiran del carruaje del rey Acab! (1 Reyes 18:46.)

Va muy por delante del monarca y tiene ante sí un largo camino. Imagínelo quitándose las gotas de lluvia de los ojos a la vez que recuerda todo lo acontecido ese día, el más trascendental de su vida. Ya lejano y oculto por la tormenta se alza el monte Carmelo, en cuyas alturas azotadas por el viento Jehová lo ha utilizado para asestar un tremendo y milagroso golpe al culto de Baal. Cientos de profetas paganos han sido justamente ejecutados tras quedar al descubierto sus viles engaños. Sin duda, una gran victoria para el Dios de Elías, Jehová, y para la adoración pura. Elías ruega a Jehová que cese la sequía que ha castigado la tierra por tres años y medio. ¡Y entonces rompe a llover!* (1 Reyes 18:18-45.)

Mientras recorre bajo la intensa lluvia los 30 kilómetros (19 millas) que lo separan de Jezreel, quizás va pensando que las cosas por fin mejorarán. ¡Acab tendrá que cambiar! Después de presenciar lo sucedido en el monte Carmelo, el rey no tendrá más opción que abandonar el culto a Baal, controlar a su reina, Jezabel, y dejar de perseguir a los siervos de Jehová.

Es normal que nos hagamos ilusiones cuando todo parece ir bien. Tal vez pensemos que las cosas seguirán mejorando, e incluso que nuestros peores problemas por fin se acabarán. No sería extraño que Elías se hubiera sentido así, pues "era hombre de sentimientos semejantes a los nuestros" (Santiago 5:17). No obstante, sus quebraderos de cabeza estaban lejos de terminar. Pocas horas después sentiría tanto miedo y desaliento que desearía morir. ¿Qué ocurrió? ¿Y qué hizo Jehová para reavivarle la fe e infundirle valor?

Un giro inesperado

Cuando Acab llega a su palacio en Jezreel, ¿da muestras de haber cambiado, de ser un poco más espiritual? El relato dice: "Acab refirió a Jezabel todo lo que Elías había hecho y todo acerca de cómo había matado a todos los profetas a espada" (1 Reyes 19:1). Observe que el rey ni siquiera menciona a Jehová al relatar aquellos sucesos. Es un hombre carnal que ve esos milagros desde un punto de vista meramente humano y se refiere a ellos como "lo que Elías había hecho". Es obvio que no ha aprendido a respetar a Jehová. ¿Y cómo reacciona la vengativa Jezabel?

Se pone furiosa. Llena de ira, envía este mensaje a Elías: "¡Así hagan los dioses, y así añadan a ello, si mañana a esta hora no hago tu alma como el alma de cada uno de ellos!"

* Véanse los siguientes artículos de la serie "Ejemplos de fe": "Fiel defensor de la adoración pura" y "Se mantuvo vigilante y esperó con confianza", de *La Atalaya* del 1 de enero y 1 de abril de 2008, respectivamente.

(1 Reyes 19:2). Es una auténtica amenaza de muerte. De hecho, la reina ha jurado que si no lo asesina en el plazo de un día para vengar a los profetas de Baal, ella misma deberá morir. Entretanto, Elías duerme en una humilde morada de Jezreel durante aquella noche tormentosa. De pronto, lo despiertan para que escuche al mensajero de la reina pronunciar esas espantosas palabras. ¿Qué siente al oírlas?

Vencido por el temor y el desaliento

Si Elías pensó por un momento que la guerra contra la adoración de Baal estaba por acabar, sus ilusiones se hacen añicos en ese preciso instante. Jezabel no se da por vencida. Ya se ha encargado de asesinar a muchos otros profetas fieles de Jehová, y ahora todo parece indicar que Elías será el siguiente. La Biblia afirma que "a él le dio miedo". ¿Llegó Elías a visualizar en su mente la terrible muerte que Jezabel le tenía reservada? Si el profeta le dio muchas vueltas a ese pensamiento, no sorprende que se desalentara. En cualquier caso, "empezó a irse por su alma", es decir, salió huyendo para salvar el cuello (1 Reyes 18:4; 19:3).



Elías no fue el único hombre de fe que cedió al temor. Al apóstol Pedro le ocurrió algo parecido siglos después. En una ocasión, cuando Jesús hizo que anduviera con él sobre el agua, el apóstol se puso a "mirar a la tempestad de viento", con lo que se asustó y comenzó a hundirse (Mateo 14:30). Los ejemplos de Pedro y de Elías nos enseñan una valiosa lección: para conservar el valor, no debemos pensar mucho en lo que pueda pasarnos. Necesitamos fijar la atención en la Fuente de nuestra esperanza y poder.

"¡Basta!"

Presa del pánico, Elías huye 150 kilómetros (95 millas) al suroeste, a Beer-seba, ciudad situada cerca de la frontera sur de Judá. Allí deja a su servidor y se adentra en el desierto él solo. El relato añade que se fue por "camino de un día". Así que podemos imaginarlo partiendo al amanecer, por lo visto sin nada que echarse a la boca. Deprimido, impelido por el temor y bajo un sol abrasador, lucha por avanzar por un territorio árido y despiadado. A medida que el cegador disco solar se enrojece al descender sobre el horizonte, Elías se queda sin fuerzas. Agotado, se sienta bajo una retama... lo más parecido a un refugio en aquel estéril paraje (1 Reyes 19:4).

Jehová bendijo a Elías de un modo extraordinario, tanto en los buenos momentos como en los malos

En su desesperación, le pide a Jehová que le quite la vida. "No soy mejor que mis antepasados", clama. Sabe que estos solo son polvo y huesos en la tumba, y que no pueden hacer nada bueno por nadie (Eclesiastés 9:10). Elías se siente igual de inútil. Por eso es natural que se pregunte por qué seguir viviendo y que grite "¡Basta!".

¿Debería sorprendernos que un siervo de Dios se haya sentido tan deprimido? No necesariamente. En la Biblia se mencionan varios hombres y mujeres fieles que se sintieron tan tristes que desearon morir, entre ellos Rebeca, Jacob, Moisés y Job (Génesis 25:22; 37:35; Números 11:13-15; Job 14:13).

Actualmente vivimos en "tiempos críticos, difíciles de manejar", y por eso muchas personas, incluso siervos de Dios, a veces caen en el desánimo (2 Timoteo 3:1). Si alguna vez usted se siente así, siga el ejemplo de Elías: exprese sus sentimientos a Dios. Al fin y al cabo, Jehová es "el Dios de todo consuelo" (2 Corintios 1:3). Veamos cómo consoló a Elías.

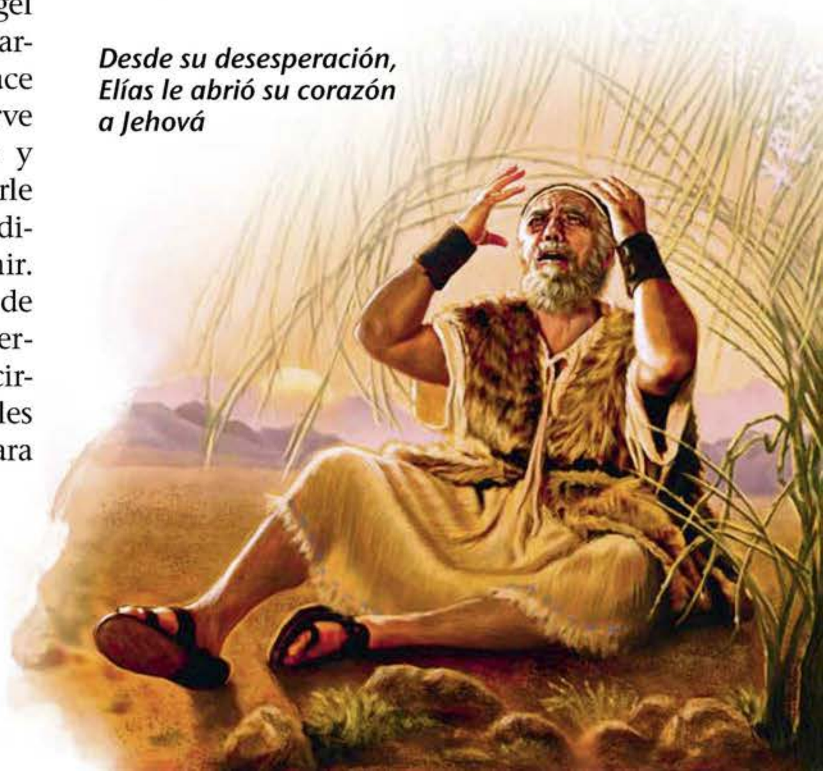
Jehová anima a su profeta

¿Cómo cree usted que se sintió Jehová cuando vio desde el cielo a su amado profeta bajo aquel arbusto del desierto implorando la muerte? No hace falta adivinarlo. Después que Elías se duerme, Jehová le envía un ángel que, tras tocarlo suavemente para despertarlo, le dice: "Levántate, come". Y así lo hace Elías, pues el ángel bondadosamente le sirve una comida sencilla: pan recién hecho y agua. ¿Se acuerda siquiera el profeta de darle las gracias al ángel? El relato solo pasa a indicar que come y bebe y se vuelve a dormir. ¿Está tan descorazonado que es incapaz de hablar? En cualquier caso, el ángel lo despierta por segunda vez, quizás al alba, para decirle: "Levántate, come". Y añade estas notables palabras: "Porque el viaje es demasiado para ti" (1 Reyes 19:5-7).

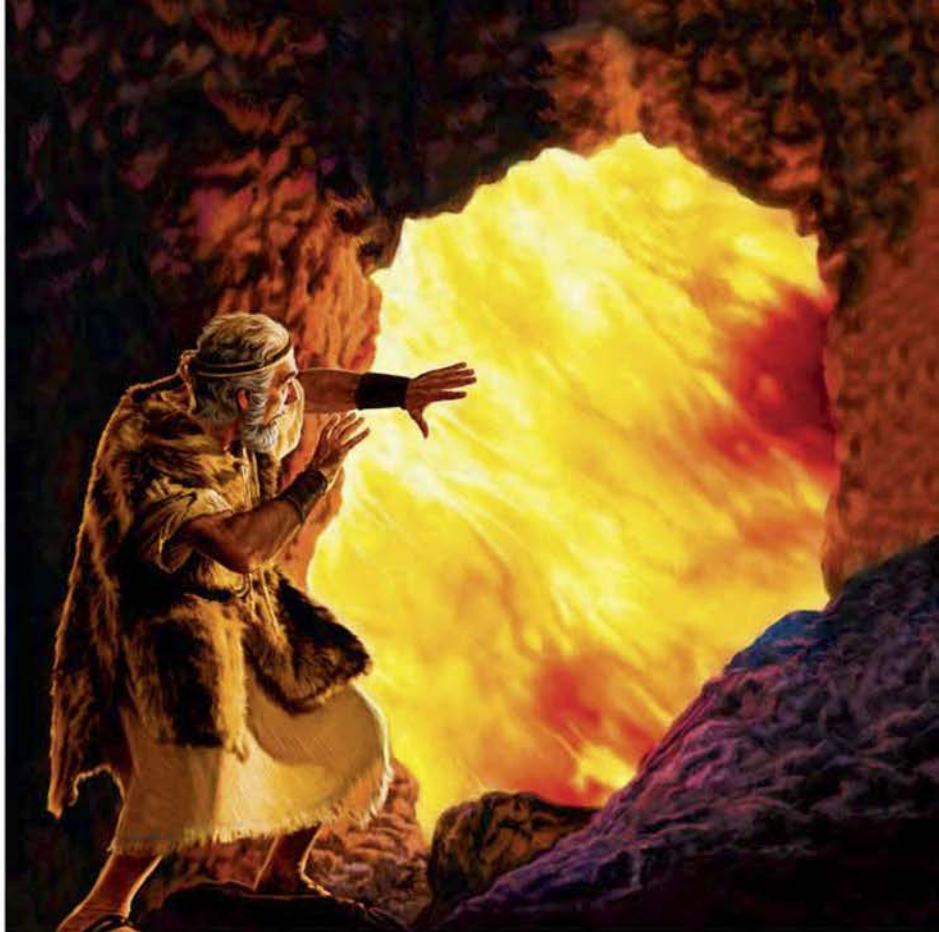
Gracias a la perspicacia que Dios le ha dado, el ángel sabe adónde se dirige el profeta. También percibe que Elías no podrá realizar ese viaje con sus propias fuerzas. ¿Verdad que nos consuela servir a un Dios que conoce nuestros deseos y limitaciones mejor que nosotros mismos? (Salmo 103:13, 14.) ¿Cómo ayudó aquella comida a Elías?

El relato continúa: "Él se levantó y comió y bebió, y siguió yendo por el poder de aquel alimento durante cuarenta días y cuarenta noches hasta la montaña del Dios verdadero, Horeb" (1 Reyes 19:8). Al igual que hicieron Moisés unos seis siglos antes y Jesús casi mil años después, Elías ayunó cuarenta días y cuarenta noches (Éxodo 34:28; Lucas 4:1, 2). Aquella única comida no se llevó todas sus penas, pero lo mantuvo vivo milagrosamente. Imagine a ese hombre de edad luchando para avanzar por aquel desierto inhóspito durante casi un mes y medio... día tras día, semana tras semana.

Jehová también cuida a sus siervos en nuestros días, no con comidas milagrosas, sino con algo mucho más importante: alimento espiritual (Mateo 4:4). Aprender de Dios mediante su Palabra y publicaciones rigurosamente fundadas en la Biblia nos nutre en sentido espiritual. Este tipo de alimento quizás no haga desaparecer todos nuestros proble-



Desde su desesperación, Elías le abrió su corazón a Jehová



Jehová utilizó su asombroso poder para consolar y animar a Elías

mas, pero sí nos ayuda a aguantar lo que de otro modo podría ser insoportable. Además, nos conduce a la vida eterna (Juan 17:3).

Elías camina unos 320 kilómetros (200 millas) hasta que por fin llega al monte Horeb, donde mucho antes Jehová se había aparecido mediante un ángel a Moisés en la zarza ardiente y donde, tiempo después, había establecido el pacto de la Ley con Israel. En ese mismo lugar, Elías se cobija en una cueva.

Jehová consuela y fortalece a su profeta

En el monte Horeb, "la palabra" de Jehová —obviamente transmitida mediante un ángel— consiste en una sencilla pregunta: "¿Qué negocio tienes aquí, Elías?". Es probable que el ángel se la haga con amabilidad, pues el profeta se siente invitado a expresar sus sentimientos. ¡Y cómo los expresa! Le cuenta: "He estado absolutamente celoso por Jehová el Dios de los ejércitos; pues los hijos de Israel han dejado tu pacto, tus altares los han demolido, y a tus profetas los han matado a espada, de modo que solo quedo yo; y empiezan a buscar mi alma para quitármela" (1 Reyes 19:9, 10). Sus palabras revelan al menos tres razones por las que está tan abatido.

En primer lugar, cree que su labor ha sido en vano. A pesar de haber sido "absolutamente celoso" en su servicio a Jehová durante años y de haber dado total prioridad al sagrado nombre de Dios y su adoración, ve que la situación va de mal en peor. El pueblo sigue igual, rebelde y sin fe, y la religión falsa se extiende como la peste. La segunda razón de su desánimo es la soledad que siente. "Solo quedo yo", se lamenta, como si fuera el único que aún sirve a Jehová en toda la nación. Y en tercer lugar, tiene miedo. Muchos profetas como él ya han sido asesinados, y está convencido de que ha llegado su turno. Quizá no se le haga fácil exteriorizar estos sentimientos, pero no deja que el orgullo o la vergüenza se lo impidan. Al abrir su corazón en oración, da un excelente ejemplo a todas las personas fieles a Dios (Salmo 62:8).

¿Cómo alivia Jehová los temores e inquietudes de Elías? El ángel pide al profeta que se ponga de pie a la entrada de la cueva. Él obedece sin saber lo que va a ocurrir. De repente, se desata un vendaval. Las ráfagas deben de emitir un rugido ensordecedor, pues son tan fuertes que desgarran montañas y quiebran peñascos. Intente visualizar a Elías cubriéndose los ojos y apretándose contra el cuerpo su pesada y rústica vestidura de pelo. Acto seguido tiene que luchar para mantener el

equilibrio, pues el suelo comienza a estremecerse. ¡Un terremoto sacude la región! Apenas se ha recuperado, cuando una enorme llamarada lo obliga a entrar en la cueva para resguardarse del calor abrasador (1 Reyes 19: 11, 12).

Según el relato, Jehová no se halla dentro de ninguna de estas espectaculares demostraciones de las fuerzas naturales. Elías sabe que Jehová no es un dios mitológico de la naturaleza como Baal, a quien sus engañados adeptos aclaman como "el Jinete de las Nubes", el que trae las lluvias. Jehová es la verdadera Fuente de todas las increíbles fuerzas naturales y es infinitamente superior a todas sus creaciones. De hecho, ni siquiera los cielos físicos pueden contenerlo (1 Reyes 8:27). Pero ¿cómo ayuda todo esto al profeta? Recuerde el miedo que lo atenaza. Ahora, teniendo a Dios a su lado, con todo ese poder sobrecogedor, ¡ya no hay razón para que tema a Acab y a Jezabel! (Salmo 118:6.)

Tras el fuego, todo queda en calma. Entonces Elías oye "una voz calmada y baja" que lo insta a desahogarse de nuevo, de modo que expresa sus preocupaciones por segunda vez.* Aunque eso quizás lo alivia aún más, lo que la "voz calmada y baja" dice a continuación es sin duda de mayor consuelo para él: Jehová le asegura que es muy valioso. ¿Cómo lo hace? Le revela gran parte de su propósito a largo plazo respecto a la guerra contra el culto de Baal en Israel. Y puesto que ese propósito avanza imparable, es obvio que la labor de Elías ha valido la pena. Además, Jehová todavía cuenta con él, pues le encomienda una nueva misión y le da instrucciones específicas para cumplirla (1 Reyes 19:12-17).

¿Y qué puede decirse de los sentimientos de soledad de Elías? Jehová toma dos medidas para aliviarlos. En primer lugar, le manda que unja a Eliseo para que sea el profeta que con el tiempo lo reemplazará. Este hombre más joven será su compañero y ayudante por unos cuantos años. ¡Qué medida tan práctica! En segundo lugar, Jehová le revela esta emocionante noticia: "He dejado que siete mil permanezcan en Israel, todas las rodillas que no se han doblado a Baal, y toda boca que no lo ha besado" (1 Reyes 19:18). Elías no está solo, ni mucho menos. Debe de sentirse muy bien al saber que esos miles de fieles se han negado a idolatrar a Baal. Ellos necesitan que él continúe con su fiel servicio, que les dé un ejemplo de lealtad inquebrantable en tiempos tan tenebrosos. Las palabras del mensajero de Jehová —la "voz calmada y baja" de su Dios— sin duda lo conmueven profundamente.

Al igual que a Elías, quizás nos sobrecojan, y con toda razón, las imponentes fuerzas de la naturaleza. La creación deja patente el poder del Creador (Romanos 1:20). Jehová sigue complaciéndose en utilizar ese poder infinito para ayudar a sus siervos fieles (2 Crónicas 16:9). Ahora bien, él se comunica con nosotros más detalladamente a través de las páginas de su Palabra (Isaías 30:21). En cierto sentido, la Biblia es hoy como esa "voz calmada y baja" con la que Jehová nos guía, corrige, alienta y reafirma su amor.

¿Aceptó Elías el consuelo que Jehová le dio en el monte Horeb? Por supuesto que sí. Aquel intrépido y fiel profeta, que tanto había luchado contra la adoración falsa, se puso otra vez manos a la obra. Si nosotros también tomamos a pecho las palabras inspiradas de Dios, o sea, "el consuelo de las Escrituras", podremos seguir el ejemplo de fe de Elías (Romanos 15:4).

---

* Tal vez esa "voz calmada y baja" procediera del mismo ángel que transmitió "la palabra de Jehová" mencionada en 1 Reyes 19:9. El versículo 15 simplemente se refiere a él como "Jehová". Quizás esto nos recuerde al ángel que Jehová envió para guiar al pueblo de Israel por el desierto, de quien dijo: "Mi nombre está dentro de él" (Éxodo 23:21). Aunque no podemos ser categóricos en este asunto, cabe señalar que Jesús, antes de venir a la Tierra, fue "la Palabra", el Portavoz especial de Jehová para sus siervos (Juan 1:1).



EJEMPLOS DE FE

Defendió al pueblo de Dios

SEGÚN se acerca a los patios del palacio en la ciudad de Susa, Ester procura conservar la calma. Pero no es fácil, pues la construcción es imponente. Saltan a la vista sus coloridas paredes de ladrillo esmaltado —con relieves de toros alados, leones y arqueros—, sus columnas de piedra acanaladas y sus formidables estatuas. El castillo luce espectacular, erigido sobre unas inmensas plataformas cerca de las cumbres nevadas de los montes Zagros, con las cristalinas aguas del río Coaspes a sus pies. Atravesando este recinto, donde todo está cuidadosamente estudiado para exaltar el inmenso poder de su dueño, Ester va a comparecer ante Asuero, quien se hace llamar "el gran rey" y es, además, su esposo.

Eso sí, ¡vaya esposo! No es para nada el hombre con el que habría soñado casarse cualquier judía fiel.* No trata de parecerse a personajes como Abrahán, quien obedeció humildemente la orden divina de escuchar a su esposa, Sara (Génesis 21:12). Sabe muy poco o nada de Jehová —el Dios de Ester— y su Ley. Pero sí conoce muy bien las leyes persas, una de las cuales prohíbe justo lo que su esposa está a punto de hacer: presentarse ante el rey de Persia sin haber sido convocada. ¡Y el castigo por desobedecer es la muerte! Aun así, ella se dirige al patio interior del palacio y se coloca a la vista del trono real, con la certeza más que probable de estar cavando su propia tumba (Ester 4:11; 5:1).

¿Qué razones tiene para arriesgar su vida esta mujer de excepcional fe? ¿Qué lección aprendemos de ella? Para averiguarlo, examinemos cómo llegó a ser la reina de Persia.

"Era de [...] hermosa apariencia"

Ester es una joven huérfana. No sabemos mucho de sus padres, salvo que la llamaron Hadassá, nombre que recibe en hebreo el mirto, hermoso arbusto de delicadas flores blancas. Al morir ellos, un buen hombre llamado Mardoqueo —primo de Ester, aunque bastante mayor— se compadeció y se la llevó a vivir con él. Desde entonces la ha criado como si fuera su propia hija (Ester 2:5-7, 15).

Los dos viven exiliados en la capital de Persia, donde seguramente son despreciados por su fidelidad a la religión y la Ley de los judíos. Sin duda, el afecto de Ester por su primo ha ido creciendo a medida que él le hablaba de Jehová, el Dios compasivo que tantas veces libró a su pueblo y pronto volverá a hacerlo (Levítico 26:44, 45). No es de extrañar que entre ambos exista un fuerte vínculo de cariño y lealtad.

Al parecer, Mardoqueo trabaja de funcionario en el castillo de Susa, a cuya puerta suele sentarse junto con otros servidores del rey (Ester 2:19, 21; 3:3). No disponemos de información sobre las ocupaciones de Ester durante su juventud, pero es bastante probable que cuide de su primo y atienda la casa, situada tal vez en la zona humilde de la ciudad, en la ribera opuesta del río. Probablemente le gus-

* Por lo general, se cree que Asuero es el rey Jerjes I, emperador de Persia de principios del siglo V antes de Cristo.

ta ir al mercado de Susa, donde los orfebres, plateros y demás comerciantes venden sus productos. ¡Quién le iba a decir que llegaría a disfrutar todos los días de esos artículos de lujo! En ese momento no tiene ni idea del futuro que le aguarda.

Destituyen a la reina

Cierto día, una noticia se extiende como la pólvora por toda la ciudad: ¡escándalo en la familia real! En el transcurso de un gran banquete, en el que los nobles disfrutan de vino y ricos manjares, Asuero manda llamar a la hermosa reina Vasti —que está con las mujeres en una fiesta aparte—, pero ella se niega a presentarse. El rey monta en cólera. Humillado, pregunta a sus consejeros qué castigo imponerle. Finalmente, decide destituirla de su cargo y buscar una nueva reina. Sus servidores salen en busca de las vírgenes más bellas de todo el reino, de entre las cuales elegirá el monarca su nueva esposa (Ester 1:1–2:4).

Mardoqueo podía estar orgulloso de su hija adoptiva



Cuando se entera, Mardoqueo tal vez se debate entre el orgullo y la preocupación al observar con cariño a su prima y constatar un hecho innegable: se ha convertido en toda una mujer... y muy linda, por cierto. De hecho, la Biblia dice que "la joven era de bonita figura y hermosa apariencia" (Ester 2:7). Claro, Ester necesita más que nunca demostrar sabiduría y humildad. Si no, puede pasarle como a tantas personas, que, como vemos a menudo, terminan cayendo en la vanidad y el orgullo (Proverbios 11:22). ¿Qué le ocurrirá a Ester? ¿Se convertirá su belleza en una trampa? El tiempo lo dirá.

En cuanto los servidores de Asuero la ven, deciden llevársela de su casa y trasladarla al otro lado del río, al palacio real, con las demás candidatas (Ester 2:8). ¡Cuánto debe de dolerle la separación a Mardoqueo, que la quiere como a una hija! Desde luego, no desea que se case con un pagano —por muy rey que sea—, pero no puede impedirlo. Antes de que se marche, le da consejos, que de seguro ella escucha con atención. De camino a la ciudadela de Susa, Ester no deja de preguntarse qué será de ella y qué clase de vida le estará esperando.

"Se granjeaba favor a los ojos de todos los que la veían"

De un día para otro, Ester se encuentra en un mundo nuevo y desconocido, junto con un grupo de chicas traídas de todos los rincones del extenso imperio Persa. Sin duda, entre ellas se da una amplia variedad de personalidades, costumbres e idiomas. Todas están al cuidado de un oficial de la corte llamado Hegai, quien se encarga de que durante un año reciban un exclusivo tratamiento de belleza que incluye masajes con aceites perfumados (Ester 2:8, 12). ¿Qué



Ester sabía que la humildad y la sabiduría valían mucho más que la belleza física

impacto tienen en su carácter tantas atenciones? Como cabría esperar, muchas se vuelven presumidas y coquetas, y se obsesionan con ser la más bella. ¿Será ese también el caso de Ester?

Sin duda, el más preocupado por la posibilidad de que le vayan mal las cosas es su primo Mardoqueo. Día tras día se acerca todo lo que puede a la casa de las mujeres para ver si Ester se encuentra bien (Ester 2:11). Y la información que consigue, tal vez de algún servidor, lo llena de orgullo y alegría. ¿Por qué?

Ester es tan buena que se ha ganado el cariño de Hegai, quien le dispensa un trato especial: le concede siete sirvientas y el lugar principal en la casa de las mujeres. Lo que es más, el relato indica: "Durante todo aquel tiempo [...] se granjeaba favor a los ojos de todos los que la veían" (Ester 2:9, 15). ¿Por qué causa tan buena impresión? ¿Por su belleza sin igual? No. Ella es mucho más que una cara bonita.

Fijémonos en lo que dice la Biblia: "Ester no había informado acerca de su pueblo ni de sus parientes, porque Mardoqueo mismo le había impuesto el mandato de que no lo informara" (Ester 2:10). Como vemos, su primo le ha pedido que no revele que es judía, pues sabe que entre la realeza persa hay muchos prejuicios. Así que está claro que, aunque él no está presente, Ester es sabia y le sigue obedeciendo. ¡Qué contento debe de estar Mardoqueo!

Hoy día, los padres y tutores también se alegran mucho cuando ven que los jóvenes son obedientes en todo momento, incluso cuando no los están viendo. Y aunque a veces se encuentren rodeados de compañeros frívolos, inmorales o violentos, pueden resistir sus malas influencias y cumplir con su deber. En tales casos, al igual que Ester, hacen muy feliz a su Padre celestial (Proverbios 27:11).

Volvamos a Ester. Cuando por fin le llega el turno de presentarse ante el rey, tiene la oportunidad de elegir los adornos que desee para verse aún más atractiva. Pero como es modesta, se arregla únicamente con lo que le ofrece Hegai (Ester 2:15). Tal vez razona que, para

ganarse el corazón del monarca, no bastará con ser bella, sino que serán mucho más útiles cualidades como la humildad y la modestia, que tanto escasean en la corte. ¿Estará en lo cierto?

El relato nos da la respuesta: "El rey llegó a amar a Ester más que a todas las demás mujeres, de manera que ella se granjeó más favor y bondad amorosa ante él que todas las demás vírgenes. Y él procedió a poner el adorno de realeza sobre la cabeza de ella y a hacerla reina en lugar de Vasti" (Ester 2:17). Así es como esta humilde joven se convierte en la nueva reina, la esposa del emperador más poderoso de la época. ¡Qué cambio tan grande para ella! ¿Cómo se adaptará a su nueva situación? ¿Se le subirá a la cabeza?

¡Nada más lejos! En primer lugar, continúa obedeciendo a su padre adoptivo y manteniendo en secreto su origen judío. Además, cuando Mardoqueo descubre que unos traidores pretenden asesinar al rey, Ester sigue sus instrucciones y advierte a Asuero, logrando detener el complot (Ester 2: 20-23). Nuevamente demuestra humildad y obediencia, cualidades que revelan lo fuerte que es su fe. Claro, hoy día, la gente no aprecia mucho la obediencia y prefiere rebelarse contra todo. Pero quienes tienen verdadera fe, como Ester, valoran como es debido esa cualidad.

Se somete a prueba su fe

Andando el tiempo, un tal Hamán comienza a adquirir prominencia en la corte. Asuero lo nombra primer ministro —convirtiéndolo en su mano derecha y principal consejero— y ordena que todos se inclinen ante él (Ester 3: 1-4). Aunque Mardoqueo es leal al rey, considera que obedecer ese mandato sería una falta de respeto a Dios. Sabe que Hamán es agaguita, lo que probablemente indica que es descendiente de Agag, rey amalequita ejecutado por el fiel profeta Samuel (1 Samuel 15:33). Por si fuera poco, la nación de Amaleq actuó con muchísima maldad, y Jehová terminó condenándola por su hostilidad contra él y su pueblo (Deuteronomio 25:19).* ¿Va a arrodillarse Mardoqueo ante un miembro de la realeza amalequita? ¡Jamás! La actitud de este buen judío nos recuerda a la que han mostrado muchos siervos fieles de Jehová a lo largo de los siglos. Incluso cuando su vida corre peligro, no dudan en decir: "Tenemos que obedecer a Dios como gobernante más bien que a los hombres" (Hechos 5:29).

Ante la negativa de Mardoqueo a hacerle reverencias, Hamán se pone tan furioso que maquina un plan para acabar con él y, de hecho, con todos sus compatriotas. En primer lugar, acude a Asuero y le habla mal de los judíos, pero sin mencionarlos por nombre. Los presenta como un pueblo insignificante, "esparcido y separado entre los pueblos", pero rebelde y muy peligroso, pues no acata las leyes del rey. Finalmente, se ofrece a donar una enorme cantidad de dinero al tesoro real para erradicarlos de todo el imperio.# ¿Cómo le responde Asuero? Le da permiso para emitir una orden y le entrega su anillo de sellar para que pueda aprobar en su nombre cualquier ley que necesite (Ester 3:5-10).

En cuanto Hamán da la orden, los emisarios recorren el imperio al galope, proclamando a los cuatro vientos la sentencia de muerte para el pueblo judío. La noticia debe de causar gran conmoción entre los habitantes de la lejana Jerusalén, quienes han regresado del exilio en Babilonia y están tratando de reconstruir la ciudad. ¡Si ni siquiera

---

* Puede que Hamán fuera uno de los últimos amalequitas, pues el "resto de Amaleq" había sido exterminado en tiempos de Ezequías (1 Crónicas 4:43).

\# Hamán ofreció 10.000 talentos de plata, lo que hoy equivaldría a varios cientos de millones de dólares. Si Asuero era Jerjes I, la proposición debió de resultarle tentadora, pues en sus infructuosas batallas contra los griegos —según parece, antes de casarse con Ester— había perdido una gran fortuna.



Ester arriesgó su vida para proteger al pueblo de Dios

cuentan todavía con murallas para protegerse! Sin duda, el propio Mardoqueo no puede evitar pensar en ellos, así como en sus propios amigos y familiares de Susa. En señal de tristeza, se rasga la ropa, se viste de saco, se echa ceniza en la cabeza y sale por la ciudad dando gritos. Hamán, por el contrario, se sienta a beber con el rey, sin conmoverse lo más mínimo por el sufrimiento que ha ocasionado a los judíos y sus amigos de Susa (Ester 3:12–4:1).

Mardoqueo sabe que no debe quedarse de brazos cruzados. Pero ¿qué puede hacer? Ester le envía unas vestiduras para animarlo, pero él se niega a aceptarlas. Al final llega a entender algo que probablemente lleva tiempo preguntándose: la razón por la que Jehová ha permitido que se lleven a su prima y la casen con un rey pagano. Sin demora, le envía a Ester un mensaje rogándole que interceda ante Asuero "por el propio pueblo de ella" (Ester 4:4-8).

Cuando la reina recibe el mensaje, el corazón le da un vuelco. Se enfrenta a la mayor prueba de fe de toda su vida, y en su respuesta a Mardoqueo admite sin reparos que siente miedo. ¿A qué se deben los temores? A que la ley persa ordena la ejecución de quien se presente ante Asuero sin ser convocado. Cuando alguien no sigue esta regla de protocolo, su única escapatoria es que el rey extienda su cetro de oro para perdonarlo. Pero si anteriormente no mostró clemencia a Vasti cuando se negó a acudir a su llamado, ¿por qué va a tratarla mejor a ella? Para colmo, hace ya treinta días que no la ha invitado a verlo, lo que tal



vez signifique que ya no le interesa al caprichoso monarca (Ester 4:9-11).*

Mardoqueo trata de fortalecer la fe de su prima asegurándole que Jehová librará a los judíos del ataque, sea valiéndose de ella o de cualquier otro medio. Y le aclara que, si se niega a actuar, difícilmente podrá salvarse cuando la persecución cobre fuerza. De esta manera, Mardoqueo demuestra que confía plenamente en su Dios, quien siempre cumple sus promesas y nunca permitirá que su pueblo sea aniquilado (Josué 23:14). Finalmente, le pregunta a Ester: "¿Quién hay que sepa si has alcanzado la dignidad real para un tiempo como este?" (Ester 4:12-14). Sin duda, la fe de Mardoqueo es muy fuerte. ¿Podría decirse lo mismo de la nuestra? (Proverbios 3:5, 6.)

La fe de Ester supera el miedo a la muerte

Ester comprende que ha llegado el momento de la verdad. Le pide a Mardoqueo que todos los judíos se unan a ella en un ayuno de tres días. Y demuestra su extraordinaria fe y valentía al pronunciar unas palabras que han resonado a lo largo de los siglos: "En caso de que tenga que perecer, tendré que perecer" (Ester 4:15-17). Durante los tres días, sin duda ora con más fervor que nunca. Cuando llega la hora, se viste con sus mejores galas, con la intención de agradar al rey, y sale de sus aposentos.

Como vimos al principio, Ester se dirige a la presencia del rey. De camino, seguro que ora sin parar, llena de inquietud. Luego entra al patio, desde donde ve a Asuero sentado en el trono. Tratando de intuir su estado de ánimo, probablemente se fija en su rostro, enmarcado por los cuidadísimos rizos de su cabello y de su barba perfectamente cuadrada. ¿Cuánto tarda su esposo en reparar en ella? No lo sabemos, pero los segundos deben de hacérsele eternos a Ester. Lo cierto es que, aunque se sorprende al verla, enseguida relaja su expresión facial y le extiende el cetro de oro (Ester 5:1, 2).

Ester ha conseguido que el rey le conceda una audiencia. Se ha puesto inequívocamente del lado de Jehová y su pueblo. ¡Qué ejemplo de fe para los siervos de Dios de todas las épocas! Ahora bien, esto no es más que el principio de la historia. ¿Cómo se las arreglará Ester para convencer a Asuero de que su consejero favorito, Hamán, no es más que un infame conspirador? ¿Logrará salvarles la vida a los judíos? Lo descubriremos en un próximo artículo.

---

* Jerjes I tenía fama de antojadizo y violento. El historiador griego Heródoto ofrece ejemplos de su mal genio al relatar las campañas militares que realizó contra Grecia. En cierta ocasión ordenó construir un puente sustentado sobre barcos a través del estrecho del Helesponto. Cuando una tempestad lo destrozó, se enfureció tanto que mandó decapitar a los ingenieros y "castigar" a las aguas maldiciéndolas en voz alta y azotándolas con látigos. Durante la misma campaña, cuando un hombre acaudalado le suplicó que eximiera a uno de sus hijos de servir en el ejército, el rey ordenó que cortaran al joven por la mitad y expusieran su cadáver para escarmiento de todos.



Actuó con sabiduría, valor y altruismo

ESTER se acerca lentamente al trono con el corazón latiéndole con fuerza. De repente, la gran sala real del palacio persa de Susa se sume en el silencio, un silencio tan profundo que ella puede oír sus suaves pisadas y el roce de la tela de sus vestiduras reales. No puede distraerse admirando el esplendor de la corte, las esbeltas columnas o los magníficos techos con relieves en madera de cedro importada del lejano Líbano. Toda su atención se centra en el hombre sentado en el trono, el hombre que tiene la vida de ella en sus manos.

El rey la mira fijamente y extiende hacia ella su cetro de oro. Con este sencillo gesto le salva la vida a Ester, pues así indica que le perdona el delito que acaba de cometer: presentarse ante él sin haber sido invitada. Ester alarga la mano y, muy agradecida, toca el extremo del cetro (Ester 5:1, 2).*

Asuero es un rey imponente, de gran riqueza y poder. Según algunos expertos, el atuendo de los monarcas persas de aquella época costaba el equivalente a cientos de millones de dólares. Con todo, Ester puede ver cierto afecto en los ojos de su esposo, pues a su manera, él la ama. Le dice: "¿Qué tienes, oh Ester la reina, y cuál es tu solicitud? ¡Hasta la mitad de la gobernación real... que aun se te dé!" (Ester 5:3).

Ester ya ha demostrado una fe y una valentía excepcionales: se ha presentado ante el rey a fin de proteger a su pueblo de un complot para exterminarlo. Hasta ahora le ha ido bien, pero lo más difícil está por venir. Aún tiene que convencer al orgulloso monarca de que su consejero de confianza es un individuo malvado que, con engaños, lo ha llevado a decretar la aniquilación del pueblo de Ester. ¿Cómo lo persuadirá, y qué aprendemos de la fe de esta mujer sobresaliente?

Eligió sabiamente el "tiempo de hablar"

¿Debe Ester revelarle al rey todo el asunto delante de la corte? Eso podría humillarlo y darle tiempo a Hamán para cuestionar las acusaciones. ¿Qué hará Ester? Siglos antes, el sabio rey Salomón había escrito por inspiración divina: "Para todo hay un tiempo señalado, [...] tiempo de callar y tiempo de hablar" (Eclesiastés 3:1, 7). De seguro el padre adoptivo de Ester, el fiel Mardoqueo, le enseñó a la joven ese tipo de principios mientras crecía. Es evidente que ella entiende la importancia de elegir con cuidado el "tiempo de hablar".

Ester dice: "Si al rey de veras le parece bien, venga hoy el rey con Hamán al banquete que he hecho para él" (Ester 5:4). El monarca accede y manda llamar a Hamán. ¿Ve lo sabia que es Ester? A la vez que preserva la dignidad de su esposo, crea la situación apropiada para expresarle su preocupación.

* En el anterior artículo de esta serie vimos que Ester era huérfana y fue adoptada por su primo Mardoqueo, quien era mucho mayor que ella. También vimos que resultó seleccionada para ser esposa de Asuero, rey de Persia. El consejero del rey, Hamán, tramó una conspiración para exterminar a los judíos, el pueblo de Mardoqueo. Debido a ello, Mardoqueo le solicitó a Ester que intercediera por los judíos ante el rey (véase "Ejemplos de fe: Defendió al pueblo de Dios", en *La Atalaya* del 1 de octubre de 2011).



Ester agradeció humildemente la clemencia del rey

Sin duda, ella prepara el banquete con esmero, procurando satisfacer todos los gustos de su esposo. Y no falta el buen vino para alegrar el ambiente (Salmo 104:15). Tanto disfruta Asuero de la ocasión, que se siente impulsado a preguntarle de nuevo a la reina cuál es su petición. ¿Será este el momento para hablar?

Ester cree que no. Por eso, invita al rey y a Hamán a otro banquete al día siguiente (Ester 5:7, 8). ¿Por qué retrasa el asunto? Recuerde que todo el pueblo de Ester se enfrenta a la muerte debido al decreto real. Con tantas vidas en juego, ella tiene que asegurarse de elegir el mejor momento. Así que espera y organiza otro festín para demostrarle a su esposo cuánto lo estima.

La paciencia es una virtud escasa y valiosa. Aunque angustiada y ansiosa por expresar lo que siente, Ester aguarda el momento idóneo. Hacemos bien en seguir su ejemplo, ya que es probable que todos hayamos visto cosas que deban corregirse. Si intentamos convencer a alguien con autoridad para que resuelva un problema, tal vez tengamos que imitar a Ester y ser pacientes. Proverbios 25:15 señala: "Por paciencia se induce a un comandante, y una lengua apacible misma puede quebrar un hueso". Si aguardamos el momento oportuno y hablamos con apacibilidad, como hizo Ester, podremos "quebrar" cualquier oposición, aunque sea tan dura como un hueso. ¿Bendice Jehová, el Dios de Ester, su paciencia y sabiduría?

La paciencia allana el camino de la justicia

La paciencia de Ester propicia una notable serie de sucesos. Hamán sale del primer banquete muy animado, "gozoso y alegre de corazón" porque el rey y la reina lo han honrado con su invitación. Pero cuando atraviesa la puerta del castillo, ve al judío Mardoqueo, quien sigue negándose a tratarlo con especial reverencia. Mardoqueo no lo hace por faltarle al respeto, sino por su conciencia y su relación con Jehová Dios. Sin embargo, "Hamán inmediatamente se llen[a] de furia" (Ester 5:9).

Cuando este les cuenta a su esposa y amigos el desaire que acaba de sufrir, ellos le aconsejan que mande hacer un madero enorme, de un poco más de 22 metros (72 pies) de altura, y que consiga la autorización del rey para colgar a Mardoqueo. Encantado con la idea, Hamán enseguida la pone en marcha (Ester 5:12-14).



Pero entonces sucede algo extraño. La Biblia relata que esa noche "el sueño del rey huyó". Desvelado, Asuero ordena que le lean en voz alta los registros oficiales. La lectura incluye la denuncia de un complot para asesinarlo. Él recuerda que los conspiradores fueron capturados y ejecutados. Pero ¿qué ocurrió con Mardoqueo, el hombre que denunció la trama? El rey, de repente más despierto que nunca, pregunta cómo se le ha recompensado, y le responden que no se ha hecho nada (Ester 6: 1-3).

Muy agitado, Asuero quiere saber qué funcionarios de la corte están allí para ayudarlo a corregir este descuido. ¡Y qué coincidencia! Hamán se halla en el patio del rey. Parece que ha llegado temprano porque está ansioso por obtener el permiso para ejecutar a Mardoqueo. Pero antes de que él pueda expresar su solicitud, Asuero le pregunta cuál sería la mejor manera de honrar a un hombre que tiene el favor del rey. Hamán supone que el monarca está pensando en honrarlo a él, así que le propone un fastuoso homenaje: vestir al hombre con prendas reales y hacer que un alto funcionario lo pasee sobre el caballo del rey alrededor de Susa, alabándolo a voces. Imagínese la cara de Hamán cuando se entera de que el hombre al que se va a honrar es nada menos que Mardoqueo. ¿Y a quién le encarga el rey cantar alabanzas a Mardoqueo? ¡Al mismísimo Hamán! (Ester 6:4-10.)

Muy a su pesar y lleno de odio, este cumple el mandato. Enseguida regresa a su casa angustiado por lo sucedido. Su esposa y sus amigos le dicen que este giro de los acontecimientos no presagia nada bueno y que está condenado a caer ante Mardoqueo el judío (Ester 6:12, 13).

Como Ester es paciente y espera un día más para presentar su solicitud al rey, Hamán tiene tiempo para, sin pretenderlo, preparar su propia caída. Además, es muy posible que Jehová causara el insomnio del rey (Proverbios 21:1). No sorprende, pues, que la Biblia nos anime a tener "una actitud de espera" (Miqueas 7:7). Cuando dejamos las cosas en manos de Dios, quizás nos encontremos con que sus soluciones a nuestros problemas son mejores que cualquier cosa que se nos pudiera ocurrir.

Fue valiente y habló

Ester no se atreve a seguir poniendo a prueba la paciencia de su esposo, así que decide contarle todo en el segundo banquete. Pero ¿cómo? El rey mismo le da la oportunidad cuando vuelve a preguntarle cuál es su solicitud (Ester 7:2). Por fin ha llegado el "tiempo de hablar".

Es muy probable que Ester haga una oración silenciosa a Dios antes de pronunciar estas palabras: "Si he hallado favor a tus ojos, oh rey, y si al rey de veras le parece bien, que se me dé mi propia alma por petición mía, y mi pueblo por solicitud mía" (Ester 7:3). Observemos que le asegura al rey que respetará su decisión. ¡Qué distinta de Vasti, la reina anterior, que había humillado a propósito a su esposo! (Ester 1:10-12.) Por otro lado, Ester no lo critica por la insensatez de confiar en Hamán. Más bien, le suplica que la proteja porque su vida corre peligro.

Sin duda, su solicitud conmueve y, al mismo tiempo, asombra al rey. ¿Quién se ha atrevido a amenazar de muerte a la reina? Ester



Ester denunció con valor al malvado Hamán

prosigue: "Hemos sido vendidos, yo y mi pueblo, para que se nos aniquile, mate y destruya. Ahora bien, si se nos hubiera vendido para simplemente ser esclavos y simplemente ser siervas, me habría quedado callada. Pero la angustia no es apropiada cuando resulta en perjuicio para el rey" (Ester 7:4). Note que Ester expone con franqueza el problema, pero añade que se habría quedado callada si ella y su pueblo hubieran sido vendidos como esclavos. Sin embargo, el genocidio que se planeaba ejecutar sería tan costoso para el rey mismo, que ella no podía quedarse sin decir nada.

El ejemplo de Ester nos enseña la utilidad de saber persuadir. Si alguna vez necesitamos exponer un problema grave a un ser amado o a una persona con mucha autoridad, la combinación de paciencia, respeto y sinceridad nos será de gran ayuda (Proverbios 16:21, 23).

Al escuchar las palabras de Ester, Asuero pregunta: "¿Quién es este, y precisamente dónde está el que se ha envalentonado para obrar así?". Imagine a Ester señalando con el dedo mientras dice: "El hombre, el adversario y enemigo, es este miserable Hamán". Todo parece detenerse por un instante. El pánico se apodera de Hamán. Este ve cómo el rostro del irritable Asuero cambia de color al comprender que su consejero de confianza lo ha inducido con astucia a firmar un decreto para matar a su amada esposa. El rey sale a toda prisa al jardín para recobrar la serenidad (Ester 7:5-7).

Expuesto como el cobarde manipulador que es, Hamán cae a los pies de la reina para suplicarle clemencia. Cuando el rey vuelve a entrar y lo ve rogándole a Ester encima de su diván, se enfurece y lo acusa de intentar violar a la reina en su propio palacio. Hamán ha firmado su sentencia de muerte. Acto seguido se lo llevan con el rostro cubierto. Entonces, un funcionario le revela al rey que su malvado consejero ha levantado un enorme madero para colgar a Mardoqueo. Asuero ordena que el propio Hamán sea colgado en él (Ester 7:8-10).

En el mundo en que vivimos, es fácil creer que la justicia nunca triunfará. ¿Se ha sentido usted alguna vez así? Ester nunca perdió la esperanza ni se amargó ni perdió la fe. Llegado el momento, se puso con valor de parte de la justicia y confió en que Jehová haría el resto. Hagamos nosotros igual. Dios sigue siendo el mismo que era entonces. Sigue siendo capaz de atrapar a los malvados y astutos en sus propias trampas, como hizo con Hamán (Salmo 7:11-16).

Defendió con altruismo a Jehová y su pueblo

Finalmente, el rey se entera de que Mardoqueo no solo es el leal súbdito que impidió su

Preguntas sobre Ester

¿Por qué permitió Mardoqueo que Ester se casara con un pagano?

Algunos investigadores alegan que Mardoqueo era un oportunista que quería casar a Ester con el rey para ganar prestigio, pero esa afirmación no tiene fundamento. Él era un judío fiel y, por tanto, no podía aprobar ese tipo de matrimonios (Deuteronomio 7:3). Según la antigua tradición judía, Mardoqueo trató de impedir el matrimonio de su prima. Sin embargo, parece poco probable que él o Ester pudieran hacer algo al respecto, pues no eran más que extranjeros en la tierra de un dictador que se consideraba un dios. Con el tiempo se hizo patente que Jehová se valió del matrimonio de Ester para proteger a su pueblo (Ester 4:14).

¿Por qué no aparece el nombre de Dios, Jehová, en el libro de Ester?

Parece que Mardoqueo fue el escritor de este libro inspirado por Dios. Es posible que, antes de ser llevado a Jerusalén, el libro se guardara entre los registros oficiales persas. Si hubiera contenido el nombre divino, es probable que los devotos de los dioses persas lo hubieran destruido. Sin embargo, la intervención de Jehová en los hechos narrados es clara. Cabe destacar que el nombre de Dios se encuentra oculto en el texto original hebreo en forma de acrósticos. Al parecer, ciertas palabras se colocaron en orden sucesivo para que las letras iniciales o finales formaran el nombre divino (Ester 1:20, nota).

¿Concuerda el libro de Ester con los registros históricos?

Algunos críticos aseguran que el libro no es históricamente exacto. En cambio, hay expertos que han señalado que el escritor del libro tenía un profundo conocimiento de la corte, la arquitectura y las costumbres persas. Es cierto que los documentos extrabíblicos que han llegado hasta nosotros no mencionan a la reina Ester, pero ella no sería el primer miembro de la realeza que se ha eliminado de los registros públicos. Ahora bien, tales registros sí indican que un hombre llamado *Mardukâ* —equivalente persa de Mardoqueo— fue funcionario en la corte de Susa en la época descrita en el libro de Ester.

asesinato, sino también el padre adoptivo de Ester, y lo nombra primer ministro en lugar de Hamán. A Ester le da la casa y la inmensa fortuna de Hamán, y ella las pone a cargo de Mardoqueo (Ester 8:1, 2).

Ahora que ella y Mardoqueo están a salvo, ¿podrá descansar la reina? Lo haría si fuera egoísta, pero en esos momentos el decreto de Hamán de matar a todos los judíos está llegando hasta el último rincón del imperio. Hamán había recurrido a lo que obviamente era una práctica espiritista a fin de determinar el mejor día en que llevar a cabo su despiadado ataque. Dice la Biblia que había echado la suerte, o, según el idioma original, *Pur* (Ester 9:24-26). Todavía faltan meses para que llegue ese día, pero se va acercando deprisa. ¿Podrá evitarse la tragedia?

Sin pensar en ella misma, Ester vuelve a arriesgar su vida presentándose otra vez ante el rey sin una invitación oficial. Esta vez llora por su pueblo y le suplica a su esposo que revoque el terrible edicto. Sin embargo, las leyes que se promulgan en nombre de los monarcas persas no pueden revocarse (Daniel 6:12, 15). Por eso, el rey faculta a Ester y a Mardoqueo para que emitan nuevas leyes. Como resultado, se envía un segundo decreto que permite a los judíos defenderse. Los mensajeros galopan a todos los confines del imperio para llevarles la buena

Ester y Mardoqueo enviaron decretos a los judíos del Imperio persa

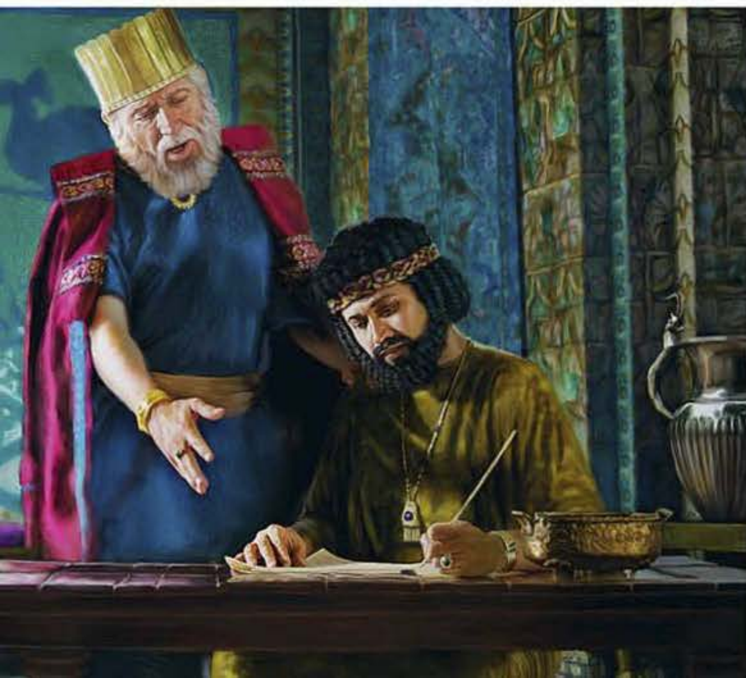


noticia, y la esperanza vuelve a brillar en muchos corazones (Ester 8:3-16). Podemos imaginar a los judíos por todo el vasto imperio armándose y preparándose para la batalla, algo que jamás habrían podido hacer sin el nuevo edicto. Pero hay otra cuestión más importante aún: ¿apoyará "Jehová de los ejércitos" a su pueblo? (1 Samuel 17:45.)

Cuando por fin llega el día designado, el pueblo de Dios está listo. De hecho, muchos funcionarios persas se han puesto de su lado, pues la noticia de que el nuevo primer ministro es Mardoqueo el judío se ha extendido por todo el imperio. Jehová otorga a su pueblo una gran victoria. Y a fin de que este no sea víctima de terribles represalias, se encarga de que sus enemigos sufran una derrota total (Ester 9:-1-6).*

Además, los diez hijos de Hamán son ejecutados para que Mardoqueo pueda administrar sin peligro la que anteriormente fue la casa de ellos (Ester 9:7-10). De este modo, Dios cumplió su profecía de destruir por completo a los amalequitas, que habían demostrado ser acérrimos enemigos de su pueblo (Deuteronomio 25:17-19). Es muy posible que los hijos de Hamán fueran los últimos miembros de esa nación condenada a desaparecer.

* El rey concedió a los judíos un segundo día para aniquilar a sus enemigos (Ester 9:12-14). Hasta el día de hoy, los judíos conmemoran esa victoria todas las primaveras, en la fiesta de Purim, llamada así por las suertes que echó Hamán en su afán de destruir a Israel.



Otra profecía cumplida

Al proteger al pueblo de Dios, Ester y Mardoqueo cumplieron otra profecía de la Biblia. Más de doce siglos antes, Jehová había inspirado al patriarca Jacob para que profetizara sobre uno de sus hijos: "Benjamín seguirá desgarrando como lobo. Por la mañana se comerá el animal prendido, y al atardecer dividirá el despojo" (Génesis 49:27). En la "mañana", o comienzo, de la historia de los reyes de Israel hubo valientes guerreros —como el rey Saúl y otros— que eran descendientes de Benjamín y defendieron al pueblo de Dios. Y durante el "atardecer" de la nación de Israel, cuando ya no había reyes sobre el trono, otros dos descendientes de la tribu de Benjamín, Ester y Mardoqueo, vencieron a los enemigos de Jehová. Puede decirse que se repartieron el despojo porque recibieron todo lo que pertenecía a Hamán.

La joven Ester tuvo que asumir responsabilidades muy serias, como promulgar decretos reales que implicarían luchas y ejecuciones. No debió ser fácil. Pero la voluntad de Jehová exigía que su pueblo no fuera exterminado, pues de la nación de Israel saldría el Mesías prometido, la única esperanza para la humanidad (Génesis 22:18). A los siervos de Dios de la actualidad nos alegra saber que Jesús, cuando vino a la Tierra, prohibió a sus discípulos que de ahí en adelante guerrearan en sentido literal (Mateo 26:52).

No obstante, los cristianos sí libramos una lucha espiritual, ya que Satanás está más ansioso que nunca por acabar con nuestra fe en Jehová (2 Corintios 10:3, 4). ¡Qué bendición contar con el ejemplo de Ester! Al igual que ella, demostremos nuestra fe persuadiendo con sabiduría y paciencia, siendo valerosos y defendiendo con altruismo al pueblo de Dios.



Un cabeza de familia ejemplar

JOSÉ pone el último bulto sobre el asno. Es de noche en la aldea de Belén. Con atentos ojos mira a un lado y otro de la calle, y con sus manos da suaves palmadas al pequeño pero robusto animal de carga. Probablemente piensa en el largo viaje hasta Egipto. Allí, todo será extraño: la gente, el idioma, las costumbres... ¿Logrará adaptarse su pequeña familia?

No debe ser fácil para José contarle a María, su amada esposa, el mensaje divino que le ha transmitido un ángel en un sueño. Pero se arma de valor y le da la mala noticia: ¡el rey Herodes pretende matar a su hijito! Deben apresurarse a salir de Belén (Mateo 2:13, 14). María está preocupadísima. Ni a ella ni a José les cabe en la cabeza que alguien quiera asesinar a su inocente hijo. ¿Qué peligro puede representar un niño indefenso? Aun así, confían en Jehová y se disponen a huir.

Todos los habitantes de Belén duermen ajenos a la tragedia que se avecina. José, María y Jesús abandonan sigilosamente el pueblo en la oscuridad. Mientras el alba despunta por el este y ellos avanzan por la ruta que va al sur, es posible que José piense: "¿Cómo haré yo, un simple carpintero, para proteger a mi familia de enemigos tan poderosos? ¿Podré cubrir siempre las necesidades de los míos? ¿Cumpliré pase lo que pase con la tarea que Jehová me ha confiado de cuidar y criar a este niño tan especial?". José se enfrentó a obstáculos que podrían haber parecido insalvables. Al analizar cómo los superó, veremos por qué es necesario que todos en general, y los padres en particular, imitemos su fe.

Protege a su familia

La vida de José cambió para siempre más de un año antes de este episodio, cuando todavía vivía en la ciudad de Nazaret. Allí se había comprometido con María, la hija de Helí. A sus ojos, ella era una joven casta y de profunda fe. Pero un día se enteró de que estaba embarazada. Para protegerla de un vergonzoso escándalo, planeó divorciarse de ella en secreto.* Justo entonces, un ángel le explicó en un sueño que Jehová había empleado su espíritu santo para que ella quedara encinta. Respecto al niño, el ángel anunció: "Él salvará a su pueblo de sus pecados". También pronunció estas alentadoras palabras: "No tengas miedo de llevar a María tu esposa a casa" (Mateo 1:18-21).

Como José era justo y obediente, hizo tal como se le indicó. Aceptó la asignación más importante que un hombre podía recibir: criar y cuidar, no a su propio hijo, sino al amado Hijo de Dios. Posteriormente, acatando un decreto del emperador romano, José viajó con su esposa, que estaba embarazada, para inscribirse en Belén. Fue allí donde nació el niño.#

En vez de regresar a Nazaret, José se estableció con su familia en Belén, situada a pocos kilómetros de Jerusalén. Aunque eran pobres, José hizo todo lo que estaba en su mano para que María y el niño no pasaran necesidad. De hecho, poco tiempo después de

* En aquella época, estar comprometido era casi como estar casado.

Véase el artículo "Ejemplos de fe: Sacó 'conclusiones en su corazón'", en *La Atalaya* del 1 de octubre de 2008.



José estuvo resuelto a sacrificarse para proteger a su hijo

nacer Jesús, se instalaron en una casa humilde. Y cuando Jesús ya no era un bebé sino un niñito —tal vez de más de un año—, sus vidas volvieron a dar un giro inesperado.

Un grupo de hombres —con actitud muy respetuosa— llegaron a casa de José y María. Eran astrólogos que procedían del Oriente, probablemente de la lejana Babilonia. Habían seguido una estrella hasta allí buscando al niño que sería rey de los judíos.

Lo supieran o no, estos astrólogos pusieron en grave peligro al pequeño Jesús. La estrella no los llevó primero a Belén, sino a Jerusalén, donde habían revelado su objetivo al malvado rey Herodes: encontrar al niño que se convertiría en rey de los judíos. Así no habían hecho más que echar leña al fuego de los celos y la ira del monarca. (Consulte el artículo "Nuestros lectores quieren saber: ¿Quién envió la estrella de Belén?", en la página 29.)

Menos mal que alguien más poderoso que Herodes intervino. ¿Qué ocurrió? Los visitantes trajeron valiosos regalos —"oro, olíbano y mirra"— sin esperar nada a cambio. ¡Qué sorpresa debieron llevarse José y María! Como los astrólogos tenían la intención de decirle al rey Herodes dónde estaba el niño, Jehová tomó cartas en el asunto. En un sueño les ordenó que regresaran a su país por otro camino (Mateo 2:1-12).

Es entonces, poco después de la partida de los visitantes, cuando el ángel de Jehová alerta a José: "Levántate, toma al niñito y a su madre, y huye a Egipto, y quédate allá hasta que yo te diga; porque Herodes está para buscar al niñito para destruirlo" (Mateo 2:13). Así que, como ya vimos al principio de este artículo, José obedece de inmediato. Da prioridad a la seguridad del niño y se lo lleva a Egipto. Y gracias a los valiosos regalos de los astrólogos, la familia dispone de los recursos que podrían ayudarles durante su estancia en el extranjero.

Ciertos mitos y leyendas de origen apócrifo han convertido la huida a Egipto en un viaje lleno de fantasías. Cuentan que el pequeño Jesús acortó de forma milagrosa el camino, logró que peligrosos bandidos no los atacaran e incluso hizo que palmeras datileras se inclinaran para poner sus frutos al alcance de María.* Pero la realidad es que fue un trayecto largo y duro por territorios desconocidos.

Los padres pueden aprender mucho del ejemplo de José, quien, sin pensarlo dos veces, dejó su trabajo y sacrificó su comodidad para proteger a su familia. Se tomaba muy en serio la responsabilidad que Jehová le había

* La Biblia muestra claramente que Jesús hizo su primer milagro después de bautizarse (Juan 2:1-11). Hallará más información sobre los relatos apócrifos en el artículo de la página 18, titulado "Los evangelios apócrifos: ¿contienen verdades ocultas sobre Jesús?".

encomendado. Hoy día, los padres crían a sus hijos en un mundo peligroso, repleto de influencias que pueden corromper y hasta arruinar la vida de los jóvenes. Sin duda, son dignos de admiración los padres y las madres que, tal como hizo José, están resueltos a proteger a sus hijos.

Cuida de su familia

Parece que José y su familia se quedan poco tiempo en Egipto, ya que un ángel no tarda en informar a José de la muerte de Herodes. Una antigua profecía señalaba que Jehová llamaría a su hijo para que saliera de Egipto (Mateo 2:15). José colaboró en su cumplimiento al salir de allí y regresar con su familia a su país de origen. Pero ¿adónde se dirigen exactamente?

José, que es un hombre prudente, tiene razones para temer al sucesor de Herodes, Arquelao, quien también es un sanguinario homicida. Dirigido por Dios, José viaja con su familia al norte, lejos de Jerusalén y sus intrigas. José y María regresan a Nazaret de Galilea, donde echan raíces y crían a sus hijos (Mateo 2:19-23).

Llevan una vida sencilla pero difícil. La Biblia presenta a José como carpintero, término que abarcaba arduas labores. Los carpinteros talaban árboles, cargaban troncos y los ponían a secar. Con la madera que obtenían construían casas, barcos y pequeños puentes, o fabricaban carretas, ruedas, yugos y todo tipo de utensilios de labranza (Mateo 13:55). Era un oficio que exigía gran esfuerzo físico. Estos artesanos a menudo trabajaban cerca de la entrada de su modesto hogar o en un taller contiguo a la casa.

José tenía a mano una amplia variedad de herramientas, muchas de las cuales quizás habían pertenecido a su padre. Debió contar con escuadra, plomada, cordel entizado, hacha, serrucho, azuela, martillo y mazo, así como distintos tipos de formones y pegamentos. Puede que utilizara un taladro de arco que funcionaba moviendo el arco hacia atrás y hacia adelante. Y es posible que hasta tuviera unos cuantos clavos, aunque eran muy costosos.

Imagine a Jesús, ese niño que contempla cómo trabaja su padre adoptivo. Sus ojos bien abiertos revelan curiosidad. Se fija en cada



Trabajó duro para mantener a su familia

movimiento de José. Al observar sus manos, sus brazos, su ancha espalda y su mirada, percibe que su padre es un hombre hábil, fuerte e inteligente. Quizás José comienza enseñándole algunos trabajos sencillos —como lijar las asperezas de la madera con piel seca de pescado—, así como las diferencias entre las maderas de sicómoro, roble y olivo, por mencionar algunas.

Jesús ve que esas robustas manos que talan árboles, cortan vigas y encajan piezas también son tiernas y cariñosas tanto con él como con su mamá y sus hermanos. En efecto, la familia sigue creciendo, pues José y María tienen al menos otros seis hijos (Mateo 13:55, 56). Así que, con tantas bocas que alimentar, José debe trabajar cada vez más.



José llevaba a su familia a adorar a Jehová en el templo de Jerusalén

Pero para él la prioridad es alimentar a su familia en sentido espiritual. Por eso dedica tiempo a hablar a sus hijos acerca de Jehová y sus leyes. José y María suelen llevarlos a la sinagoga de la ciudad, donde todos pueden escuchar la lectura y la explicación de la Ley. Después, Jesús tal vez bombardee a sus padres con preguntas. De seguro, José hace todo lo posible por saciar el hambre espiritual de su hijo. Él también lleva a su familia a las fiestas religiosas anuales que se celebraban en Jerusalén. Por ejemplo, para asistir a la Pascua deben recorrer más de 110 kilómetros (unas 70 millas) de ida y otros tantos de vuelta. Entre el viaje y la fiesta quizás pasan unas dos semanas fuera de casa.

En la actualidad, los cabezas de familia cristianos hacen algo muy parecido. Se sacrifican por sus hijos y anteponen su educación espiritual a todo lo demás, por encima incluso de las comodidades materiales. Hacen grandes esfuerzos para llevar a sus hijos a las reuniones, sean grandes o pequeñas. Estos padres son como José, pues entienden que la mejor herencia que le pueden dar a sus hijos es la espiritual.

"Con la mente angustiada"

El relato bíblico narra un episodio que ocurrió cuando Jesús tenía 12 años. Como de costumbre, José lleva a su familia a Jerusalén para celebrar la Pascua. Grandes grupos familiares caminan en caravana, y como ya es primavera, el paisaje es hermoso. Al atravesar los abruptos terrenos que ascienden hasta Jerusalén, muchos entonan las famosas Canciones de las Subidas (Salmos 120 a 134). Es probable que cientos de miles de personas abarroten la ciudad. Tras la fiesta, las familias emprenden el camino de vuelta a casa. José y María, tal vez con mil y una cosas en la cabeza, dan por sentado que Jesús va en el grupo, quizás con algunos parientes. Pero cuando ya han viajado todo un día, se llevan un buen susto: Jesús no aparece por ningún lado (Lucas 2:41-44).

Con el corazón encogido, dan media vuelta y regresan a Jerusalén. Recorren las calles, que ahora parecen desiertas, buscando a su hijo y gritando: "¡Jesús, Jesús!". ¿Dónde estará? Ya han pasado tres días, y puede que José se pregunte si, al perder al muchacho, le ha fallado a Jehová. Finalmente, van a buscar a Jesús al templo y entran en una sala donde están reunidos muchos maestros expertos en la Ley. Jesús está allí sentado con ellos (Lucas 2: 45, 46). ¡Qué alivio!

Jesús está escuchando e interrogando a los maestros, quienes quedan asombrados por su entendimiento y sus respuestas. María y José, por su parte, están atónitos. El relato no indica si José dice algo. Sin embargo, María expresa muy bien los sentimientos de ambos: "Hijo, ¿por qué nos trataste de este modo? Mira que tu padre y yo te hemos estado buscando con la mente angustiada" (Lucas 2: 47, 48).

Con unas pocas pinceladas, las Escrituras pintan una imagen realista de las preocupaciones que conlleva la paternidad. Y eso que en este caso se trataba de un hijo perfecto. Aunque este mundo peligroso provoca que muchos padres vivan "con la mente angustiada", la Biblia los consuela reconociendo los retos que afrontan.

Felizmente, Jesús se encuentra en el templo, donde más cerca se siente de su Padre celestial. Está absorto asimilando todo lo que le enseñan. Por eso pregunta a sus padres sin malicia: "¿Por qué tuvieron que andar buscándome? ¿No sabían que tengo que estar en la casa de mi Padre?" (Lucas 2:49).

Seguro que José le da muchas vueltas a esas palabras de Jesús. Hasta puede que se sienta orgulloso, pues se ha esmerado en enseñar a su hijo adoptivo a amar a Jehová. Y aunque Jesús es solo un jovencito, la palabra *padre* ya le inspira afecto. Sin duda, José tiene mucho que ver con que Jesús se sienta así.

Si usted es padre, ¿se da cuenta de cuánto influye su ejemplo en la opinión que se forme su hijo de lo que es un buen padre? ¡Qué bonito privilegio! Y si tiene hijastros o hijos adoptivos, recuerde lo que hizo José y trate a cada uno de ellos como alguien valioso y único. Ayúdelos a acercarse más a su Padre celestial, Jehová.

¿Cuándo falleció José?

Sabemos que José estaba vivo cuando Jesús tenía 12 años. A esa edad, muchos jóvenes judíos comenzaban a aprender el oficio de sus padres, y a los 15 se convertían en aprendices. Es obvio que José tuvo tiempo de enseñar a su hijo las destrezas de un carpintero. Ahora bien, cuando Jesús emprendió su ministerio a los 30 años, ¿aún vivía José? Parece poco probable. En la Biblia se menciona a la madre, los hermanos y las hermanas de Jesús durante esa etapa, pero no a José. De hecho, en una ocasión se llama a Jesús "el hijo de María", no el hijo de José (Marcos 6:3). Además, se muestra a María tomando sus propias decisiones, sin consultar a su esposo (Juan 2:1-5). Y eso no era lo habitual en tiempos bíblicos, a menos que la mujer fuera viuda. Por último, poco antes de morir, Jesús confió el cuidado de su madre al apóstol Juan (Juan 19:26, 27). Si José hubiera estado vivo, eso no habría sido necesario. Por tanto, es razonable concluir que José falleció cuando Jesús todavía era joven. Siendo el mayor de los hijos, es muy probable que Jesús tomara las riendas del negocio y que mantuviera a su familia hasta que se bautizó.

Cumple con su responsabilidad

La Biblia aporta pocos detalles más sobre la vida de José, pero vale la pena analizarlos. En sus páginas leemos que Jesús "continuó sujeto" a sus padres y "siguió progresando en



Enseñó a su hijo el oficio de carpintero

sabiduría y en desarrollo físico y en favor ante Dios y los hombres" (Lucas 2:51, 52). ¿Qué nos dan a entender estas palabras? Entre otras cosas, que José era un buen cabeza de familia, pues su hijo perfecto lo respetaba y se sujetaba a su autoridad, es decir, le obedecía.

También se nos dice que Jesús "siguió progresando en sabiduría". Es lógico pensar que José contribuyó mucho a la madurez de Jesús. En aquel entonces circulaba entre los judíos un proverbio muy antiguo que afirmaba que solo podía llegar a sabio el hombre que disponía de tiempo libre. Se decía que los obreros y artesanos —como carpinteros, campesinos o herreros— "no entienden de justicia y derecho [...] ni se encuentran entre los que inventan parábolas". En su vida adulta, Jesús demostró que ese punto de vista era absurdo. ¡Cuántas veces había escuchado a su padre adoptivo —un humilde carpintero— hablar con maestría sobre la "justicia y [el] derecho" de Jehová!

Y por último, puesto que Jesús se convirtió en un hombre fuerte y vigoroso, percibimos que José veló por su bienestar físico. Es más, lo preparó para ser hábil en un oficio que era físicamente exigente. De hecho, a Jesús no solo se le conoció como el hijo del carpintero, sino como "el carpintero" (Marcos 6:3). A todas luces, José logró su objetivo. Los cabezas de familia hacen bien en imitarlo preocupándose por el bienestar físico de sus hijos y asegurándose de que sepan ganarse la vida.

El relato bíblico, que continúa cuando Jesús se bautiza a los 30 años de edad, no vuelve a mencionar a José. Los hechos apuntan a que María ya era viuda cuando Jesús emprendió su ministerio (véase el recuadro "¿Cuándo falleció José?", en la página 27). Aun así, José dejó una huella profunda: el ejemplo imborrable de un padre que cumplió con su responsabilidad y que siempre protegió y cuidó a su familia. Todos los padres, todos los cabezas de familia y, en realidad, todos los cristianos, hacemos bien en imitar la fe de José.



"A donde tú vayas yo iré"

RUT y Noemí recorren a pie un camino que atraviesa las llanuras de Moab. Ahora están solas. Sus siluetas apenas se distinguen en el inmenso paisaje azotado por el viento. Rut se da cuenta de que las sombras de la tarde son cada vez más alargadas. "Tal vez sea hora de buscar un lugar donde pasar la noche", piensa mirando a su suegra. La quiere muchísimo y está dispuesta a hacer todo lo que esté en su mano para cuidar de ella.

Cada una carga sus propias penas. Hace años que Noemí es viuda y ahora llora la muerte de sus hijos, Mahlón y Kilión. Rut también está muy afligida, pues Mahlón era su esposo. Las dos se dirigen al mismo sitio, la ciudad de Belén en Israel. Sin embargo, cada una tiene su propia visión del viaje. Mientras que Noemí regresa a su lugar de origen, Rut se adentra en tierra desconocida, dejando atrás a sus parientes, su país y su cultura, lo que incluye a sus dioses (Rut 1:3-6).

¿Por qué una joven como Rut daría un giro tan radical a su vida? ¿De dónde sacó las fuerzas para comenzar de nuevo y cuidar de Noemí? Rut la moabita es un gran ejemplo de fe, y en este artículo descubriremos muchos aspectos en los que podemos imitarla. Antes que nada, averigüemos por qué estas dos mujeres emprendieron el largo camino que las llevaría a Belén.

Una familia rota por la tragedia

El pequeño país de Moab, donde se crió Rut, estaba situado al este del mar Muerto. Se encontraba en una región de altas mesetas cortadas por profundos barrancos y donde los árboles escaseaban. "Los campos de Moab" solían ser tierras de cultivo fértiles, incluso cuando el hambre asolaba Israel. De hecho, esa fue la razón por la que Mahlón y su familia conocieron a Rut (Rut 1:1).

Debido a la hambruna que había en Israel, Elimélec —el esposo de Noemí— decidió abandonar su lugar de origen y mudarse a Moab con su esposa y sus dos hijos. Esta mudanza de seguro puso a prueba la fe de toda la familia, pues los israelitas debían ir periódicamente al lugar sagrado que Jehová eligiera para ser adorado (Deuteronomio 16:16, 17). Y aunque Noemí logró mantener viva su fe, el dolor la desoló cuando falleció su esposo (Rut 1:2, 3).

Es muy probable que Noemí volviera a sufrir al ver que sus hijos se casaban con mujeres moabitas (Rut 1:4). Ella sabía que Abrahán, antepasado de Israel, hizo todo lo posible por conseguir una esposa para su hijo Isaac de entre sus parientes, pues estos adoraban a Jehová (Génesis 24:3, 4). Además, la Ley mosaica advertía a los israelitas del peligro de que sus hijos e hijas se casaran con extranjeros: la nación podía caer en la idolatría (Deuteronomio 7:3, 4).*

* Véase el artículo "Nuestros lectores quieren saber: ¿Por qué mandó Dios a los israelitas que solo se casaran entre ellos?", en la página 29.

Aun así, Mahlón y Kilión eligieron a dos moabitas como esposas. Aunque tal vez Noemí estaba preocupada o decepcionada, se esforzó por mostrar bondad y amor a sus nueras, Rut y Orpá. A lo mejor abrigaba la esperanza de que algún día adoptaran su religión. De cualquier modo, sabemos que ellas la amaban. La buena relación que las tres habían forjado las mantuvo en pie cuando la tragedia volvió a azotar a la familia. Cuando ni siquiera habían podido tener hijos, Rut y Orpá enviudaron (Rut 1:5).

Ante semejante golpe, ¿le sirvió de algo a Rut su religión? Lo más probable es que no. En Moab se rendía culto a muchos dioses, entre quienes destacaba Kemós (Números 21:29). Según parece, los moabitas llegaron a sacrificar niños, lo que muestra que la crueldad y los horrores de aquella época impregnaban su religión. Cualquier cosa que Mahlón o Noemí le hubieran enseñado a Rut sobre el amoroso y misericordioso Dios de Israel debió haberla impresionado muchísimo. ¡Tremenda diferencia! Jehová gobierna con amor y no infunde terror en sus siervos (Deuteronomio 6:5). Tras una pérdida tan



En un momento tan doloroso, Rut buscó el consuelo de Noemí

devastadora, es probable que Rut se acercara más a Noemí. Podemos imaginarla escuchando a su envejecida suegra mientras esta le hablaba del Dios todopoderoso, de sus magníficas obras y de cómo cuida de su pueblo con amor y compasión.

Noemí estaba pendiente de cómo iban las cosas por su país. Un buen día, tal vez de boca de un mercader, oyó que ya no había hambre en Israel porque Jehová había acudido en ayuda de su pueblo. Belén volvía a hacer honor a su nombre, que significa "Casa de Pan". Así que Noemí decidió regresar a su antiguo hogar (Rut 1:6).

¿Qué harían Rut y Orpá? (Rut 1:7.) La terrible experiencia que vivieron las unió mucho a su suegra. Parece que a Rut, en particular, le atraían mucho la bondad de Noemí y su fe en Jehová. Al final, las tres viudas partieron juntas con destino a Judá.

Este relato nos enseña que las desgracias azotan a todo el mundo, tanto a los buenos como a los malos (Eclesiastés 9:2, 11). También encierra otra valiosa lección: cuando afrontamos una pérdida muy dolorosa, es bueno buscar el consuelo que otros nos puedan dar y, muy en especial, el de quienes se refugian en Jehová, el Dios de Noemí (Proverbios 17:17).

El amor leal de Rut

A medida que las tres viudas avanzan por el camino, otra preocupación ronda por la cabeza de Noemí. Está pensando en las dos jóvenes que la acompañan y que tanto amor le han dado a ella y a sus hijos. No quiere que sufran más. Está convencida de que no tendrá nada que ofrecerles si dejan todo para ir con ella a Belén.

Noemí no puede contenerse más y les suplica: "Anden, vuélvanse, cada una a la casa de su madre. Que Jehová ejerza bondad amorosa para con ustedes, así como ustedes la han ejercido para con los hombres ya muertos y para conmigo". Noemí les desea que Jehová las recompense a cada una con un esposo y una nueva vida. El relato continúa: "Entonces las besó, y ellas se pusieron a alzar la voz y llorar". No es de extrañar que Rut y Orpá quisieran tanto a su bondadosa y generosa suegra. De hecho, las dos mujeres le responden con insistencia: "No, sino que contigo volveremos a tu pueblo" (Rut 1:8-10).



"Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios"

Pero Noemí no da el brazo a torcer. Trata de hacerles entender que no podrá hacer mucho por ellas en Israel, pues no tiene esposo que la cuide ni hijos para que se casen con ellas. Además, no cree que esta situación vaya a cambiar. Incluso reconoce que le angustia mucho no poder cuidar de ellas (Rut 1:11-13).

Orpá enseguida lo ve claro: debe quedarse en Moab, donde la esperan sus parientes y su casa. En términos prácticos, esta parece ser la mejor opción. Así que, con mucha tristeza, besa a su suegra y da media vuelta (Rut 1:14).

¿Y a Rut? ¿La convencen los argumentos de Noemí? El relato sigue: "En cuanto a Rut, se adhirió a ella". Quizás Noemí ya ha reemprendido la marcha. Sin embargo, cuando se percata de que Rut la está siguiendo, le dice: "¡Mira! Tu concuñada enviudada se ha vuelto a su pueblo y a sus dioses. Vuélvete con tu concuñada" (Rut 1:15). Las palabras de Noemí revelan al lector un detalle muy importante: Orpá no solo volvía a su pueblo, sino también "a sus dioses". No le molestaba seguir siendo devota de Kemós y otras deidades falsas. ¿Haría lo mismo Rut?

Su corazón rebosa de amor por Noemí y por su Dios. Así que no tiene ni la más mínima duda de lo que quiere hacer. Sola con Noemí en el camino, la mira a los ojos y le dice: "No me instes con ruegos a que te abandone, a que me vuelva de acompañarte; porque a donde tú vayas yo iré, y donde tú pases la noche yo pasaré la noche. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde mueras tú, yo moriré, y allí es donde seré enterrada. Que Jehová me haga así y añada a ello si cosa alguna aparte de la muerte hiciera una separación entre tú y yo" (Rut 1:16, 17).

¡Qué palabras tan memorables! Tanto es así que, unos tres mil años después de que Rut las pronunciara, siguen recordándose. Resaltan una hermosa cualidad: el amor leal. Este amor que Rut siente por Noemí es tan grande que no le importa ir con su suegra a otro lugar. Solo la muerte podría separarlas. Rut está lista para formar parte del pueblo de Noemí y dejar atrás todo lo que conoce en Moab, incluidos sus dioses. A diferencia de Orpá, ella desea de corazón servir al Dios de Noemí, Jehová.*

De modo que ambas retoman el largo camino que las conducirá a Belén. Según cierto cálculo, el viaje bien pudo tomarles una semana. Pero seguro que hacer el trayecto juntas hace las penas más llevaderas.

Hoy día vivimos rodeados de sufrimiento. Tal como dice la Biblia, estos son "tiempos críticos, difíciles de manejar", en los que

Una obra de arte en miniatura

Se ha descrito el libro de Rut como una pequeña joya, una obra de arte en miniatura. Comparado con el libro de Jueces, que lo precede en la Biblia y nos da el contexto histórico, Rut es mucho más corto (Rut 1:1). Parece ser que ambos fueron escritos por el profeta Samuel. Salta a la vista que Rut se halla en el lugar acertado dentro del canon bíblico. Tras tantos relatos de guerras, ataques y contraataques, el lector se encuentra con esta breve "joya" que nos demuestra que Jehová está siempre atento a las inquietudes cotidianas de la gente pacífica. Se trata de una sencilla historia familiar que encierra profundas lecciones para todos. Nos habla del dolor de perder a seres queridos, así como del amor, la fe y la lealtad.

* Es digno de mención que Rut no solo empleó el título "Dios", como otros extranjeros podrían haber hecho, sino que también utilizó su nombre: Jehová. En *La Biblia*, de Salvatore Garofalo, se comenta: "Al emplear el nombre [Jehová] para el juramento de fidelidad, Rut muestra que pertenece ya al pueblo de Israel".

afrontamos todo tipo de desgracias (2 Timoteo 3:1). Por eso es más necesario que nunca manifestar amor leal. ¿En qué consiste esta sobresaliente virtud? Se trata de una fuerza motivadora en este mundo cruel. Quien la manifiesta es leal al objeto de su amor y persevera, no se da por vencido. Es imprescindible en el matrimonio, en las demás relaciones familiares, en las amistades y en la congregación cristiana. Si cultivamos este tipo de amor, estaremos imitando el magnífico ejemplo de Rut.

Rut y Noemí en Belén

Claro está, una cosa es decir que uno siente amor leal por alguien y otra muy distinta es demostrarlo. Sin embargo, Rut probó su amor leal por Noemí... y por Jehová, el Dios que había elegido. Veamos cómo.

Por fin las dos viudas llegan a Belén, situada a unos 10 kilómetros (6 millas) al sur de Jerusalén. La conmoción que causa el regreso de Noemí parece indicar que ella y su familia habían sido bastante prominentes en esta pequeña ciudad. Las mujeres la observan detenidamente y se preguntan: "¿Es esta Noemí?". De seguro, su aspecto y su porte reflejan las desgracias que por años vivió en Moab (Rut 1:19).

Noemí les cuenta sus penas a sus parientes y antiguas vecinas. Hasta ruega que le cambien el nombre —que significa "Mi Agradabilidad"— por Mará, que quiere decir "Amarga". ¡Qué triste está! Al igual que Job, ella cree que es Jehová quien la ha hecho sufrir (Rut 1:20, 21; Job 2:10; 13:24-26).

Suegra y nuera se adaptan poco a poco a la vida de Belén, y Rut piensa en cómo cuidar de sí misma y de Noemí. Se entera de que la Ley que Jehová entregó a Israel incluye la rebusca, una bondadosa medida para ayudar a los pobres. Durante la temporada de la recolección pueden entrar en los campos para ir recolectando lo que los segadores dejan atrás. También pueden recoger lo que ha crecido

Rut trabajó duro y en una labor humilde para cuidar de sí misma y de Noemí



en las orillas y esquinas de los terrenos de cultivo (Levítico 19:9, 10; Deuteronomio 24: 19-21).*

Ha llegado el tiempo de recolectar la cebada (alrededor del mes de abril según nuestro calendario). Rut sale a los campos en busca de alguien que le permita trabajar de rebuscadora. Por casualidad, acaba en las tierras de un señor llamado Boaz, un rico terrateniente y pariente del difunto esposo de Noemí. Aunque ella tiene el derecho de entrar a rebuscar, no lo da por sentado y le pide permiso al joven capataz de los segadores. Él se lo concede, y Rut se pone a trabajar de inmediato (Rut 1:22–2:3, 7).

Mientras los segadores cortan la cebada con sus hoces de pedernal, Rut va detrás. Se agacha para recoger lo que se les cae o pasan por alto, hace gavillas atando las espigas y las coloca en un lugar donde después pueda sacar el grano. Es una labor lenta y agotadora que se vuelve más y más difícil a medida que avanza la mañana. Con todo, Rut no se distrae y solo se detiene para secarse el sudor y comer algo "en la casa" (posiblemente un refugio para que los trabajadores descansen a la sombra).

Es probable que Rut ni espere ni busque llamar la atención. Pero cuando Boaz la ve, pregunta al joven capataz quién es ella. ¿Y qué clase de persona es Boaz? Es un hombre de admirable fe y profundo amor a Dios que saluda así a sus trabajadores: "Jehová esté con ustedes". Y ellos —algunos tal vez sean jornaleros o extranjeros— le responden de forma parecida. Boaz, que es mucho mayor que Rut, se preocupa por ella como por una hija (Rut 2:4-7).

Por eso la llama "hija" y le aconseja que siga rebuscando en sus campos y se mantenga cerca de las jóvenes de su casa para que ninguno de los trabajadores la moleste. Además, se asegura de que no le falte comida a la hora del almuerzo. Ante todo, la felicita y anima. ¿Por qué? (Rut 2:8, 9, 14.)

Rut le pregunta a Boaz a qué se debe que la trate tan bien pese a ser extranjera. Él le responde que se ha enterado de todo lo que ha hecho por Noemí. Esta debe haber hablado bien de su querida nuera a las mujeres de Belén. Es más, él también sabe que Rut ha decidido servir a Jehová, pues le dice: "Que Jehová recompense tu manera de obrar, y que llegue a haber para ti un salario perfecto procedente de Jehová el Dios de Israel, bajo cuyas alas has venido a buscar refugio" (Rut 2:12).

¡Cuánto deben haber animado estas palabras a Rut! No cabe duda de que se ha refugiado bajo las protectoras alas de Jehová, tal como un polluelo se acurruca bajo las alas de su madre. Tras agradecerle a Boaz sus tranquilizadoras palabras, sigue trabajando hasta que cae la tarde (Rut 2:13, 17).

Las obras de fe de Rut son un ejemplo magnífico para todos nosotros hoy, en especial en esta época de tantas dificultades económicas. Como Rut no daba por sentado que tenían que ayudarla, agradecía todo lo que le ofrecían. No se avergonzaba de trabajar tanto ni tan duro en una labor humilde para cuidar de la persona que amaba. Además, valoró y aceptó los buenos consejos sobre cómo trabajar con seguridad y en buena compañía. Pero sobre todo, nunca perdió de vista quién la estaba protegiendo: su Padre y Protector, Jehová.

Si demostramos amor leal como hizo Rut y seguimos su ejemplo de humildad, laboriosidad y gratitud, nuestra fe también inspirará a otros. Ahora bien, ¿cómo cuidó Jehová de Rut y Noemí? Lo analizaremos en un próximo artículo de esta serie.

* Esta era una medida muy solidaria, distinta a todo lo que Rut había conocido en Moab. En el antiguo Oriente Próximo no se trataba bien a las viudas. Una obra de consulta explica: "Por lo general, tras la muerte de su esposo, la viuda dependía de sus hijos. Y si no tenía, solo le quedaba venderse como esclava, vivir de la prostitución o morir".



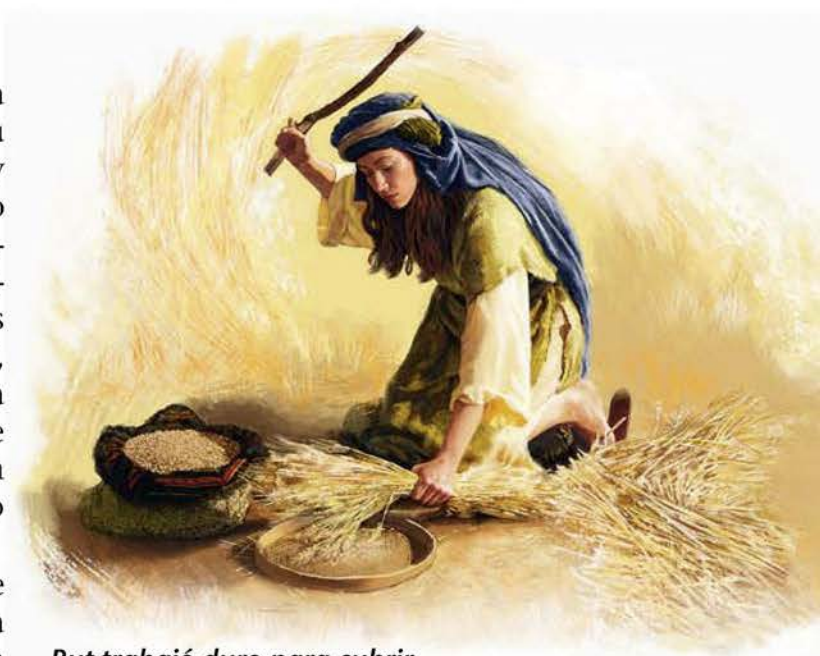
"Una mujer excelente"

RUT se arrodilla junto al montón de cebada que ha recogido durante el día. Ya está cayendo la noche sobre los campos, y muchos trabajadores se ponen en camino hacia la entrada de la pequeña ciudad de Belén, enclavada en una cordillera cercana. Seguro que Rut se siente adolorida después de este largo día de trabajo, pues casi no ha parado desde la mañana. Pero su jornada aún no ha terminado. Ahora se pone a golpear la cebada con una vara para desgranarla. A pesar de todo, le ha ido mejor de lo que esperaba.

¿Están por fin mejorando las cosas para esta joven viuda? Rut siente cariño por Noemí, su suegra, y le ha prometido quedarse con ella y hacer de Jehová, el Dios de Noemí, su propio Dios. Las dos viudas llegaron a Belén procedentes de Moab, la tierra de Rut, y ella ha visto que la ley de Jehová contiene disposiciones prácticas que dignifican a los pobres de Israel, y también a los extranjeros.* Ahora se percata de que en el pueblo de Jehová, que vive de acuerdo con la Ley, hay quienes se destacan por su espiritualidad y bondad, y su afligido corazón se conmueve.

Una de esas personas es Boaz, el hombre rico y de cierta edad en cuyos campos Rut ha espigado hoy y que la ha tratado como a una hija. Rut recuerda satisfecha las bondadosas palabras con que la ha alabado por cuidar de su suegra, ya mayor, y por buscar refugio bajo las alas del Dios verdadero, Jehová (Rut 2:11-13).

Aun así, a Rut probablemente le preocupa su futuro. Siendo una extranjera pobre, viuda y sin hijos, ¿cómo va a cubrir sus necesidades y las de Noemí durante los próximos años?



Rut trabajó duro para cubrir sus necesidades y las de Noemí

¿Le bastará con espigar? ¿Y quién la cuidará *a ella* cuando envejezca? No sabemos si la abrumaban estas inquietudes, pero sería comprensible si así fuera. Hoy día, con las dificultades económicas que existen, a muchas personas les asaltan esas mismas inquietudes. Al ir descubriendo cómo ayudó a Rut la fe que tenía, veremos muchos aspectos en los que podemos imitarla.

---

* Véase el artículo "Ejemplos de fe: 'A donde tú vayas yo iré'", en *La Atalaya* del 1 de julio de 2012.

¿Qué constituye una familia?

Cuando Rut termina de desgranar la cebada y recogerla, ve que tiene aproximadamente una medida de efá, el equivalente a unos 20 litros de capacidad. Toda aquella cebada pesa nada menos que 14 kilos (30 libras). La amontona encima de una pieza de tela, hace un fardo, se lo coloca sobre la cabeza y emprende el camino hacia Belén mientras anochece (Rut 2:17).

Noemí se alegra de ver llegar a su querida nuera y quizás hasta suelta un grito de sorpresa al ver el pesado fardo de cebada que carga. Rut también trae algunas sobras de la comida que Boaz ofreció a los trabajadores, y con eso cenan las dos. Noemí le pregunta: "¿Dónde espigaste hoy, y dónde trabajaste? Llegue a ser bendito el que se fijó en ti" (Rut 2:19). Al ver todo lo que Rut ha traído, Noemí se da cuenta de que alguien se ha fijado en ella y la ha tratado con amabilidad.

Las dos se ponen a hablar, y Rut le cuenta a Noemí lo amable que ha sido Boaz con ella. Noemí, conmovida, responde: "Bendito sea él de Jehová, que no ha abandonado su bondad amorosa para con los vivos y los muertos" (Rut 2:19, 20). Para ella, las bondades de Boaz venían de Jehová, pues él impulsa a sus siervos a ser generosos y promete recompensarles por sus buenas acciones (Proverbios 19:17).*

Noemí aconseja a Rut que acepte la oferta de Boaz de continuar espigando en sus campos cerca de las jóvenes de su casa para que los cosechadores de otros campos no la molesten. Rut le hace caso y, además, "sigu[e] morando con su suegra", lo cual pone de relieve una vez más su cualidad distintiva: el amor leal (Rut 2:22, 23). ¿Y nosotros? ¿Honramos a nuestra familia, apoyándola y ayudándola cuando hace falta? Jehová siempre se percata de los actos de amor leal.

¿Se puede decir que Noemí y Rut constituían una familia? En algunas culturas se cree que para que una familia lo sea en el pleno sentido de la palabra tiene que contar con un padre, una madre, hijos, abuelos, etc. Pero el caso de Noemí y Rut nos ayuda a ver que cuando uno es siervo de Jehová, su familia —aunque pequeña y tal vez incompleta— puede llevarse muy bien y rebosar de bondad y amor. ¿Agradecemos la familia que tenemos? Jesús recordó a sus seguidores que aun quienes no tienen familia la pueden encontrar en la congregación cristiana (Marcos 10:29, 30).

"Es uno de nuestros recompradores"

Rut se queda espigando en los campos de Boaz desde la cosecha de la cebada (alrededor de abril) hasta la del trigo (alrededor de junio). Las semanas transcurren, y seguro que Noemí sigue pensando en lo que puede hacer por su querida nuera. Antes de partir de Moab, Noemí estaba convencida de que jamás podría encontrarle otro esposo a Rut (Rut 1:11-13). Pero ahora empieza a pensar de otra forma. Aborda a Rut y le dice: "Hija mía, ¿no debo buscarte lugar de descanso[?]" (Rut 3:1). En aquellos tiempos la costumbre era que los padres se encargaran de buscar cónyuges para sus hijos, y Rut había llegado a ser una verdadera hija para Noemí. De ahí que Noemí quisiera encontrarle a Rut un "lugar de descanso", es decir, un esposo y un hogar que le proporcionaran seguridad y protección. Pero ¿qué puede hacer Noemí?

Cuando Rut mencionó a Boaz por primera vez, Noemí dijo: "El hombre es pariente nuestro. Es uno de nuestros recompradores" (Rut 2:20). ¿Qué quería decir con eso? La Ley que Jehová dio a Israel incluía unas disposiciones amorosas para aquellas familias que atravesaban dificultades por haber caído en la pobre-

* Como Noemí indicó, la bondad de Jehová no se limita a los vivos, sino que se extiende también a los muertos. Noemí había perdido a su esposo y a sus dos hijos. Rut era viuda de uno de esos hijos. No hay duda de que aquellos tres hombres significaban mucho para ambas. De modo que todo acto de bondad que les hicieran a Noemí y a Rut, sería como si se lo hicieran a ellos, ya que los tres habrían querido que se cuidara de ellas.



Rut y Noemí se ayudaron y animaron mutuamente

za o haber perdido a un ser querido. Si una mujer enviudaba sin haber tenido hijos, su dolor se veía incrementado por el hecho de que su esposo no tendría posteridad y su nombre se perdería. Pero la Ley de Dios permitía que el cuñado se casara con la viuda para que esta diera a luz un heredero que perpetuara el nombre del difunto y heredara los bienes de la familia (Deuteronomio 25:5-7).*

Noemí le explica a Rut su plan. Podemos imaginar cómo se le abren los ojos a la joven al escuchar sorprendida a su suegra. Probablemente Rut aún no conoce bien la Ley, y muchas de sus costumbres de seguro le resultan extrañas. Pero como respeta tanto a Noemí, escucha con atención todo lo que le dice. La recomendación que le da tal vez le resulte chocante o bochornosa y, en cierto sentido, hasta humillante. No obstante, Rut accede y obedientemente responde: "Todo lo que me dices lo haré" (Rut 3:5).

A los jóvenes a veces les resulta difícil obedecer los consejos de quienes son mayores y tienen más experiencia, pues piensan que no son capaces de entender los retos y problemas que afronta la juventud. Pero el ejemplo de humildad de Rut nos recuerda que hacer caso de la sabiduría de las personas mayores que nos aman y velan por nuestros intereses puede ser muy provechoso. Ahora bien, ¿cuál fue el consejo de Noemí? Y ¿resultó premiada la obediencia de Rut?

Rut en la era

Al atardecer, Rut se va a la era, un espacio llano, de tierra firme, al que varios agricultores

* El derecho de casarse con la viuda se extendía primero a los hermanos del difunto y luego a sus familiares más cercanos, al igual que sucedía con los derechos hereditarios (Números 27:5-11).

llevan su mies para trillarla y aventarla. Normalmente se escogía un lugar que estuviera en la ladera o la cima de un monte, donde las brisas soplaran con fuerza al atardecer. A fin de separar el grano de la paja y el tamo, se utilizaba un bieldo o una gran pala para echar la mies al viento, que se llevaba el tamo y la paja. Al ser más pesados, los granos caían de nuevo en la era.

Rut contempla con discreción cómo los aventadores terminan poco a poco su trabajo conforme va anocheciendo. Boaz ha estado supervisando el aventado de su mies, y ya ha juntado una gran cantidad de cereal. Come con ganas y luego se acuesta al lado de su montón de grano. Posiblemente esa era una práctica común en aquella época para proteger la preciada cosecha de ladrones y merodeadores. Cuando Rut ve que Boaz se acuesta, sabe que ha llegado la hora de llevar a cabo el plan de Noemí.

Con el corazón acelerado, Rut se le acerca sigilosa y al constatar que está profundamente dormido, sigue las instrucciones de Noemí: le destapa los pies, se acuesta allí y espera. Pasa el tiempo, que para Rut debe ser como una eternidad. Entonces, a medianoche, Boaz empieza a moverse. Temblando de frío se incorpora, probablemente para cubrirse de nuevo los pies. Pero nota que hay alguien. El relato bíblico lo expresa así: "¡Mire!, ¡una mujer acostada a sus pies!" (Rut 3:8).

"¿Quién eres?", pregunta él. Ella responde, tal vez con voz temblorosa: "Soy Rut tu esclava, y tienes que extender tu falda sobre tu esclava, porque tú eres un recomprador" (Rut 3:9). Algunos comentaristas modernos han tratado de insinuar que las acciones y las palabras de Rut tenían cierto trasfondo sexual, pero pasan por alto dos detalles. En primer lugar, Rut estaba siguiendo las costumbres de la época, muchas de las cuales no se entienden hoy día. Así que sería un error juzgar sus actos según las bajas normas morales y la mentalidad retorcida propias de estos tiempos. En segundo lugar, la reacción de Boaz indica que, a sus ojos, la conducta de Rut era moralmente casta y muy encomiable.

Boaz, sin duda con un tono dulce y tranquilizador, le dice: "Bendita seas de Jehová, hija mía. Has expresado tu bondad amorosa mejor en el último caso que en el primer caso, al no ir tras los jóvenes, fueran de condición humilde o ricos" (Rut 3:10). "El primer caso" se refiere al amor leal que mostró Rut al acompañar a Noemí hasta Israel y cuidarla. "El último caso" es este. Boaz reconoce que una joven como Rut podía haber buscado un esposo mucho más joven, fuera rico o pobre. Pero ella quiere hacerle bien no solo a Noemí sino también al difunto esposo de Noemí, es decir, desea perpetuar el nombre de este en su tierra natal. Es fácil ver por qué le impresiona a Boaz el altruismo de Rut.

Boaz añade: "Y ahora, hija mía, no tengas miedo. Todo lo que dices lo haré para ti, porque toda persona en la puerta de mi pueblo se da cuenta de que eres una mujer excelente" (Rut 3:11). Le agrada la idea de casarse con Rut y puede que no le haya extrañado del todo que le pida ser el recomprador. Pero Boaz es un hombre justo, y no solo busca satisfacer sus propias preferencias. Le dice a Rut que, en vista de que hay otro recomprador con una relación de parentesco más cercana, le va a dar a él la oportunidad de casarse con ella.

Boaz insta a Rut a que vuelva a acostarse y descanse hasta que se acerque el amanecer; así podrá marcharse sin ser vista. Él desea proteger la reputación de ella y también la suya, pues alguien pudiera pensar equivocadamente que han incurrido en algún tipo de conducta inmoral. Rut vuelve a acostarse a los pies de Boaz, quizás más tranquila en vista de que él ha respondido con tanta bondad a su petición. Unas horas después, mientras todavía está oscuro, Boaz le llena la capa de cebada, y ella regresa a Belén con el generoso regalo.



Rut buscó a Boaz con motivos puros y altruistas

Rut debe sentirse sumamente satisfecha de que Boaz haya dicho que todo el mundo la considera "una mujer excelente". Seguro que algo que ha influido mucho en que tenga tan buena reputación es su anhelo de conocer a Jehová y servirle. Además, ha demostrado una gran bondad y sensibilidad hacia Noemí y su pueblo, pues ha estado dispuesta a adaptarse a una cultura y unas costumbres que seguramente desconocía. Si imitamos la fe de Rut, nos esforzaremos por tratar a los demás, así como su cultura y costumbres, con profundo respeto. Y si lo hacemos, puede que también nos labremos una excelente reputación.

Un lugar de descanso para Rut

"¿Quién eres, hija mía?", dice Noemí cuando Rut llega a la casa. Aunque es posible que con la oscuridad no la haya podido reconocer, lo que seguramente quiere saber Noemí es si Rut todavía es la misma viuda de antes, una mujer sola y sin compromiso, o si ya tiene la perspectiva de casarse. Rut enseguida le cuenta a su suegra todo lo que ha pasado y le entrega el generoso regalo de cebada que Boaz le envía (Rut 3:16, 17).*

Noemí, con la sensatez que la caracteriza, exhorta a Rut a sentarse en casa tranquila y no salir ese día a espigar en los campos. Luego le asegura: "El hombre no tendrá descanso a menos que haya acabado con el asunto hoy" (Rut 3:18).

---

* Boaz le dio a Rut seis medidas de un peso no especificado, lo cual quizás diera a entender que, tal como a seis días de trabajo les seguía un sábado —un día de descanso—, a los trabajosos días de viudez de Rut pronto les seguiría el "descanso" de un hogar seguro y un esposo que pudiera mantenerla. También es posible que seis medidas —o tal vez paladas— fuera todo el peso que Rut podía llevar en la cabeza.

Y eso es precisamente lo que hace Boaz. Va a la puerta de la ciudad —donde suelen reunirse los ancianos de Belén— y espera hasta que pase el hombre que tiene un parentesco más cercano con la familia de Elimélec, el difunto esposo de Noemí. Delante de testigos, Boaz le ofrece la oportunidad de ser el recomprador casándose con Rut. Pero el hombre no acepta, alegando que con ello arruinaría su propia herencia. Entonces, ante los testigos que ha reunido allí, Boaz declara que él será el recomprador y comprará todo lo que le pertenecía a Elimélec y se casará con Rut, la viuda de Mahlón, su hijo. La razón para obrar así, según las propias palabras de Boaz, es "para hacer que el nombre del muerto se levante sobre su herencia" (Rut 4:1-10). Desde luego, Boaz es un hombre recto y altruista.

Boaz se casó con Rut y, como dice el relato bíblico, "Jehová le concedió a ella concebir, y ella dio a luz un hijo". Las mujeres de Belén bendijeron a Noemí y alabaron a Rut por serle mejor que siete hijos varones. Con el tiempo, como añade el relato, el hijo de Rut llegó a ser antepasado de un gran rey: David (Rut 4: 11-22). David, a su vez, fue antepasado de Jesucristo (Mateo 1:1).*

Rut fue realmente bendecida, y también Noemí, quien la ayudó a criar al niño como si fuera suyo. La vida de estas dos mujeres constituye un claro recordatorio de que a Jehová Dios no le pasan desapercibidos todos los que trabajan duro efectuando tareas humildes para mantener a su familia y, al mismo tiempo, le sirven lealmente con su pueblo escogido. Jehová siempre recompensa a las personas fieles que se labran una reputación excelente a sus ojos, como hizo Rut.

* Rut es una de las cuatro mujeres que constan en la genealogía bíblica de Jesús. Otra es Rahab, la madre de Boaz, que al igual que Rut tampoco era israelita (Mateo 1:3, 5, 6).

Jehová bendijo a Rut con el privilegio de llegar a ser antepasada del Mesías

